TIJUANA:
VIVIR (EN) LA DES*MOTHER*NIDAD

Humberto Félix Berumen

Tijuana: vivir (en) la des*mother*nidad

Tijuana: vivir (en) la des*mother*nidad

Humberto Félix Berumen

*TIJUANA: VIVIR (EN) LA DES***MOTHER***NIDAD*
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Humberto Félix Berumen
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Humberto Félix Berumen
Cuidado de la edición: Guadalupe Rivemar Valle
Diseño editorial: Tomás Perrín Rivemar
Portada: Collage de Armando García Orso

ISBN: 978-607-546-366-7

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Para
Manolo Escutia
Armando García Orso

Desde / sobre Tijuana

La ciudad consciente el palimpsesto, auspicia el incesto, autoriza la interpretación.

Carlos Monsiváis
Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX

Una ciudad se goza desde su fisicidad pero se entiende desde las paradojas de su alma.

Ferran Mascarell
Barcelona y la modernidad

Los hombres sólo pueden tolerar ciudades imperfectas.

Beatriz Sarlo
La ciudad vista, mercancías y cultura urbana

Es necesario criticar a la modernidad desde la desmothernidad.

Roger Bartra
El oficio mexicano

Interrogado acerca de cómo se podría definir a México el antropólogo Roger Bartra respondió: "Yo diría que es indefinible. Es un país lleno de contradicciones, de estratos antiguos que coexisten con formas modernas y hasta posmodernas, un conglomerado caótico de distintas épocas". El retrato describe también a Tijuana y nos aproxima a la noción de lo que él mismo ha venido llamando desmothernidad. Por lo que, si de prólogos va el asunto, en un primer intento de acercamiento le aplico a Tijuana –en total y franco desmadre– media docena de adjetivos sobrepuestos; aunque no sea sino solo por el afán de ofrecer una guía de posibles interpretaciones: desmesurada, abigarrada, contrahecha, excéntrica, vertiginosa, en sí y por sí, agresivamente heterogénea. Todo lo cual habrá de llevarnos a

reconocer una sorprendente entidad social y urbana; pero esencial y abrumadoramente des*mother*na. El neologismo subraya las tensiones, pugnas y desfases que –inmisericordes– la atraviesan de lado a lado. Porque se ha proclamado que Tijuana es una ciudad de contrastes, pero, agregamos, sin conciliación posible; aquella en la cual invariablemente florecen las paradojas. Y la diferencia es significativa, como habremos de confirmarlo. Si lo primero implica la coexistencia de elementos de distinta naturaleza y origen, lo segundo supone la ríspida articulación entre los varios componentes que hoy la integran. El desajuste entre modernidad y modernización, por ejemplo. De ahí la extrañeza que suscita. Razón por la cual habremos de asumirla como una totalidad ambivalente, difícil de resumir en una única imagen. Tanto por lo que hay en ella de impredecible e inacabado, como por lo que hace a la presencia de lo que no es ni podría ser simultáneo… salvo en Tijuana.

Diré más. Una y múltiple, de encuentros y desencuentros, Tijuana no es ni premoderna ni posmoderna, ni antigua ni moderna, ni cosmopolita ni provinciana. Para decirlo de la manera más sucinta: ni totalmente actual ni totalmente tradicional; ambas cosas a la vez. Moderna hasta cierto punto, pero tradicionalista en otros tantos aspectos, aunque no siempre ni en todos los casos. Coexisten de manera simultánea y paradójica la modernidad y la premodernidad, la posmodernidad y la contramodernidad. También de manera concurrente el orden y el desorden, la planificación y el caos, la organización y las irregularidades. Al punto de que pareciera nutrirse de los contrastes porque aúna en su interior las desventajas del atraso secular (el mayor de todos: la falta de infraestructura urbana y de servicios) con las oportunidades de una modernidad periférica. Pone en escena la estética de la resistencia cultural y, simultánea-

mente, exacerba las ventajas que permite su condición de frontera. Y así, instalada no precisamente entre la civilización y la barbarie, sino entre el orden y el desorden, la utopía y la distopía, la opulencia y la miseria, Tijuana encarna las paradojas de una modernidad *otra*. No la unidad en la diversidad, y sí en cambio una heterogeneidad contradictoria. Aunque siempre habrá de contradecir cualquier aproximación tentativa.

Por consiguiente, la simultaneidad de tiempos históricamente no simultáneos. Esto es: la *simultaneidad diacrónica* (Nelly Richard), y en ese sentido una heterotopía. Porque Tijuana pareciera materializar la complejidad que encierra la vida contemporánea y sus contradicciones más visibles. Lo que hizo de ella una entidad elusiva, pero también fascinante en muchos y varios sentidos. Y hasta donde resulta posible advertirlo, una suerte de instalación urbana (Rubén Bonet) pero que nunca habrá de concebirse como tal *performance*, pues de tan evidente siempre habrá de resultar otra cosa distinta. Desmesurada, masiva, policéntrica, y ya ahora fragmentada; todo a un mismo tiempo. El término *caoticidad* resultaría adecuado para ilustrar el panorama descrito, de no ser porque sólo acierta a reconocer la desarmonía del conjunto; no incluye lo que hay en ella de vitalidad, que es decir innovación, desapego, libertad creativa. Cualidades presentes en la entropía de lo imprevisto, en la tensión entre diferentes fuerzas contrarias y en la asimetría de un mundo de fricciones y contrastes.

Es en razón de lo apuntado que se hace obligado *impensar* a Tijuana: desde la imaginación, pero asimismo desde la razón y los afectos personales. No precisamente deconstruirla ni siquiera para repensarla, sino impensarla (Inmanuel Wallerstein). En parte para ir desmintiendo las varias suposiciones –*engañosas y constrictivas*– que,

arraigadas, son otras tantas barreras que obliteran la deseable comprensión. También debido a la inoperancia para dilucidar la índole excepcionalmente contradictoria de Tijuana; lo cual significa postular varias y distintas formas de acercamiento, y por esa misma vía, arriesgando para el caso la noción de des*mother*nidad por fuera de categorías y fórmulas convencionales. Una línea de fuga para irse acercando a la inquietud que proyecta ese *lugar/problema* (Hugo Achugar), pues es verdad que para ver una ciudad no basta tener los ojos abiertos: "Hace falta (…) descartar todo lo que impide verla, todas las ideas recibidas, las imágenes preconstituidas que siguen obstruyendo el campo visual y la capacidad de comprender(la)" (Jean Franco).

La tarea demanda pues (re)leerla; mejor: desleerla como una totalidad constitucionalmente heterónoma, a la vez que vital y fecunda. Conlleva la operación de extrañamiento para verla otra, como una heterogeneidad no dialéctica, y con ello la conflictiva experiencia de la des*mother*nidad. Como clave interpretativa trasciende la pura negatividad para subrayar en cambio la creatividad fronteriza, harto más significativa por cuanto aparece desplegada en un escenario en sí mismo periférico. *Despensarla* (Martín Cerda) entonces, mas no en función de las consabidas antonimias: moderna vs tradicional, atraso vs desarrollo, centro vs periferia, y otras; sino en razón de la complejidad que deriva de su remisa articulación social. La des*mother*nidad sería por ello el tropo que cifra un modo de acercamiento al estatuto de la modernidad fronteriza. Las reverberaciones del término ayudarán a profundizar en la deseada comprensión.

El rumbo de las siguientes páginas va en ese preciso sentido: atisbar aquello que hiciera de Tijuana una entidad singularmente irrepetible: la heterogeneidad constitutiva,

la impensable armonía de lo disímbolo y contradictorio, la imbricación de elementos dispares, la creatividad cultural... Pero más que una valoración de carácter social o histórica, un conjunto de ensayos cuya intención es abrirle paso a la comprensión del desencuentro entre modernidad y subdesarrollo, entre desmodernidad y posmodernidad, o entre el capitalismo tardío y el atraso secular, como he creído entenderlo. Una pregunta general articula entonces el propósito de cada ensayo: ¿cómo interpretar el artefacto cultural y material de una ciudad como ésta? Y junto con ella esta otra: ¿cómo se vive la des*mother*nidad en Tijuana? Ciudad de muchas fronteras, de muchas paradojas. Tal la andadura de las siguientes reflexiones, el camino a recorrer, la deriva de las presentes notas, el sondeo previsto.

En el decálogo del buen ensayista se aconseja no citar en exceso o,

de plano,

no citar nunca.

Contravengo la docta opinión con un nutrido número de citas tomadas de todos los rumbos posibles, pero sin el aparato ortopédico del artículo académico. Un mosaico de voces entretejidas para una ciudad de incontables evocaciones. Y más que un mero subterfugio la intención estriba en recuperar lo dicho o escrito por otros, a los que conviene escuchar con sus mismas palabras. Ni afán de vana erudición ni falsa pretensión libresca. La voluntad apenas, quizá incómoda, de transducción y enriquecimiento, pero también de diálogo con otras voces conforme al motivo de las siguientes páginas: todo libro lleva a cuestas otros tantos libros. En la mayoría de los casos no recurro a las comillas de distanciamiento, sólo procuro engastar las voces de otros en el cuerpo de la escritura para decir lo propio y,

de ser posible, adoptándolas como si fueran parte de la escritura personal. "Saber citar para decir lo propio –dice Alberto Paredes– es un arte de la inteligencia". Pretensión, la de saber citar, que aquí también perseguimos. Pero el estilo indirecto, o la mera paráfrasis, habrían sido menos eficaces para referir las ideas de los demás. Como sea, un texto en diálogo, anclado en la polifonía textual, en la intertextualidad productiva o solo en la poética de las citas con la intención de auscultar la calamitosa ciudad que mucho tiene de un distópico pastiche, pero a la cual nos une, y por partes iguales, un hondo sentimiento de amor y desamor, de apego y crítica militante.

Pero *Puestos a citar, / Desenfundemos* (Luis Jorge Boone) entonces.

Así: un mosaico de citas entretejidas para una ciudad de numerosas referencias. La mezcla no debiera sino acercarnos a su interpretación. No a la ciudad como tal, sino al sentido que contiene inscrito entre sus calles y sus muros, en su historia y en su promesa de porvenir y, en particular, en todo cuanto hiciera de ella una urbe desastrada y de torpe edificación; quiero decir, des*mother*na, sin un proyecto visible de modernización.

Fue concebido conforme a una perspectiva autocentrada, aquella en la cual un escritor *define su propio quehacer en función de un tiempo y un espacio precisos, y participa de su mismo movimiento* (Francoise Perús). Y no habremos de transigir en la obligada tarea de evidenciar lo que hoy impide la concreción de esta nuestra ciudad mía en mí; recordando conjuntamente *nuestra ciudad mía* de Salvador Novo con la *patria íntima* de Ramón López Velarde, cantada también con *épica sordina*. Después de todo, habitamos la ciudad que nos habita y ella / en venganza / nos va reinventando de alguna e incierta manera.

El autor declara así el motivo que anima las siguientes notas y su compromiso personal.

Sea pues.

Composición de lugar

Las ciudades se deben al azar, el diseño, el tiempo y la memoria. En otras palabras: son obra de la gente, regulada por el gobierno, modificada por el tiempo y preservada por la memoria. Las buenas ciudades resultan de un equilibro entre esos cuatro factores.

Teodoro González de León
Retrato de arquitecto con ciudad

Postal Uno: de la aglomeración Tijuana el asiento. Llegar a Tijuana por avión supone una experiencia sobrecogedora, por decir lo más y lo menos. La impresión no cambia si el viaje se hace desde San Diego, California, viniendo en automóvil por el *freeway* Ocho. Da igual, atisbada desde lo alto o desde el otro lado de la línea (en Tijuana la frontera internacional es casi siempre "la línea" o el "otro lado") lo que se observa, el golpe de vista, la experiencia del choque, es un conglomerado terroso de viviendas asentadas entre los cerros aledaños, con innumerables depresiones cortadas casi de tajo, calles sinuosas que ascienden por entre laderas inaccesibles, tráfico intenso, polución visual, basura incontenible, creciente informalidad económica...

La perspectiva oprime el corazón del viajero e impone, cosa natural, un vago sentimiento de inquietud y vértigo. Desazón que no habrán de mitigar ni el conocimiento más detenido ni el sentimiento más acendrado. Es el extravío de la mirada, de la extrañeza misma. Mejor: la entropía de lo imprevisto, la hirsuta fisonomía del conjunto arquitectónico. O para decirlo de la manera más convincente: el desolado y hostil paisaje de una ciudad contrahecha, imagen de la improvisación, del hacinamiento demográfico y la aglomeración urbana que apenas admite los espacios

vacíos. Una muestra desmesurada de lo que, valgan verdades, Sergio Gómez Montero calificara de *urbanización salvaje*. Y de no estar tan desgastada la metáfora podría afirmarse que Tijuana resultó a la postre un antimoderno e inaprensible *aleph* fronterizo. Sólo que la hipérbole borgiana, que supone un espacio que contiene –en el mismo punto y al mismo tiempo– lo universal y lo particular, lo único y lo diverso, e implica pese a todo un determinado orden, resulta insuficiente para dar cuenta de un paisaje a la vez ecléctico y fragmentado. Porque Tijuana supera cualquier *aleph* posible: ese "lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe" (Jorge Luis Borges), todos los tiempos, pasados y presentes, y lo hace parecer una versión caricaturizada de la simultaneidad de lo no simultáneo. Ya lo veremos.

Postal Dos: el nacimiento de Tijuana está fechado. Data de 1889. Año durante el cual se dio por aprobado el "Mapa del pueblo de Zaragoza proyectado para localizarse en terrenos del Rancho Tijuana"; en realidad un punto perdido en el noroeste extremo de la vasta geografía norteña. Justo ahí donde nada hacía suponer que pudiera surgir un asentamiento humano con las características entonces imaginadas. Pero si no existió ninguna fundación formal, sino apenas una "fundación virtual", sí existió el impulso que dio paso al sueño de un futuro ordenado y… moderno.

Diremos más. Tijuana surgió como un espacio urbano imaginado y no de manera "natural". Como un espacio comercial que el tiempo iría paulatinamente expandiendo y urbanizando. Ciudad futura que no se llegaría a concretizar del todo: la inmigración creciente, la incuria y la falta de previsión se encargarían de darle forma al conglomerado que hoy conocemos. En su temprano informe de 1931 (*Norte contra Sur*) Carlos Trejo Lerdo de Tejada

no escatima los detalles: *Tijuana es un desastre en materia de urbanización. No tiene pavimentos, ni agua, ni casas con un confort mínimo.* No es, añade luego, *una ciudad habitable, atractiva, cómoda y hospitalaria.* Presenta *un aspecto desolador, sucio y terroso… calles, desoladas y puercas, que tienen mucho de la tristeza del desierto, así como de la desolación de una ciudad repulsiva y fatalista.* A la modernidad del plano se interpuso la premodernidad urbana, y a la regularidad deseada la irregularidad incontrolada. Las fotografías de Harry W. Crosby, en su libro *Tijuana 1964*, testimonian el paisaje de una ciudad todavía precaria, es decir, premoderna.

Postal Tres: la utopía en el origen. Dibujado por el ingeniero Ricardo Orozco, el plano del nuevo asentamiento comprendía el proyecto de una población contigua a la línea internacional y con una disposición orientada de norte a sur. En cuanto a su distribución –que el historiador David Piñera Ramírez supone pensada en un *marco de libertad e imaginación*– se optó por seguir un diagrama rectangular de 147 manzanas de diferentes medidas y provisto de sendas avenidas (paralelas, perpendiculares y diagonales); además de cuatro glorietas y una plaza mayor, todas circulares. Las diagonales, quizá el elemento más innovador del plano, debían comunicar a las glorietas con la plaza Zaragoza. Por lo que el plano se apartaba de la traza hispanocolonial de otras latitudes, con la consabida cuadrícula en damero y calles verticales y horizontales. El tradicional modelo geométrico de centro-plaza-ciudad no fue aquí la propuesta a seguir, pues careció de la plaza principal como centro de los poderes civil y religioso, es decir, del espacio político como organizador práctico de la ciudad. Lo que entre otras consecuencias explica por qué tanto el edificio del antiguo Palacio Municipal como el correspondiente a la Catedral, hitos urbanos fundamentales (al decir de Kevin

Lynch), aparecieron instalados en una esquina, sin espacios abiertos y, sobre todo, fuera de lugar.

Postal Cuatro: la utopía racionalista. Toda ciudad es en sí misma una utopía, y Tijuana –ciudad y destino- no escapa a la regla. La suya es –fue, para mayor precisión- el sueño de una utopía racionalista, ordenada, y, por ende, moderna, pero destinada a exaltar la naciente dictadura porfirista. Pues tal y como lo vio el historiador Antonio Padilla Corona, en el plano original se *conjugó el afán de magnificencia propio del urbanismo neoclásico y el deseo de exaltar el nuevo orden de carácter centralista, vértice de todo el sistema político imperante en México en esa época. En el proyecto urbano tomó forma la utopía de los inicios del porfiriato, cuando se creyó posible liberarse de las ataduras del pasado. La soledad del norte de la península bajacaliforniana, fue el marco que permitió proyectar esta utopía, que incluso imaginó una llanura libre de obstáculos topográficos, pero que en la realidad las circunstancias geográficas imponían condiciones inadecuadas al desarrollo urbano.*

Postal Cinco: una utopía emplazada en medio de la nada / tal fue el propósito que todavía hoy advertimos en el plano inicial de una aldea a la que se imaginó moderna. Porque moderna fue en efecto su concepción, como moderno fue el diseño de las glorietas y las avenidas que podrían darle cuerpo a la realidad proyectada. Moderna asimismo por lo que hizo a la pionera visión de quienes la soñaron un buen día y porque, finalmente, su elaboración partió de *un orden racional filosófico, basado en la libertad del hombre y no sólo sujeto a la lógica racional* (Antonio Padilla Corona). Emergió de entre las gélidas aguas del afán positivista: ordenada, razonada y coherente. Pero como una "ciudad artificial" (en la noción de Richard Morse) o "sembrada en el plano antes que en el territorio" (en la de Adrián Gorelik).

¡Quién lo hubiera dicho: Tijuana una ciudad idealmente moderna y racionalmente planificada! Cómo y cuándo el sueño del plano fundacional se fue desvirtuando es tema que conviene revisar con minucioso empeño. Un proyecto transgredido o negado porque no fue asumido como tal ni se quiso hacerlo. Pero si los principios de racionalidad y planeación no fueron suficientes para contener el irrefrenable desorden urbano, otro tanto hicieron las ondulaciones de la topografía, la voracidad inmobiliaria y, de manera muy visible, la imprevisión social.

Postal Seis: la disolución de la utopía / y no sólo al concebirla *ex novo* –pensada antes que realizada–, sino debido al incumplimiento de la promesa anunciada; las circunstancias geográficas impusieron a la naciente población condiciones inadecuadas para su final concreción. Fue imaginada sin considerar la indócil topografía del nuevo asentamiento y sin valorar las posibles modificaciones de la propuesta original. Pues no obstante la intención racionalista, la ciudad planeada no prosperó del todo, ni el proyecto se mantuvo sin alteraciones de consideración. En poco tiempo la utopía fundadora –la de traza regular y planificada– se desvaneció. No se respetaron las glorietas ni se mantuvo el dibujo inicial de las avenidas diagonales; salvo en una pequeña parte de la otrora avenida Argüello (hoy Plaza Santa Cecilia). Sólo la ciudad-damero hubo de prevalecer, y eso solo en parte.

Postal Siete: la ciudad crece y se expande. A despecho de lo dispuesto en el plano original, en el orden de lo virtual y lo deseable, la creciente población debió concentrarse en las calles aledañas a la línea internacional; en particular en la parte norte de la Avenida Revolución, alguna vez Avenida Olvera, Avenida Obregón, Avenida Libertad... Tampoco las nuevas construcciones tenían que ver con el modelo urba-

no conscientemente planeado, pues como la viera un ilustre visitante de la segunda década del siglo XX, se trataba de un vago e incierto *caserío de madera, pequeño y pobre, designado en los mapas con el nombre de Tijuana* (José Vasconcelos) y mucho más parecido a un pueblo olvidado del viejo oeste norteamericano que a una pequeña urbe con pretensiones de modernidad. Tal vez con la excepción del modesto edificio "The Big Curios" (hoy banco HSBC), de 1929, y cuyo diseño todavía hoy evoca el estilo francés del siglo XIX. El aire de ciudad vendría más tarde. Nunca, sin embargo, el suficiente.

Impulsada por la explotación turística, la intención reguladora del plano se vio alterada casi de raíz. Entre 1919 y 1935, los dorados años del turismo extranjero y la leyenda negra, Tijuana –todavía más aldea que ciudad– conoció un primer momento de su crecimiento. Pero ajena a cualquier esfuerzo de planificación racional, durante las siguientes décadas, y en el tránsito de pueblo a ciudad, hubo de extender sus fronteras sin miramientos. Pronto las sucesivas oleadas de inmigrantes desbordaron el trazo fundacional, al punto de cambiar su forma y su destino. Mientras que las nuevas edificaciones se fueron ubicando en terrenos aledaños a las faldas de los cerros, cuando no entre los cerros mismos o entre los intrincados recovecos de arroyos y cañones. Liberada a su suerte, la *caotización* urbana se impuso a cualquier intento de racionalización. El rechazo a la simetría, a la regularidad y el orden fueron la norma y no la excepción. El crecimiento disparatado, sin control… la suerte de Tijuana estaba decidida. *Desde entonces la regla ha sido el desbordamiento progresivo de la expansión planeada* (Eloy Méndez Sáinz).

Si en su obra narrativa Federico Campbell recuerda una ciudad de los cincuenta todavía abarcable y adolescente

-*Cuando rememora, el niño que fue y ya no es y que desapareció sin morirse*-, para los ochenta Tijuana se habrá transformado por el vértigo de la voracidad urbanística y el aluvión inmigratorio. La de hoy es la negación de la aldea antaño imaginada / pensada / deseada.

Postal Ocho: la modernidá en ciernes. Tijuana es una ciudad moderna. A menos que se recorra la Zona Río, a menos que se camine por los grandes centros comerciales, a menos que se viva en Playas de Tijuana, a menos que se habite en alguno de los fraccionamientos cerrados, a menos que se posea una ostentosa residencia en el Fraccionamiento Chapultepec, Lomas de Agua Caliente, Playas de Tijuana, Alta Brisa, Real del Mar… o en cualquier otra zona de clase media alta, o solo alta. Bastiones de una modernidad dosificada, reconocible entre bolsones de dudoso bienestar económico. De ahí en más el resto lo integra una masa abigarrada, con asentamientos que sólo en pequeños tramos alcanza las condiciones de una modernización urbana aceptable; y quizá por ello más visible en las manifestaciones culturales que en una traza urbana penosamente articulada.

Fuera de la ciudad de unos cuantos, la modernidá urbana de Tijuana ha sido sólo parcial. En realidad, una urbe atrofiada por la falta de vías de comunicación adecuadas, con calles azarosas, avenidas sin continuidad posible, y con una red viaria enmarañada por donde quiera que se la considere. Una *ciudad ausente*, aquella *que se sale del orden ideal, que lo transgrede, que no garantiza los mínimos satisfactores, la que debería ser y no es* (Gustavo Gómez Peltier).

Postal Nueve: de la modernidad del plano urbano al desorden posmoderno. Desmesura, ausencia de control, voracidad inmobiliaria. Ésas y otras calamidades acabaron con el primigenio impulso de hacer de Tijuana una ciudad racionalmente planificada y, en lo posible, moderna. Creció

mal y de fea manera. Lo que finalmente devino no fue la ciudad que acaso pudieron imaginar sus fundadores, sino la caótica realidad que autoridades y habitantes terminaron edificando. Y bien podemos considerar la hipótesis que supone que si el plano fue moderno, el desarrollo posterior resultó premoderno, y aun des*mother*no; el dispositivo modernizador del plano no condujo a la modernización ni logró orientar el rumbo que habría de seguir en adelante. Des*mother*nidad en este punto significa la modernidad que no acaba de asentarse, la planificación aplazada o diferida para mejor ocasión. Y, en consecuencia, la negación de la utopía antaño imaginada.

Postal Diez: de las cosas que no tienen ni tendrán estilo. Refiriéndose a las ciudades latinoamericanas Alejo Carpentier describió lo peculiar de su arquitectura. *Nuestras ciudades* –apuntaba con tino el escritor cubano– *no tienen estilo, y sin embargo empezamos a descubrir ahora que tienen lo que podríamos llamar un tercer estilo: el estilo de las cosas que no tienen estilo.* Precisamente esa falta de estilo, y guardadas las convenientes distancias, es también lo que pareciera describir la fisonomía urbana de Tijuana. Una suerte de tercer estilo (o de varios estilos a la vez) por lo que atañe a la violenta mixturación de elementos, materiales y diseños; pero asimismo por lo que hace a la falta de modelos arquitectónicos discernibles, a la diversidad de las propuestas de construcción (mejor: de autoconstrucción); y, sin duda, debido a la ausencia de un plan regulador a la altura de las circunstancias.

Postal Once: el (des)orden del caos. Como quiera que haya sido, es cierta la presencia de ese *collage* enloquecido; el que aúna la pobreza de quienes fueron llegando apenas el día de ayer con la ostentosa riqueza de quienes ya hicieron fortuna y hoy ocupan el estrecho vértice de la pirámide social.

La simultánea yuxtaposición de propuestas, el eclecticismo arquitectónico, la disparidad en los materiales, las construcciones sin mayor relieve estético… fueron por ello el resultado y no la causa de tan prolijo (des)orden. Todo en ella aparece aglomerado, en una confusión difícil de desentrañar. La abigarrada mixtura de adefesios sin control y sin límites.

Postal Doce: la bizarra ciudad de los contrastes. De ahí que el estilo de Tijuana haya sido la ausencia de un estilo o, en todo caso, la coexistencia de múltiples y variadas propuestas dentro de un mismo espacio. Todo lo cual dio paso a la peculiar estética del *collage* tijuanense, que lo mismo fue mixturando las *abaratadas versiones californianas de la casa colonial* (Marina Waisman) con el "estilo internacionalista" (Colonia Cacho, Colonia Juárez); amalgamando los pocos edificios modernistas de la Zona Centro con los muy posmodernistas de la Zona Río y las propuestas de una presunta vanguardia pero de escaso relieve estético; mezclando el estilo Disneylandia (La luz del mundo) con el "artdecoroso" del Pasaje Colonial o el Cali Max de la calle Quinta; confrontando las precarias construcciones sobre llantas con las mansiones residenciales; o que hubiera promovido, *urbicidio* anunciado, las numerosas concentraciones de mini viviendas en serie y supuesto interés social (Santa Fe, El Refugio, Murúa, Cedros, Matamoros, Pórticos...) con la singularísima construcción de casas hechas con puertas de desecho y materiales de rehúso.

Postal Trece: la desarmonía del paisaje. Imposible definirlo si no es describiéndolo con detalle: *Una ciudad todavía desarticulada. Grandes avenidas, altos hoteles y un trasfondo de lomeríos áridos escalonados (hacia arriba y hacia abajo, por los cañones) con todo tipo de construcciones, las más de ellas, precarias. Tijuana todavía informe, sin perfil propio definido*

o, tal vez, éste es su perfil: ciudad nueva, de frontera (el punto fronterizo con mayor tránsito) (Guillermo Bonfil Batalla). La diversidad del conjunto refiere el barroquismo de la pobreza urbana (El Niño, 3 de octubre, Camino Verde, et al.), la mezcolanza arquitectónica, el fracaso en la planificación, la indolencia de autoridades y la avidez de las desarrolladoras inmobiliarias, la profusión de elementos dispares… en fin, una modernización tardía e insuficiente. Reconocible en la ecléctica yuxtaposición de formas y texturas, en el feroz desorden y el caos urbano. La desarmonía, el no-estilo: los signos visibles de Tijuana.

Postal Catorce: Tijuanarquía (Roberto Castillo Udiarte). O si se prefiere una suerte de laberinto urbano sin un centro reconocible, rizomático, con múltiples entradas y salidas que darán siempre a otras tantas entradas y salidas de lo que ahora es un laberinto de laberintos. Si bien el fenómeno resulta explicable por lo accidentado del terreno, no fue menor ni menos prolija la influencia debido a la desidia humana. Pues, aunque mucho se debió a una topografía agreste, la acción del tijuanense promedio hizo otro tanto para incrementar las dificultades de un espacio adverso a cualquier intento de urbanización siquiera razonable.

Es verdad que en algunos espacios la planificación *quiso imponerse, pero esas calles bien trazadas llevan a ineludibles laberintos, de los que puede escaparse para caer en otros, dédalo en el que son inútiles las recomendaciones borgianas, la ciudad del minotauro* (Jesús Guerra). Razón por la cual Tijuana no se dejará fatigar con parsimonia ni propicia el callejeo sin rumbo, el deambular gozoso del caminante. Extraviarse en los meandros de una ciudad así resulta, las más de las veces, una práctica difícil. Pues es verdad que "Hay ciudades que no fueron creadas para ayudar a los demás, y Tijuana es una de ellas" (Blanca Estela Álamo Ramos).

Postal Quince: la ciudad sin mapa, de fronteras difusas. Y así, a fin de cuentas, quedó eso: un lastimero *pastiche* de calles y viviendas instaladas en un paraje poco apto para la construcción urbana. Síntoma y reflejo de la heterogeneidad social que, vista desde los planos de la topografía y el urbanismo, finalmente habrían de caracterizar a Tijuana. Un organismo ya ahora des-urbanizado, y consecuentemente des-centralizado. Una ciudad que se expande incrementando sus ventajas, pero igualmente las múltiples carencias.

Quizá ya debamos preguntarnos *qué es hoy la ciudad para nosotros, (*hoy) *cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades* (Italo Calvino). Y en ese sentido, preguntar asimismo cuánto tiempo requiere Tijuana para dejar de ser una ciudad hecha a la medida humana, y sin utopías.

Tal vez no mucho.

La ciudad de los signos

El medio natural influye en los hombres y los hombres le replican en urbanismo y arquitectura. En el intercambio, lo humano, que es lo que nos interesa, queda inscrito documentalmente.

Sebastián Salazar Bondy
Lima la horrible

La ciudad -como artefacto material, como discurso físicamente plasmado- no sólo funciona, también comunica (Mario Margulis *dixit*); integra un sistema articulado de signos y es, por ende, un texto para ser interpretado. Expresa las transformaciones ocurridas por acción y deseo de sus habitantes, pero asimismo aquellos significados más profundos y arraigados. Precisamente porque en su fisonomía, que sintetiza lo que la ciudad es o promete ser, quedaron inscritas las huellas de su historia. El pasado materializado en la *ciudad morfológica* (Gilberto Giménez) y como *una crónica, escrita en piedra*, como habría apuntado Víctor Hugo; y Octavio Paz: la *esculpida retórica de frases de cemento.* Por lo que a fin de comprenderla será preciso conocer los códigos que dan cuenta de la escritura colectiva, plasmada con similar determinación en calles, parques, edificaciones y pautas de comportamiento social. Las formas materiales objetivan la mentalidad urbana, un estilo particular e inconfundible de ser y vivir (José Luis Romero). Descifrarla, en su dimensión material y simbólica, exige por ello un ejercicio detenido, semejante a las lecturas que persiguen desentrañar no lo visible sino la identidad contenida, el espíritu de cualquier concentración humana. En palabras menos temerarias, *la ciudad escrituraria que hemos de leer como tropos retóricos* (Iris M. Zavala). Discursos, pues, de argamasa y cemen-

to, o, como escribiera Richard Sennet, hechos de *carne y piedra*.

Unidad de significación, detrás de las apariencias subyace el enigma que un día fuera erigida en hormigón, concreto y madera. Irrecusable idioma de formas y símbolos grabados en los muros y los edificios, en los monumentos y las fachadas, en los callejones y las avenidas. El significado urbanizado a través de los años, el relato materializado de su particular e inconfundible historia: porque la ciudad, cualquier *ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas* (Italo Calvino). También su sintaxis, su retórica y aun su propio sistema de interpretación y reconocimiento, *permitiendo que leamos la sociedad al leer el plano de la ciudad* (Ángel Rama) en cuestión. Y el plano, como escribiera a su vez Clifford Geertz, ilustra a su manera el modelo cultural de la ciudad; ahí estará contenida –en buena medida– la identidad posible.

Desde Roland Barthes sabemos bien que la ciudad es un texto de signos interpretables, que los hombres hablan de y con la ciudad; que toda ella es un discurso y que tal discurso es verdaderamente un mensaje; que solo es cuestión de poner atención para poder escucharlo… porque *la ciudad es también un escenario del lenguaje, de nuestras evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras* (Armando Silva). Sabemos además que hablamos desde la ciudad que habitamos, la que es nuestra y llevamos a cuestas; que nadie que viva en ella estará libre de las formas que historia y cultura fueron construyendo. *Hay* –otra vez Ángel Rama– *un labe- rinto de calles y un laberinto de signos.* Interpretarlo exige leer los signos de la escritura urbana, conocer el instructivo de su desciframiento, el código correspondiente para, en fin, interrogar el texto urbano

en cuanto a su estructura morfológica (Manuel Delgado) y desde un acercamiento lo mismo hermenéutico que fenomenológico. Aunque aceptemos que nunca será legible de manera integral ni suficiente.

Ciudad de los recuerdos, también, porque la memoria social aparece contenida en las cicatrices del espacio construido. Tal y como ya lo había advertido Italo Calvino en su incomparable catálogo de imaginarias como enigmáticas ciudades. Dice ahí el escritor italiano que el *ojo recorre la ciudad como si fueran páginas escritas, la ciudad dicta lo que uno debe pensar, lo fuerza a uno a repetir su discurso.* Pero también todo cuanto uno puede hacer y sentir; puesto que siempre habrá de moldearnos las actitudes y los pensamientos, y aun será capaz de cambiarnos los sentimientos si tal fuera el caso: "Las ciudades tienen estados de ánimo, más allá de los estados de ánimo de cada uno de sus habitantes: su infraestructura está enrevesada de afectos que la abisman, que la hacen ser más que una colección de edificaciones" (Guillermo García Pérez). Formas de vida y mentalidad que hablan de un territorio humano más que de una inexpresiva geografía física.

Pero en Tijuana –he aquí la inicial hipótesis– el hombre no logró imponerse a la agreste topografía del espacio ocupado; fue éste quien finalmente hubo de marcar la pauta de lo que sería, y a contrapelo de sus mismos habitantes, la urbe construida en terrenos tan escasamente adecuados. La dispareja superficie –podríamos demostrarlo con facilidad– plasmó su impronta en el paisaje, fijando a la postre una forma de urbanización que la diáspora inmigratoria (el otro nombre del desempleo convertido en forzado exilio) no lograría contrarrestar del todo. Quizá ya sea momento de adelantar que la acción debida a los tijuanenses se hizo eco de la disparidad del terreno, repitiendo de torpe

manera las condiciones impuestas por el medio natural en calles, predios y construcciones. En lo esencial enemiga de la línea recta, y más proclive a seguir ciegamente las ondulaciones del terreno, fue construida acomodándose al medio geográfico, a la difícil topografía del terreno. Porque el diseño urbano continuó repitiendo las mismas ondulaciones y accidentes encontrados a su paso. Y lo que sería peor, hubo de magnificarlos hasta el punto de hacerlos más intrincados todavía. Casualidad o determinismo telúrico que impuso la morfología urbana a seguir.

Veámoslo sino comenzando por las condiciones del medio natural.

a. Un total aproximado de cincuenta, cien, mil... valles aluviales, algunas pequeñas mesetas, numerosas depresiones, incontables hondonadas con idéntico número de laderas, conformaron la accidentada geografía en la que hoy se asienta una población heterogénea, literalmente venida de distintos rumbos. Todo en un terreno poroso, inestable, semiárido, hecho del aluvión acumulado durante miles de años. Por lo que no han sido pocos los deslaves de los cerros, los que a menudo se reblandecen con extrema facilidad y no bien se van sintiendo las primeras precipitaciones pluviales. Tampoco han faltado los derrumbes de viviendas malamente afincadas en barrancas y pendientes, inapropiadas para cualquier edificación con el mínimo de la seguridad requerida. Como resulta fácil suponerlo, el efecto ha sido casi siempre devastador (División del Norte, Sánchez Taboada..., digamos por decir). También por la acción humana (Primer Ayuntamiento, El Rubí…).

   La columna vertebral del emplazamiento humano se localiza en el lecho del río Tijuana, ya canalizado

y urbanizado en su mayor parte. Corre en dirección a la línea internacional, se adentra luego en territorio estadounidense, para terminar vertiendo su escasa corriente en aguas del mar océano. Pero antes de internarse en territorio extranjero, y en tiempo de las invernales lluvias, recibe el sucio caudal de un buen número de pequeños arroyos. La mayoría de los cuales ya han sido obstruidos para dar paso a calles y viviendas, con el consiguiente problema de las aglomeraciones, las muy previsibles inundaciones y los no menos infrecuentes conflictos ambientales. Y aunque el problema sigue siendo lo escarpado del terreno, la realidad es que *nadie preparó a Tijuana para su futuro* (Eduardo Cruz Vázquez). ¿Pero a quién, en sentido estricto, podría importarle el desatino de una ciudad así?

b. En palabras que no admitirían réplica alguna: una topografía irregular y caprichosa, salvo en el primer cuadro de la ciudad y en otras pequeñas áreas; pero a las que el tijuanense no supo encontrarle una respuesta adecuada en materia de organización urbana. Tijuana tendría por esa sola circunstancia la estructura de una ciudad amorfa; y según se ha dicho, la curiosa *forma de un armadillo (*Omar Pimienta) o quizá de algo más parecido a un extraño *espinazo de pez nadando hacia el norte* (Diego Moreno). No fue por casualidad que las irregularidades del terreno se reprodujeran en la textura urbana. El desorden de sus calles se complementó con la notable falta de previsión social, con el diseño dejado a la improvisación o a la especulación urbana, con las dificultades del relieve físico. La ondulada fisonomía se corresponde con una topografía plagada de innumerables accidentes; réplica puntual pero ampliada de las irregularidades del terreno.

Pudiéramos decir que Tijuana fue construida ahí donde no debió construirse; justo en donde nada hacía suponer ningún asentamiento ni de sus dimensiones. Lo que a la postre hizo de ella una ciudad inviable por su misma vulnerabilidad. Pero nadie pensó en las desventajas que su edificación traería consigo. Nadie tampoco la preparó para afrontar el incierto futuro. En consecuencia, proliferaron los asentamientos irregulares por el arribo de inmigrantes que, apenas el día de ayer, abandonaron sus lugares de origen para instalarse en la escarpada pendiente de cualquier cerro, todavía sin los servicios necesarios. Sólo por vía del ascenso social de sus propietarios la modesta vivienda devino después en una edificación permanente y de materiales más sólidos. Aun si el paisaje contradice el esfuerzo tan arduamente empleado.

c. Las formas arquitectónicas no fueron mucho mejores. Si la naturaleza impuso su impronta en cuanto a la organización del paisaje urbano, el tijuanense terminó edificando una suerte de estilo arquitectónico en el que no faltaron las misérrimas viviendas hechas de madera o de concreto, algunas a medio construir, resultado de la improvisación, de la carencia de recursos suficientes o debido a la falta de arraigo entre sus muchos habitantes. Dramáticas edificaciones que cuelgan peligrosamente de los cerros aledaños. Si bien, y en no pocos casos, *el ingenio popular utilizó las llantas de automóviles para consolidar las construcciones... las llantas evitan el deslave de la esperanza* (José Manuel Valenzuela Arce).

Sólo las clases media y alta, ellas sí, pudieron hacerse de una cómoda vivienda con los servicios requeridos. En unas cuantas zonas residenciales edificaron sus casas de elaborados adornos y fachada modernista (Co-

lonia Cacho, Dávila, Fraccionamiento Chapultepec, Playas de Tijuana) y aun vanguardista (Casa Walícias). Pero tampoco ellas fueron capaces de darle vida a un estilo distintivo. Prefirieron en cambio remedar aquello que estaba a la mano para crear un sucedáneo del estilo neocolonial o mediterráneo, vigente en el sur de California desde los años veinte y treinta. Por lo que, y en lo fundamental, todavía hoy *continuamos sometidos a la moldura y al techo de dos aguas, al detalle "colonial" aunque sea de plástico* (Armando García Orso). Casas adosadas con falsas molduras, cúpulas, arcos y columnas de una artificial como ociosa utilería.

d. Ranchería de paso desde sus inicios (Callejón Z), Tijuana encontró en ese hecho la condición primigenia. El otro sería su situación final, de frontera; surgió con ella y marcó de manera definitiva su posterior crecimiento; cifrando así su destino histórico y su manera de ser. Desde entonces ha sido una ciudad de inmigrantes y para emigrantes. Todavía hoy la mayoría de sus habitantes llegaron de fuera. Por lo que, y comoquiera que consideremos el fenómeno descrito, sigue siendo inobjetable aquello de que en Tijuana todos somos inmigrantes. La única diferencia está en que unos llegaron antes y otros llegamos después (Martín de la Rosa).

e. Ciudad multirregional. En sus principales líneas Tijuana reproduce la estructura de una sociedad conformada por inmigrantes. Valgan algunas cifras. Si apenas en los cincuenta contaba con 59,950 habitantes, y en los ochenta la cifra se había elevado a los 429,500, para el 2010 la cantidad ya se había incrementado hasta rebasar el millón y medio de individuos. Cifras oficiales que no siempre alcanzan a reflejar la magnitud del fenómeno inmigratorio; tampoco para registrar la

prisa por acrecentar las fronteras físicas de una urbe con la mayor de las tasas de crecimiento demográfico.

Plasmadas en el perfil urbano se encuentran también las huellas del aluvión humano. Por lo que Tijuana, como cualquier ciudad, *se parece a sus creadores, y éstos son hechos por la ciudad* (Armando Silva). Tal vez por eso Patricio Bayardo Gómez escribió que *cada nuevo migrante trae su propio "pedazo de tierra" y lo injerta en Tijuana.* Lo que, continúa en su razonamiento el ensayista, también él venido de fuera: *Me viene a la mente pensar que es esto lo que ha hecho la topografía que vemos y transitamos todos los días.* Verdad es lo apuntado porque si el aluvión físico conformó finalmente un terreno irregular e inestable, por su parte el aluvión inmigratorio trajo consigo un nutrido repertorio de grupos regionales y étnicos, quienes fueron arribando en sucesivas oleadas hasta integrar una heterogénea y masificada población. Jugando con las metáforas diríamos que es un aluvión todavía no sedimentado, no endurecido ni petrificado, por así decirlo, sino en estado de ebullición, en efervescencia. Porque, en efecto, *Así nació Tijuana / sangre de todos los rumbos!* (Miguel Ángel Millán Peraza).

f. Hacer ciudad, se ha dicho, depende del permanente diálogo entre espacio y demografía, entre población y territorio, pero en Tijuana el intercambio no fue nunca sencillo. Podríamos decir que *al igual que ese inestable terreno geológico sobre el que se asienta la ciudad, también la naturaleza social y cultural de Tijuana ha sido de aluvión, pero migratorio (*Guillermo Alonso Meneses / Raúl Balbuena Bello). La analogía no es gratuita, mera comparación desprovista de valor explicativo; alude, y en primera instancia, a la conformación de un espacio ur-

bano irregular. Vista así permite descifrar los rasgos de su perfil topográfico, pero también el humano. Como en Zaira, otra de las prodigiosas ciudades de Italo Calvino, el espacio construido contiene su pasado inscrito entre las líneas de su trazo. Está plasmado en cada una de sus avenidas, edificaciones, fachadas, esquinas; de igual manera que en sus intersticios y recovecos. En primerísimo término en la caprichosa urdimbre conformada por una trama de retazos mal cosidos.

g. Todo el rodeo llevado hasta aquí no ha pretendido sino dilucidar cuán cercano ha sido el condicionamiento entre el marco geográfico, la organización urbana y los efectos derivados de la acción humana en general. Porque en Tijuana –determinismos aparte– hábitat y paisaje humano (que es decir cultura, voluntad creadora) se relacionan y complementan de manera siempre estrecha. Diríase que entre la matriz geográfica y la matriz cultural existió siempre una correspondencia subterránea, mas no por ello insoslayable. De suerte que ahora resulta imposible deslindar la heterogeneidad cultural y urbana de las particularidades del espacio físico. Unas y otras se corresponden como si estuviéramos frente a la imagen de un espejo siempre fiel a sí mismo. Después de todo *la forma de la ciudad es la forma de su orden social*, según lo asentara Lewis Mumford.

De ahí la continuidad entre el emplazamiento geográfico y las formas del asentamiento humano, entre su construcción y su poblamiento. La indisoluble relación entre el espacio social y el espacio físico, en efecto, derivó en una suerte de curioso mimetismo: si la irregularidad topográfica hizo juego con la heterogeneidad social, ésta, por su cuenta y riesgo, añadió al paisaje una mayor disparidad en lo que hizo a la edifi-

cación de calles, viviendas y fachadas. El aluvión físico fue a la topografía lo que la inmigración es y ha sido para la composición demográfica, y ésta última para la heterogeneidad cultural de Tijuana. Un tema en sí mismo.

h. Ciudad de aluvión, tanto por lo que hubo en ella de conformación espacial, de territorio irregular e inestable; pero no menos debido al crecimiento atropellado de la inmigración humana. Si aquélla prolija en materia de ondulaciones, breves mesetas y escarpadas pendientes, ésta fecunda por cuanto hizo a la multiplicación de las estadísticas demográficas y los asentamientos irregulares; pues si el marco no fue el más propicio para asegurar un asentamiento armónico, la acción humana no logró sortear las dificultades impuestas por un medio natural adverso. El diálogo con el entorno físico no fue el mejor ni el más fecundo. La enrevesada orografía encontró en cambio su complemento en la diversidad social de sus desaprensivos cuanto desatentos habitantes.

La impronta física resultó pues de mucho mayor calado y, a fin de cuentas, que la huella humana; aunque de ninguna manera desdeñable. Fue así que Tijuana-sociedad y Tijuana-topografía se amalgamaron de estrecha e irreversible manera. Porque unidad indisoluble han sido hasta el presente geografía y cultura, sociedad y espacio. La metáfora geológica ilustra bien la estrecha relación entre el aluvión físico y aquél otro debido a la acción humana.

Tijuana Yonke

Antes que un no-lugar (Tijuana) *es el lugar de la saturación. Aun así, admite e incorpora continuamente lo extraño, porque pareciera ser que, de hecho, nada le es extraño. Y en esta sobreabundancia humana cabe esa ambigüedad que da a ciertos lugares un aire de perversión al tiempo que los convierte en sitios excepcionalmente propicios para las múltiples expresiones de lo humano, desde la felicidad hasta el arte.*

Eduardo Arellano
"Estación Tijuana"

No priva en Tijuana la ilusoria armonía de los contrastes, sino la abierta explosión de los sentidos; no el equilibrio entre las divergentes tendencias arquitectónicas, sino la desarmonía del conjunto; no la uniformidad que deriva de la fría racionalidad arquitectónica, sino el indómito desorden de calles y construcciones; no incluso *el orden (dialógico) del caos* (Jezreel Salazar), como podría argüirse. Antes bien, las tensiones en una totalidad reacia a cualquier ordenamiento; no –tampoco– la planificación programada, sino la improvisación, el desborde sin límites, las aglomeraciones sin freno, esto es: la imperfección, el (des)orden del caos, la des*mother*nidad. En otras palabras, la saturación, el exceso, lo irregular, lo deforme, lo monstruoso. Todo lo que, en resumidas cuentas, "perla imperfecta" (pues tal cosa significa el término barroco), podríamos reconocer en el estilo que dio en llamarse neobarroco. Si por tal entendemos, simple y llanamente, la *apoteosis del artificio, la ironía e irrisión de la naturaleza* (Severo Sarduy). El otro nombre sería aglomeración inconmensurable; pero hecha por sí misma. *Do-It-Yourself-City* escribió de Tijuana Mike Davis.

1. Neobarroco, en efecto, resultó el bizarro conjunto de calles y viviendas. Lo que equivale a decir sin control, con fragmentos sobrepuestos y la abigarrada revoltura de toda suerte de materiales, estilos y formatos. El urbanismo tijuanense alcanzó finalmente su "barroco" en un paisaje integrado por ornamentos disímiles y yuxtapuestos, la proliferación de construcciones eclécticas, la caótica sobreexposición de edificaciones y, por desgracia, con una insuficiente estructura urbana. Todo lo que en conjunto fue dando forma a una mezcla difícil de plasmar en una imagen imparcial y homogénea. Hoy la heterogeneidad de Tijuana desafía cualquier apreciación comprensiva; pero a condición de no subestimar lo que pudiera haber en ella de afán creativo. Si la fealdad es la ostensible marca de Tijuana, la intensa vitalidad ha sido la otra cara de tan prolijo desorden. Anverso y reverso de un mismo proceso social.

Porque el (des)orden trajo consigo la presencia de una peculiar e inconfundible estética urbana; la estética de los excesos, de la confusión… y del horror: *La ciudad fronteriza reproduce una estética neobarroca* (Edith Mora Ordóñez) pero amplificada. Quiero decir, contrahecha, desinhibida en cuestión de gustos y propuestas arquitectónicas, y del mayor interés por cuanto corresponde a su misma dinámica social. Para decirlo en breve: la poética del feísmo, del mal gusto arquitectónico, de las imperfecciones. Aquello que no hace mucho fuera designado con el impreciso término de *kitsch* tijuanense, es decir, la *apoteosis del más falso de los barrocos* (Carlos Monsiváis); y que, como lo asentara con más desenfado que precisión conceptual la escritora chicana Debra A. Castillo –refiriéndose a Tijuana– equivaldría a *rascuachismo*. Por lo mismo, sinónimo de vulgaridad, de falta de autenticidad. Todo lo que por afinidad semántica resultaría asimilable a lo grotesco, a lo francamente

ridículo, incluso, a lo chafa y aun antimoderno. Porque en lo básico *el kitsch representa el esfuerzo artístico agriado, así como cualquier cosa que se considera demasiado obvia, dramática, repetitiva, artificial o exagerada* (Celeste Olalquiaga).

Visible en la arquitectura doméstica de cualquier colonia popular (las postales e instalaciones del artista plástico Marcos Rodríguez Erre ilustran la imagen de un escenario así) o, incluso, en las lujosas viviendas de las clases media y alta; pero de igual manera en muchos de los fraccionamientos residenciales y varias zonas comerciales. Su presencia no se reduce a ningún sector social en particular; incluye por igual a los grupos de desposeídos que a los recién llegados, a los sectores de clase media que a los ricos propietarios de las mansiones de estilo posmoderno, y por idénticas razones. Visible también en manifestaciones tales como las pinturas hechas en terciopelo negro, en las imitaciones de figuras fabricadas en yeso (según la moda, la serie o la película del momento), en *la estética de la inautenticidad de los mexican curios* (Maribel L. Álvarez) que se venden a los turistas, en los burros pintados cual si fueran cebras, en la estridencia de los excesos... la lista es amplia.

¿Pero qué es o qué se podría calificar de *kitsch* en el caso de una ciudad como Tijuana? En lo básico, y sin ser exhaustivos:

- El catálogo de las improvisaciones que suplen con creces las nociones de lo horrible y vuelven superflua la noción de la fealdad arquitectónica;
- Las evidencias de *la estética del caos y la lógica del desorden* (Rossana Reguillo), que es también desdén por las formas consagradas, reafirmación de carencias y necesidades;
- La apoteosis del "caos en movimiento", el otro nombre

del impulso modernista, pero que el vértigo fronterizo acrecentó siempre más allá de lo predecible;

- La escenografía de las viviendas que lastimosa y pobremente integran la *arquitectura del desecho* (Eloy Méndez Sáinz), con sus geniales aptitudes para la improvisación y el reciclaje;
- La abundancia de estímulos visuales que realzan la anarquía estética, pero también la sordidez del entorno;
- El abigarrado y confuso entreveramiento de formas y texturas que modifican la noción de la anarquía urbana;
- La iconografía de un *collage* enloquecido, de fragmentos irreconciliables, de trozos ensamblados de cualquier manera;
- La saturación de anuncios, letreros y graffitis que amplían la sensación de la decadencia urbana.

Todo lo que sin mayor esfuerzo advierten quienes reconocen la estética de la pobreza y la deformidad urbana, distante de los ideales de la armonía y la belleza; pero, y en lo básico, un problema de sobrevivencia. O tal vez la técnica autocompensatoria que suple a raudales la falta de modelos y previsiones. Así más o menos iría el razonamiento: Si aquí nos tocó vivir que sea conforme a nuestras posibilidades, y que el tiempo se encargue de darle valor a lo que por ahora no es más que el muestrario de carencias y deseos de superación social. En otros términos, *la elegancia históricamente posible en el subdesarrollo* (Carlos Monsiváis).

2. Si, en esencia, toda *ciudad es una arquitectura, una enorme manufactura* (Teodoro González de León) a la que se le pueden aplicar los adjetivos del arte (*bella, triste, misteriosa, interesante, etcétera*), y es la plástica urbana el resultado del *libre juego entre el azar y el diseño deliberado*, en Tijuana fue

el azar quien hubo de fijar el rumbo y los adjetivos fueron apareciendo por añadidura. Porque estamos frente a una estética otra, aquella que Katya Mandoki define con una palabra más precisa todavía: prosaica. Es decir: una manifestación estética en la cual reconocemos ante todo la *sensibilidad de la vida cotidiana.* Estética ambiental, porque de eso se trata, que incluye todas las facetas de la percepción sensorial y no sólo las que caen dentro de las categorías de lo sublime, lo bello y aun lo bonito.

Vale la aclaración puesto que en estricto sentido no constituye un problema de gustos ni únicamente de propuestas estéticas, sino una realidad social fundada en el afán de salir adelante y a como dé lugar. Mejor, un modo particular de vida, que es también cultura ambiente, atmósferas del cotidiano barroquismo, de la caótica yuxtaposición de distintas construcciones. David Harvey lo explica de manera precisa: *Puesto que cada ciudad dicta la forma de vida, las formas de relación social y sensual, toda una serie de emociones, sensibilidades, valores, actitudes y modos de comportamiento, da lugar a la formación de una conciencia y una estética urbana particular.*

3. Para la antropología urbana Tijuana ha sido sobre todo sinónimo de miseria social (Margarita Nolasco), de una evidente incapacidad para procurar el bienestar de sus muchos habitantes. Con una población con *geniales aptitudes para la fealdad y la desesperanza* (Ricardo Garibay). Sin desmentir esas y otras aseveraciones hechas en el mismo tenor, cabe reconocer en cambio, la pobreza de una población que alterna el atraso social con las oportunidades económicas y laborales de la frontera. Lo que se advierte en la arquitectura debido al subdesarrollo de quienes fueron supliendo las necesidades de sobrevivencia con los medios

disponibles. En todo caso, el *kitsch* de los pobres urbanos (Adrián Gorelik). No un problema de gustos y modelos arquitectónicos aceptables, sino de posibilidades económicas, como queda asentado. Dicho en breve, en Tijuana *el neobarroco expresaría una contramodernidad* (Sergio R. Franco).

Es pues el estilo derivado de la autoconstrucción, del reciclaje, de los desechos industriales y la chatarra, de los saldos de segunda y hasta tercera mano que ingresan a Tijuana por diversas vías y sin mayores inconvenientes se incorporan al paisaje urbano. En un tiempo las viejas casas importadas y la madera de antiguas construcciones de San Diego; todavía hoy las llantas usadas, la ropa y los aparatos electrodomésticos, los automóviles, las puertas, las ventanas y los muebles de las ventas de garaje. En cualquier caso, artículos de rehúso que adquieren por ese solo hecho una segunda vida en manos de sus nuevos propietarios. Heriberto Yépez hace decir a uno de sus narradores: "Era cierto que Tijuana vivía de las sobras –la ropa de segunda, los aparatos, los autos usados, el equipo de béisbol, los turistas, la música– de San Diego". El proceso va de la desterritorialización a la relocalización para añadirles una nueva y distinta significación social.

¿Pero qué sentido tiene hablar del mal gusto arquitectónico, de impurezas o de mezclas en una ciudad fundada en el libre aprovisionamiento de materiales, reciclados o de desecho? No mucho, sin duda. Tal vez por eso durante una larga etapa no existió en Tijuana tal cosa como el miedo al ridículo, ni constituyó tampoco una asignatura pendiente. Lo "bonito" y "elegante" sólo preocupaban a quienes disponían de los recursos para hacerse de un estilo de vida presumiblemente moderno. Por eso en su cotidiano deambular los *citámbulos* (el término es de Ana Álvarez, Valentina Rojas Loa y Christian von Kissel) advierten en

seguida una manifestación más del *kitsch* urbano, definido por Celeste Olalquiaga como *una realidad estilo altar, donde la lógica de organización es todo menos homogénea, la saturación visual es obligatoria y lo personal se vive como un pastiche de imágenes fragmentadas de la cultura multimedia y popular.*

Es por todo lo anterior por lo que uno estaría tentando a retomar el concepto de *bricoleur* como herramienta de trabajo; si bien con una intención mucho más descriptiva que teórica. El término –que en la noción clásica de Claude Lévi-Strauss subraya la idea de improvisación, sin plan previo, y refiere asimismo el uso condicionado por los materiales a la mano, como los residuos de construcciones o destrucciones anteriores– resalta sobre todo el valor que puede haber en las improvisaciones. Porque si algo, en el *bricoleur tijuanense* reconocemos la capacidad de conjuntar elementos dispares. Y los ejemplos abundan: en Tijuana *se erigen casas con puertas de madera de garages americanos, de llantas, de plataformas de madera de carga. Hay ejemplos que demuestran la aristocracia de la sencillez* (Armando García Orso). En la serie de fotografías de su libro *Irregular*, cuyo título lo dice todo sin metáforas previas, Ingrid Hernández documenta el paisaje descrito.

También el título de la obra dramática de Juan Carlos Rea, *Tijuana Yonke*, resume la idea de un improvisto *collage* fronterizo; la imagen de una ciudad hecha con los residuos de una sociedad (San Diego / Los Ángeles) que, regida por la opulencia, la novedad y el despilfarro, los relega a su patio trasero al otro lado de la frontera. Son los desechos de la sobremodernidad norteamericana, del despilfarro, de la efímera y consumista *modernidad líquida* (Zygmunt Bauman), y que se integran en la caliente des*mother*nidad tijuanense de esa singular manera. Como una gigantesca ensambladora, Tijuana importa muchos de los desechos

industriales o domésticos para procesarlos más tarde. El resultado está a la vista.

4. A Tijuana le gusta el mal gusto. Pero así y todo, se acepte o se rechace, el *kitsch* tijuanense posee su propio valor estético. Como en los versos de Nicanor Parra: "el desorden también tiene su encanto" (*Versos sueltos*). Ocurre entonces que el fenómeno sólo se explica si se consideran las condiciones que lo hicieron posible. Lo que nos acerca no ya al terreno de las valoraciones artísticas prestigiosas, sino al nivel de las producciones imaginativas, pero sin pretensiones. Desde una interpretación menos prejuiciada vale reconocerlo como una propuesta cultural espontánea, derivada de las múltiples dificultades y la falta de poder adquisitivo. Es el potencial estético de las improvisaciones, de una cultura urbana y fronteriza creada en las condiciones de una sociedad así.

Cabe ir más allá todavía, y a fin de reconocer cuanto hubiera en ella de creatividad artística, del reciclaje macerado en el mortero de la pobreza y las oportunidades de la frontera. Pues *si es verdad que es un caos, un experimento, una ciudad llena de excesos, y que vive al límite, que vive al borde y en el borde, también podemos decir que Tijuana es una delicia, que su cultura urbana y su estética son únicas, porque siempre está cambiando, reinventándose, pasando de un lado a otro entre lo culto y lo popular (...) entrando y saliendo de la modernidad… una estética en el borde* (Giovanni Troconi).

5. En fin, la estética del caos, del desmadre o, mejor, de la des*mother*nidad. Suplantó la planeación moderna del plano fundacional, y apenas un poco más tarde convirtió el paisaje urbano en una suerte de *art brut* (Mike Davis) mediante las prácticas de la autoconstrucción popular y de una ar-

quitectura sin arquitectos en la cual todo se vale. Incluso la parodia de sí misma, porque *Tijuana siempre está a medio hacer y se transforma mientras está todavía en proceso* (René Peralta).

Es, finalmente, una muestra de la estética del neobarroquismo urbano: "disarmónico y asimétrico" (Gillo Dorfles).

Estación Tijuana

En las últimas décadas, la movilidad extrema en Tijuana, en algo o en mucho, se modifica y aparecen las señas de la perdurabilidad (instituciones, personas, historia recuperada, centros de enseñanza superior, localización de orgullos locales), y queda aislado el pintoresquismo.

Carlos Monsiváis

"La reinvención de Tijuana, frontera y transfrontera".

Tijuana es una ciudad pendular, que mira hacia la bahía de San Diego como su futuro y se resiste a mirar hacia México, un territorio en fuga, abandonado. Así, y en apretada síntesis, Francisco Manuel Acuña resume un juicio que se quiere por ello mismo incuestionable. Tópico según el cual Tijuana habría vivido siempre de espaldas; al pendiente sobre todo del norte extranjero y mucho más al alcance de la mano. Ciudad sin sur, pues merced a que *nuestra mirada está constantemente señalando el norte* (Norma Iglesias) Tijuana pareciera vivir ignorándolo todo; salvo, según se ha dicho, cuanto acontece al otro lado de la frontera. Pero así no se expresen en esos y otros similares términos, las conclusiones son siempre las mismas y en todos los casos: la brújula invariablemente habrá de apuntar en dirección opuesta al país.

No habremos de contradecir opinión semejante, oponiéndole para el caso argumentos extraídos *ex profeso*; pues no pretendemos indagar cuánto de verdad o de mentira pudiera haber en todo cuanto ha sido dicho o escrito al respecto sobre Tijuana. Tarea ingrata y de escaso provecho. Conviene en cambio señalar que el tema se complementa con otros que, como el desarraigo social y la falta de tradiciones afincadas de tiempo atrás, merecen tratarse en

un mismo y sucinto apartado. Por las razones que a continuación se aducen con cierto detalle. Apenas el suficiente para reconocer lo que pudiera incidir en el proceso de su comprensión y, de ser posible, de su valoración. Importa ahondar en torno a las consecuencias que implica su condición de ciudad de frontera. Pero no con el ánimo de querer derivar ninguna esencia fronteriza, sino para hacer hincapié en lo que tal circunstancia conlleva.

Sea por consiguiente el tema de la falta de arraigo y sus correspondientes imágenes. Primero las metáforas del desarraigo, y entre las más consistentes, dos en particular: Ciudad Abierta / Ciudad de Paso. En conjunto o por separado ambas refieren un escenario desprovisto de raíces, sin estabilidad ni permanencia. Según esto: una tierra de nadie asentada en ese *territorio indeciso entre algo y nada* (Barry Gifford) y que, cuando menos desde los testimonios autobiográficos de José Vasconcelos, ha sido para muchos la frontera norte del país. El desarraigo sería por eso mismo cultural y psicológico, pero también arquitectónico y urbano. En lo primero, porque la noción se atiene a una suerte de identidad volátil, sin tradiciones de antiguo cuño; y por lo mismo propensa a las manifestaciones de una personalidad inestable. Y en lo segundo, porque se tornaría más visible aún en una ciudad que ha sido resultado de la inmigración continua, según se ha dicho, debido a la falta de construcciones sólidas. Así, se ha proclamado que vivimos en una ciudad sin restricciones; en "La ciudad más visitada del mundo", según reza la mitomanía convertida en cliché publicitario. Porque ha sido en la condición fronteriza en la cual se ha creído reconocer las circunstancias de una ciudad de puertas abiertas. Tanto para quienes en diferentes ocasiones buscaron el etílico paraíso para saciar la sed impuesta por la "Ley Seca", las mercaderías de dudoso folclo-

rismo o la posibilidad de liberarse de las presiones morales entonces vigentes en su país; como para los muchos mexicanos que, yendo en sentido inverso, fueron arribando un día sí y otro también. Si éstos persiguiendo la antesala del sueño migratorio; aquéllos / *exiliados del celo calvinista* / procurando el emporio del placer fácil, los muchos bares y casinos puestos a su entera disposición.

Ciudad de Paso o Abierta, asimismo, debido a la existencia de una significativa e importante arquitectura improvisada; de cierta *transitoriedad arquitectónica* (Eloy Méndez Sáinz). Según esta idea, una entidad definida por la *creatividad arquitectónica provisional, transitoria, experimentada en puntos donde bienes y personas están en tránsito permanente de un país a otro.* Improvisación consustancial / constitutiva / y tanto por lo que hizo a la vivienda doméstica, con sus asentamientos irregulares y de precarios resultados, como por las construcciones industriales y aun comerciales de todo tipo y condición. Porque la incertidumbre se extendería lo mismo a las edificaciones para dar alojamiento a parques industriales y maquiladoras. Las que debido a la volatilidad de los capitales extranjeros, pero también debido a una ciudad de tránsito permanente y, por citar, porque nunca fueron *erigidas, como los grandes monumentos megalíticos, para resistir al tiempo, para prolongarlo hasta la eternidad. Hoy las construcciones no se pretenden imperecederas, por el contrario, se piensan efímeras, fugaces, transitorias; en cierto modo inciertas, inestables, circunstanciales* (Luis H. Méndez Berrueta). De ahí la existencia de esa *arquitectura de paso y de simulación* (Eloy Méndez Sáinz), porque si Tijuana tiene la estructura de un *paraje movedizo poblado por inmigrantes y seminómadas, es de esperar que se produzca un conglomerado urbano inasible* (Diego Moreno). En contraste con la modernidad só-

lida, aquella de los objetos pesados, macizos, firmemente arraigados e inmovilizados (Zygmunt Bauman).

Ciudad de espera, de mientras tanto. Lo que finalmente acabaría dando paso a una entidad cuyo sentido pareciera fundamentarse en el valor de las escenografías fugaces. Como lo viera no hace mucho tiempo un observador atento, y hasta donde cabe, imparcial: *Tijuana creció con prisa y alguien me dice que no se le quita el aire de campamento: es algo que flota en el aire como un presentimiento. Una casa es lámina, es lona, son pedazos de llantas, parches, pegotes, añadidos, capas sucesivas de materiales de desecho, estratos que componen la geología de la expulsión. Una casa, dirían los gringos, becomes. Y las etapas de este progreso desde la nada hasta la más absoluta miseria o hasta el triunfo comercial, no conocen leyes, ni reglamentos: los constructores se las brincan porque las leyes se hicieron para violarlas. Y así se edifica el tenderete* (Alfredo Hualde).

El mecanismo ha servido además para dilucidar el probable carácter cultural y psicológico del tijuanense; si es que tal sujeto existe, cosa que nosotros francamente dudamos. Un individuo fronterizo, liminal, desamparado, por decir lo menos, y al que se concibe moviéndose siempre entre dos aguas. Siguiendo la dudosa metáfora: con una identidad todavía en tránsito; presumiblemente entre lo mexicano y lo norteamericano. El novelista Diego Moreno lo explica de la siguiente manera: *Existe en el entorno un talante de desapego, de mientras tanto, de entremés, de marcha permanente… Se percibe una actitud de estadía provisional, aunque se pasen treinta años en el lugar.* Como se echa de ver, el desarraigo físico debió condicionar una confusa e incierta psicología social, por lo que estaríamos frente a un individuo vestido con ropajes extraños; eco y sombra de sí mismo, absurdo, y, por si fuera poco, ciego a todo cuanto lo rodea. Pocho,

agringado, transnacionalizado, fueron entre otros los adjetivos esgrimidos para denotar y denostar al fronterizo.

Parece natural que si no se cuenta con una identidad estable se requiera del conveniente disfraz que oculte las muchas y previsibles carencias que lo distinguen. O, acaso como último recurso, que proceda a inventárse una identidad *ad hoc*. Es por tal motivo que se ha señalado que la *historia de este hombre fronterizo es la historia del hombre que se ha empeñado en ser de otra manera de lo que es: Ser como otros para ser sí mismo. En su empeño por ser algo distinto de sí mismo, ha terminado en una especie de limbo ontológico, pasando de un espejismo a otro, en función de una vana realidad de leyenda; empeñado así en producir una irrealidad* (Alfredo Lucero Montaño). No se precisa ir demasiado lejos para saber el origen de tales ideas. Están, desde Samuel Ramos, pasando por el grupo Hyperion (Luis Villoro, Jorge Portilla, Emilio Uranga, et al.), en la vieja "filosofía de la mexicanidad" y en Octavio Paz. Mascarada ideológica con la cual ha sido subyugado el mexicano, pero certera y lúdicamente cuestionada por Roger Bartra en *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano.*

La literatura no ha sido menos proclive en la tarea de apuntalar la presencia de ese individuo amorfo y desterritorializado. Al decir de Federico Campbell, tijuanense él mismo, ser *Tijuanense significa ser de todas partes y ninguna, un ser colocado ante el umbral, entre un país y otro, una lengua y otra, pero al mismo tiempo, culturalmente autónomo.* O, incluso, a pensarlo en consonancia con la existencia de cierto inconsciente prehistórico y que daría estructura a la ciudad como tal. De acuerdo con esta otra interpretación, *las ciudades entran en caos cuando pierden su origen y confunden su destino. Tijuana sería por ello una ciudad mexicana tardía, cuyo desajuste central como urbe es no saber cuál es su ciudad-madre.*

Cuál es su ciudad-padre; c) Por no saberlo, Tijuana mira hacia el norte. Su mirada está puesta en San Diego, en su ciudad-padrastro. Y en su ciudad hermanastra, Los Ángeles; y, se añade, *d) El rechazo hacia su madre lo aprendió, sin embargo, de su madre misma. Tijuana pertenece a una estirpe de ciudades maternas que se avergüenzan o desinteresan de sus raíces (indias)* (Heriberto Yépez).

Si la metáfora resulta antigua (a saber: México, país de bastardos que ignoran su origen), la premisa es tan insostenible como históricamente inexacta: ¿las raíces indias de Tijuana? No obstante, la notable inconsistencia (y banalidad), la parrafada ilustra una idea bastante extendida. Aquella apoyada en una suerte de mirada estrábica –vuelta de revés y en un determinado punto cuando en realidad se vive en otro distinto–, la que explicaría la presencia de un tijuanense vuelto de espaldas a sus orígenes, sin raíces y sin identidad; y que, por ende, lo haría un pasajero siempre en tránsito. Porque a fin de cuentas *¿Quién se arraiga en un andén?* (Diego Moreno) o en *un gigantesco hotel sin puertas* (Guillermo Fadanelli). Frases, ambas, referidas a Tijuana. No obstante, podríamos preguntarnos qué tan transitorias o de paso son la arquitectura y la identidad cultural de una urbe que rebasa el siglo de existencia y, por lo que sabemos, cuenta con varios cientos de miles de habitantes. Tijuana, p.e., dejó de ser la antesala de la utopía inmigratoria para convertirse también en un lugar de destino y residencia final.

Lo criticable no estriba en repetir concepciones en franco descrédito, tales como la inautenticidad del mexicano, cubierto con las máscaras a las que hiciera referencia Octavio Paz en *El laberinto de la soledad;* sino en la falta de evidencias empíricas que fundamenten lo dicho con relación a ese y otros asuntos. Las interpretaciones psicoanalíticas acerca

del fronterizo, al que se ha considerado como un individuo sin raíces, viviendo en el limbo, enajenado, es cuando menos una noción controvertible. Y la mitología fronteriza, a la que han sido tan afectos no pocos teóricos de la posmodernidad, no se sustenta sino en la repetición acrítica de lugares comunes. Porque se ha querido ver en el tijuanense a un sujeto colocado en medio de la nada, habitando un espacio indeterminado, distante de la lengua y la cultura mexicanas. No obstante, conviene subrayarlo: el tijuanense no se encuentra suspendido entre una nación y otra, atravesado entre una cultura y otra. Afirmaciones como las vertidas por Gloria Anzaldúa, *La frontera entre México y Estados Unidos es una herida abierta donde el tercer mundo lucha contra el primer mundo y sangra, donde emerge una cultura fronteriza, un lugar vago, indeterminado, creado de un residuo emocional de una frontera artificial, en un constante estado de transición. Los atravesados viven aquí*, no corresponden con la realidad vivida, pues no hay tales sujetos colocados en una situación intermedia, en vía de mientras. Ni son los *seres de la indefinición* ni hay un individuo fronterizo inestable y amorfo. Entre otras consideraciones, porque *la vida en la frontera no significa estar con un pie a cada lado de la marca, en vivir en una especie de esquizofrenia valorativa, transitado por diferentes axiologías y contrarrestar la anomia a través de la vinculación con lo sagrado* (Miguel Alberto Bartolomé). No, Tijuana no es Nepantla. Se vive en la interacción cotidiana con una sociedad y una cultura distintas, pero la fronteridad no es tanto ausencia de raíces sino apenas un modo particular de vida interiorizado, es decir, un habitus o una forma de existencia marcada por las condiciones del medio social. Porque las fronteras se viven, se asimilan y se interiorizan.

Del antiguo *No man's land* fronterizo no es poco lo que aún pervive y se mantiene. Pero entre lo que perdura y

lo que cambia se va perfilando de a poco el rostro inconfundible de una urbe mucho más tangible y heterogénea de lo que parece. El cambio comprende el proceso histórico que va de *la leyenda negra a una ciudad compleja* (Leobardo Sarabia Quiroz), o del antiguo *resumidero del país* (Carlos Monsiváis) a una realidad más consistente, marcada por la aparición de un visible sentimiento de arraigo. Porque si algo, durante las últimas décadas se afianza una fuerte relación de pertenencia y reconocimiento. Con todo lo que ese hecho pudiera significar y ya significa. Y los cambios son notables en más de un sentido. En apenas cuatro décadas, de los ochenta en adelante, Tijuana amplía de forma significativa la extensión territorial ocupada, se urbaniza de alguna manera, se deja avasallar por el número de las estadísticas demográficas, hace acopio de varios mitos cuestionables (el mayor de todos: una entidad de pleno empleo), crea la infraestructura y el equipamiento urbano elementales (nunca los requeridos), incrementa de manera importante el número de las instituciones culturales y educativas y, sin duda, paulatinamente va perdiendo el carácter de lugar de paso (Carlos Monsiváis) para transformarse en una urbe que desafía la posibilidad de ser asimilada en una única imagen. Desmiente el lugar común que supone un mero espacio de tránsito, con una población viviendo siempre en la antesala del sueño migratorio.

Las sucesivas e inevitables metamorfosis hablan de los cambios ocurridos en poco menos de medio siglo; y entre los más significativos, los siguientes:

-de la ciudad del vicio como estrategia de sobrevivencia durante los años veinte y treinta (Fernando Jordán) a la urbe terciaria y de servicios de los últimos años;
-del legendario *arrabal de paso* (Ricardo Garibay) de los

años sesenta y setenta a la ciudad masificada en la que hoy se moviliza una muchedumbre de varios cientos de miles de personas;
-de la apacible ciudad de los años cincuenta y sesenta a la ciudad de la violencia y el narcotráfico como emblema social de los ochenta, noventa, y principios del nuevo siglo y milenio;
-de la ciudad turística a la ciudad *maquilizada* y, por así decirlo, globalizada en buena medida;
-de la ciudad inmoral por antonomasia, sin inhibiciones, a la ciudad en conflicto con su propia imagen pública y los deseos de trascenderla;
-de la ciudad proteccionista (Cali Max, Jersey, Limón, Calette, Gas Butano) a la ciudad presumiblemente mexicanizada (Soriana, Comercial Mexicana, Oxxo, Ley, Sanborn's) y ya ahora transnacionalizada (Office Depot, Cotsco, Sam´s, Home Depot, Smart & Final, Walmart, Starbucks, et. al);
-de la ciudad estigmatizada a la ciudad que devino en el arquetipo de la diversidad y la hibridación cultural;
-de la ciudad mesurable, y casi adolescente, a la metrópoli masiva, fragmentada y descentralizada de entresiglos;
-de la ciudad compacta de antaño a la ciudad *urbanizada de alguna manera* y las difusas periferias que la prolongan;
-de la bohemia artística y la falta de oportunidades a la ciudad de las instituciones culturales y educativas;
-de la ciudad de paso y pleno empleo a la ciudad fáustica, devoradora de sueños y esperanzas.

Así: del simple lugar de tránsito, de la vivienda provisional y por el tiempo que se pudiera, hemos arribado a un

lugar complejo y contradictorio, de estadía y destino permanentes. Y una cosa por otra: a mayor tiempo y número de asentamientos mayor es el sentimiento de pertenencia con el entorno. Por lo que todo cuanto desde ahora se diga, en uno u otro sentido, no podrá menos que reconocer ese incontrovertible hecho.

La ciudad impredecible

—¿Qué ciudad es esta, Agripina?
—Y ella volvió a alzarse de hombros.
Versión libre de "Luvina",
cuento de Juan Rulfo

La ciudad es de una textura homogénea aunque parezca abigarrada y cosmopolita: tiene el alma en bloque.
Ezequiel Martínez Estrada
Radiografía de la pampa

¿Cómo sin embargo explicar una ciudad como Tijuana? Exageraciones aparte, se ha dicho que es excepcional y única en más de un sentido; que resulta siempre impredecible; que se resiste a entrar en moldes; que es una *zona de turbulencias* (Leobardo Sarabia Quiroz); que *entenderla es todo un desafío para el espíritu* (Martín de la Rosa); que en sí misma constituye una *categoría aparte no sólo por la leyenda negra tijuanense... sino, también, por la capacidad de sobrevivir y existir* (Guillermo Alonso Meneses / Raúl Balbuena Bello); que *derrumba cualquier creencia en paradigmas* (J.M. Servin); que *Tijuana subvierte los mitos nacionales y los de la frontera* (Santiago Vaquera-Vázquez); que *Tijuana ha creado una nueva sociología* (Eugenio Elourduy Walter); que *Tijuana es una ciudad de múltiples aristas (*Cuauhtémoc Ochoa Tinoco); que *es el lugar desesperado donde confluyen todos los desesperados del continente... un espejo en el que nadie se atreve a mirarse porque es un espejo monstruoso* (Javier Cercas); que es *la ciudad de una y mil caras* (Miguel Ángel Pillado); que *es un lugar que está en la mitad de ninguna parte* (Xavier Velasco); que..., en fin, los ejemplos podrían multiplicarse para terminar reconociendo, y a fin de cuentas, que entre *exotismos*

y nacionalismos, hibridismos y purismos, entre todo esto y mucho más, lo único que se puede decir es que Tijuana tiene razón: no es ella, es un "algo" que va siempre más allá de cualquier definición (Fiamma Montezemolo).

Verdad o no, no habremos de ignorar qué es precisamente ese "algo" inasible, que "va siempre más allá", lo que hoy reclama su puntual valoración. Razón por la cual será conveniente abordarla como un problema siempre a dilucidar. A mayor ahondamiento: asumirla como motivo de una interpretación que trascendiendo la tipicidad de los datos más superficiales, ausculte en cambio la posible identidad y permita entrever el rostro detrás de las apariencias. Tal vez entonces / y sólo entonces / podamos desentrañar el secreto que hay en ella. Aunque sabemos que las ciudades nunca se dejan aprehender y que / a menudo / son inexplicables para quienes carecen de las claves correspondientes. Planteado a modo de pregunta, el problema es cómo dar cuenta del estilo, personalidad o espíritu de una ciudad así. Y en lo fundamental, ¿dónde buscarlo? Difícilmente podríamos reducir la respuesta a una fórmula convencional, apenas como una tímida e inicial aproximación. Quizá por eso habría que evocar las palabras de Walter Benjamin cuando asegura que el rostro de la ciudad no se localiza en los detalles conocidos, sino en sus partes más recónditas e inexpugnables. Lo que supone de nuestra parte, y a fin de adentrarnos en sus probables misterios, una operación de extrañamiento, de ser posible verla otra y, operación harto difícil, haciendo caso omiso de los motivos que aducen los sentimientos.

Sea entonces la serie de instantáneas dispuestas a la manera de un imprevisto *patchwork* citadino, imágenes de la heterogénea y fragmentada realidad social que es Tijuana. Cada instantánea refiere un aspecto en particular, pero

en conjunto articulan un mosaico de posibilidades de interpretación y acercamiento, de comprensión y valoración crítica.

• Tijuana, se ha dicho, es una ciudad atípica en más de un sentido. Una urbe cuya heterogeneidad desorienta siempre y a cada paso; lo que dificulta cualquier apreciación unilateral, de fácil y rápida comprensión. Y puede que sea verdad en lo que atañe a su situación de realidad social que rebasa todos los parámetros. Dueña en verdad de una singularidad diferente, su origen y su desarrollo hicieron de Tijuana una *ciudad diversa, heterogénea, inclusiva, abierta, flexible, con una sociedad orientada al presente y al futuro, con poca conciencia del pasado* (Norma Iglesias).

• La cruel y áspera fealdad de Tijuana –casi un axioma y un certero pleonasmo– es proverbial y no requiere justificaciones; tampoco desmentidos. John A. Prince la vio así en la década de los años setenta y no se equivocaba: *The initial perception of Tijuana as an ugly city of slums that is acquired by American visitors simply does not correspond with the Tijuanenses view of their city.* Cuarenta años después la desmesura del caos, la miseria semántica de sus edificaciones, la polución visual que acrecienta la decadencia urbana y los estragos de la depredación ambiental confirman la percepción inicial. En el plano de lo ornamental Tijuana es sobre todo la ausencia de cualidades dignas de mayor ponderación, sean arquitectónicas o paisajísticas. Un dicho popular proclama que lo más bonito de Tijuana se encuentra en San Diego, California. El aserto, que no podría desmentir ningún afán poetizador, atina en reconocer cuanto hay en ella de improvisado y falto de atractivos, pero carece del humor autocrítico, el que entre mordaz y sarcástico acierta en denunciar aun los peores defectos.

• *Tijuana es una ciudad moderna y triste, sin encanto y sin piedad. Por todos lados están tan cerca del 'sueño americano', pero sufren por alcanzarlo* (Alexandra Novosselof y Frank Neisse). La fealdad de Tijuana es sin embargo seductora y tiene, no obstante sus muchos detractores, su particular encanto. El encanto de las ciudades fundadas no en la ausencia de atributos aceptables, sino precisamente en el exceso, la congestión, la disonancia. Negatividades que no impiden, y tal vez propician la presencia de una arena cultural activa e innovadora. Y por una razón comprensible: ciudad de vida intensa, lo suyo es sobre todo la improvisación, la ausencia de condicionamientos. Lejos de las frías *ciudades genéricas* (sin personalidad y sin identidad, al decir del urbanista Rem Koolhaas), posee en cambio la energía de las urbes de vida agitada, de las que se ha escrito que son pobres pero vibrantes, que poseen cierta vitalidad y –consecuentemente– estarían más cerca del *modernismo de la calle* (Marshall Berman).

• Lo más auténtico de Tijuana es su falta de autenticidad. Y se entiende bien por qué: todo *se mezcla en Tijuana, que viene a ser* (un) *simulacro del país, pero como cualquier simulacro, es una distorsión* (Santiago Vaquera-Vázquez). Y no hay pureza posible porque todo se halla en presencia de su contrario: lo propio con lo ajeno, lo popular con lo culto, lo global con lo local y esto con aquello. El neologismo *glocal* (de *glo*bal y lo*cal*), que resume la interacción entre lo local, lo nacional y lo internacional, ilustra el proceso de las ciudades sujetas a las duras condiciones que impone la *modernidad globalizada* (Elrich Beck).

En opinión de David Pablos, *Tijuana: Es un lugar que no es México ni Estados Unidos, es un híbrido. Esto lo hace una ciudad fascinante, muy viva, con mucha cultura y donde confluye gente de todo el mundo.*

• Y sí: *Tijuana es el atractivo por lo impuro* (Fiamma Montezemolo). Pero a condición de no olvidar que las *ciudades son lugares para la mezcla y el contacto* (Weil Arets) y que, en todo caso, *la originalidad no es un valor* en sí mismo (Beatriz Sarlo). Si en la mezcla reside su poder de seducción, es *en la impureza en donde se localiza la fuerza de Tijuana* (FM). No hay falsificación porque no existe imitación a secas; sólo la adaptación a las circunstancias del entorno social. Quizá lo original y propio de Tijuana radique precisamente ahí y no en otra parte.

• Las varias ciudades que llamamos Tijuana integran y aun propician conglomerados similares a las coloridas mercancías de los *curios shops*, los que –además– *se pueden entender como mecanismos resistentes y hasta ahora ignorados de una efervescente creatividad laboral en las zonas fronterizas (*Maribel L. Álvarez).

• Pero Tijuana fascina y repele a un mismo tiempo. No de otra manera podríamos comprender el interés que suscita entre propios y extraños. Y no de ahora, sino de tiempo atrás; tal vez desde siempre: *Tijuana me hechizo de inmediato. Su efusividad, su algarabía, su carácter impredecible tan diametralmente opuesto a un San Diego que me pareció sosa como una cerveza sin gas* (Valerie Miles). Vértigo urbano, algarabía, relajo, manifestaciones de una entidad que resuma vida intensa, efervescencia continua. Tijuana representa lo abigarrado, irregular y avejentado; pero también el dinamismo y la *intensificación de la vida nerviosa*, como señalara Georg Simmel de las ciudades modernas. Todo lo contrario de la monotonía, la uniformidad y el gélido pragmatismo de San Diego.

• Pero Tijuana decepciona siempre y por sistema. Decepciona el sentido mismo de anticiudad al erigirse en una ciudad frenética; decepciona la noción de desorden

al proponer el caos (des)ordenado como solución de convivencia; decepciona al escenificar el sentido de la ciudad contemporánea en cuanto a su misma complejidad y contradicciones; decepciona incluso la noción de originalidad al imponer el canibalismo ecléctico, el reciclaje inducido; decepciona porque…, a pesar de todo funciona, y si cabe reconocerlo, decepciona simplemente porque sí.

• No ya la *unidad sistemática*, *ordenada*, como pensaba Max Weber (y Le Corbusier) que debía ser la ciudad moderna, sino el orden en el caos, la creatividad en el relajo. Para explicarlo resulta conveniente el neologismo *nonorder* de Renato Rosaldo, porque Tijuana procesa de manera productiva elementos de diverso origen en una síntesis no armónica sino contradictoria, que es también otra forma del (des) orden. Así, la coexistencia de lo deforme, la tendencia a la entropía, la ebullición, *el caos en movimiento* (para decirlo en los términos modernistas de Charles Baudelaire). Resuma vida intensa, para bien y para mal.

• Una metrópoli que conjunta escenarios en proceso de degradación (Zona Centro), ya degradados (Zona Norte), modernistas o posmodernistas (Zona Río), empotrados en cerros y lomas de difícil acceso (Cañón México, Cañón Johnson, Mineral de Santa Fe), aglomeraciones populares (Matamoros, La Gloria, Sánchez Taboada, El Florido, Pórticos…), lujosos fraccionamientos de clase media y alta (Playas de Tijuana, Chapultepec, Hipódromo, Alta Brisa), fraccionamientos amurallados por temor a la inseguridad (Villa del sol, Colinas de San Ángel) o la presencia de no-ciudades (Camino Verde, Lomas Taurinas). En algunos casos con urbanizaciones cerradas y aislacionistas (Residencial Verona); o productoras de desarrollos *ghetizados* (Privada Bonaterra, Real del Mar, Villamar, *et al.*) y en los que la disolución de lo urbano fue derivando en una

mera urbanización (Manuel Delgado), con vecinos pero sin vecindarios ni sociabilidad; ciudades sin ciudadanía. Un conglomerado de espacios ni totalmente entreverados ni totalmente sobrepuestos; unos puestos al lado de otros. Heterogénea multitempolaridad de conglomerados que se acercan, pero sin llegar a confundirse. Aglomeraciones que, siguiendo a Linda Lindón, "deconstruyen la ciudad" por cuanto "navegan a contracorriente de lo que conocemos como la ciudad y la vida urbana".

• Existen varias e inciertas *Tijuanas*, y cada una diferente. Una dos tres... muchas ciudades en una. ¿Pero cuál Tijuana es Tijuana? Tal vez todas y ninguna a la vez. Ciudades que coexisten, interactúan, se superponen o se entrecruzan sin acabar de diluirse. Hay una ciudad *para cada quien: una Tijuana para los extranjeros, otra Tijuana para los mexicanos y finalmente, la Tijuana para los tijuanenses. Todas coinciden en un mismo espacio geográfico, pero contienen diferente significado* (Jaime Cháidez Bonilla). Pero nunca de manera parecida ni en similares condiciones.

• También desde luego la Tijuana transfronteriza, aquella de los flujos de familias, capitales y mercancías; la Tijuana dormitorio para estudiantes y *commuters*, algunos con doble nacionalidad y residencia; la Tijuana multicultural, multiforme y abigarrada; la Tijuana de los horrores habitacionales que la avidez inmobiliaria acabó multiplicando; la Tijuana ya diseminada, pluricéntrica, que ha hecho que la *5 y 10* sea hoy "el verdadero centro de la ciudad" y de "la Zona Este un abanico que se expande hasta casi tocar Tecate", como lo viera Aurelio Meza en su libro *Sobre vivir Tijuana. Textos mutantes fronterizos.* Múltiples centros y múltiples ciudades de la ¿misma? ciudad.

• La ciudad de las filas interminables para cruzar a Estados Unidos, cuando el tiempo pareciera eternizarse,

los automóviles que avanzan sin acabar de avanzar y los *vende-ramos-de-rosas / limpia-ventanillas / periodiquero / traga-fuego / pordiosero que pide por dios* (Roberto Castillo Udiarte) escenifican el cotidiano festival de las muchas necesidades y carencias.

• Habría, claro, otra ciudad llevada en los sentimientos y los recuerdos. Si no en todos los casos, en ella participan por igual experiencias, memorias y significados varios. Relatos y poemas que instauran otra manera distinta de apreciarla. Refiriéndose a Tijuana el protagonista de *Fierros bajo el agua* (2014), novela de Guillermo Arreola, pregunta afirmando: "¿Sabes que yo tengo esta ciudad dentro de mi cabeza? Toda, completita. Y rechina en mí".

• Además de la ciudad escrita, literaria, metaforizada, mitificada y en parte estetizada en poemas, cuentos y novelas; cantada y maldecida, evocada y recreada con hiperbólicas y artificiosas palabras. Ciudad paralela, que no carece de asideros.

• Conformada por la acumulación inmigratoria, por el aluvión incontenible, Tijuana es por ello una ciudad multicultural, reconocible en la *recreación*, *sincretismo*, *mezcla*, *collage o hibridismo* (José Manuel Valenzuela Arce). Pero no en cuanto a una supuesta hibridación armónica (*happyhybrid*), que borra las tensiones y armoniza las diferencias, sino en esa suerte de *diversidad heterogénea y contradictoria* (Antonio Cornejo Polar) que advertimos en la hirsuta conflictividad de su misma configuración.

• Es por todo lo dicho por lo cual Tijuana resultó la perfecta metáfora del *caos genésico* (Edgar Morin); la compleja asociación del trinomio orden-desorden-organización. Y no resulta sencillo dar cuenta de una ciudad así; su lógica no es del todo transparente y ciertamente no se entrega sin reticencias.

• Cálida y dura a un mismo tiempo, Tijuana es, y por así decirlo, demasiado en casi todo: ciudad-contrahecha, ciudad-violenta, ciudad-enigma, ciudad-heterodoxa, ciudad-mito; amarga y dulce a un mismo tiempo. Concita el odio, pero también la ternura, la aflicción y el rechazo en dosis no siempre compartidas. Y la paradoja se explica porque Tijuana ni se entrega ni parece contradecir las opiniones más adversas.

• Si finalmente *la ciudad es la calle* (Jordi Borja) *y la calle es el primer rostro de la ciudad* (Vicente Quirarte), como sus calles es igualmente Tijuana: retorcida, enrevesada; pero a la vez de vida intensa y bulliciosa. No obstante, la poca calidad –*estética y cultural, funcional y social, simbólica y moderna* (JB)– de sus ajetreadas avenidas en persistente deterioro.

• ¿Pero cómo explicarla, asumiendo qué previsiones, considerando qué categorías de análisis social y literario, recurriendo a qué procedimientos para dar cuenta de una realidad así?... Quizá debamos empezar reconociendo que reclama herramientas de interpretación más radicales aún. Como toda metrópoli *no es un modelo de la racionalidad sino del caos;* (y) *pide una nueva hermenéutica o, en palabras de William Rowe, 'una poética radical'* (Jean Franco). Una capaz de descubrirla detrás de las tensas relaciones entre modernidad y subdesarrollo, entre el orden y el relajo, y conforme a su propio sistema de articulación.

• "Todas las ciudades del mundo son metáforas", escribió Rafael Toriz en *La ciudad alucinada.* ¿Y Tijuana metáfora de qué realidad es o lo sería? Aunque decir Tijuana tal vez no sea sino un mero pleonasmo, metáfora de sí misma, y que, por lo consiguiente, no requiere traslación ninguna.

• Quizá ya sólo debamos consentir que *Tijuana simplemente es lo que es, lo que siempre ha sido: un caos, una ciudad construida al amparo de la euforia, una trampa que engancha*

buten sueños, una salida de emergencia, una ciudad de paso para quedarse, un Cristo de brazos abiertos, una mujer gigantesca desnuda al sol, una ciudad experimento, una experiencia que rompe y rasga cualquier tradición, la melting-pot ideal para gente con mentalidad de Take no prisioners, un camino a seguir para aquellos que ya no apuestan al futuro y que simplemente lo viven/ disfrutan hoy (Rafa Saavedra).

Es preciso detenerse aquí, pues aunque no esté dicho todo lo que hubiera que decir, conviene poner coto a la deriva interpretativa para dar paso a la imaginación y, así, finalmente, mantener la capacidad de seducción y asombro. Después de todo / ya lo sabemos / Tijuana desafía todas las generalizaciones, todas las formas de vivir e imaginarla. Y que siga siendo así.

Una modernidad otra

Ciudad y modernidad se presuponen porque la ciudad es el escenario de los cambios, los exhibe de manera ostensible y a veces brutal, los difunde y generaliza. Modernidad, modernización y ciudad aparecen entremezcladas como nociones descriptivas, como valores y como procesos materiales e ideológicos.

Beatriz Sarlo

Todo cuanto hemos asentado reclama ya la descripción de un panorama a la vez amplio y preciso. Uno que retome la condición de Tijuana como totalidad contradictoria, esto es: a verla de conjunto y conforme a sus mismas contradicciones y paradojas; a verla pues como la sorprendente yuxtaposición de los contrarios que ha sido siempre. Entre otras consideraciones, y tal cual la describieron Guillermo Alonso Meneses y Raúl Balbuena Bello, porque *esta constelación de factores premodernos, modernos, postmodernos o antimodernos, hacen de Tijuana y sus ciudadanos, de las distintas colonias y sus vecinos, de los estilos de vida y prácticas culturales, la realidad urbana más heterogénea, desordenada, inestable y contradictoria de toda Norteamérica. Desde un punto de vista urbanístico, está improvisada, subdesarrollada y a todas luces inacabada. Socialmente es mestiza y multicultural, o sea, oscila entre la continua innovación y lo inacabado, dejando abierta a la incertidumbre su identidad futura y la consolidación de una amplia tradición. Mientras tanto, los vecinos de las colonias, dejadas de la mano de Dios y lejos del radio de acción de las políticas y acciones públicas, sobreviven gracias a su tijuaneada capacidad de supervivencia.*

La cita *in extenso* acierta en dibujar el carácter heterogéneo que hiciera de Tijuana una entidad por ello mismo singular

e inconfundible. Pero describir no significa explicar, pues con ser válido el panorama resulta insuficiente para demostrar la razón de los contrastes, los alcances y las limitaciones de una realidad que contradice cualquier esfuerzo de interpretación posible. El diagnóstico exige la valoración crítica que dé cuenta de las paradojas y desajustes: la difícil amalgama entre modernidad y subdesarrollo, por ejemplo; o el visible desajuste entre modernidad y modernización que origina no pocas fricciones. Pero de igual manera las tensiones en cuanto a la yuxtaposición de temporalidades diferentes (los prefijos pre, post y anti), la problemática convivencia entre elementos tan dispares, el contraste en los desniveles del desarrollo social, la coexistencia de estilos arquitectónicos divergentes, la dramática devastación ecológica, la improvisación que suple a raudales la carencia de recursos suficientes, la precariedad urbana... por decir lo más y lo menos. Y, aun así, la capacidad de sobrevivencia en un medio por lo demás adverso.

Como quiera que sea, un paradójico escenario como el que más. Propio de una modernización maltrecha, y por ello mismo ambivalente. No obstante, y puestos a considerar lo que ese hecho significa, llama la atención el entreveramiento en un mismo espacio de distintas temporalidades, usos y tradiciones (modernas, premodernas y aun posmodernas), como la tensión entre las aspiraciones de progreso y las dificultades para alcanzarlo. El cuadro no estará completo si desde ahora se escamotean la pobreza, la falta de desarrollo debido a las adversas condiciones de un país subdesarrollado y, en cuanto al paisaje fronterizo, las muy previsibles fricciones entre las fuerzas de la tradición mexicana y aquellas otras de la modernidad norteamericana (Lawrence A. Herzog). Sin omitir el desencuentro entre naciones desiguales, de relaciones asimétricas, resul-

tado de la estrecha dependencia comercial y económica. Todo lo que hiciera de Tijuana una entidad difícil de concebir conforme a los parámetros de la modernidad clásica.

* * *

Primera conclusión, entonces. En Tijuana coexisten sin confundirse varias tradiciones imbricadas y por lo mismo simultáneas; pero no a la manera de las sucesivas capas geológicas sobrepuestas y una después de la otra, sino en el sentido de la interacción *simultánea de lo no simultáneo* (Carlos Rincón): aquellas correspondientes a la premodernidad, la modernidad, la posmodernidad e incluso a la contramodernidad, como se podría fácilmente confirmar. Concurren, se yuxtaponen, se confrontan, se traslapan, se dejan entrelazar, y aun así difícilmente logran anularse. Funcionan de manera complementaria, concurrente y antagónica, en lo que, a la manera de Edgar Morin, bien pudiéramos llamar la *dialógica tijuanense*: cada una con su propia lógica, pero coexistiendo en forma solidaria. De suerte que es la pluralidad contradictoria y no la improbable armonía de elementos dispares lo que da cuenta de una realidad social dispareja. Es la presencia de varias temporalidades que no se nulifican ni logran sobreponerse. De ahí la ambigüedad, las paradojas.

* * *

Al fin ciudad de maquiladoras, Tijuana es un complejo ensamble de tiempos diferentes y contrastantes. Hasta podría afirmarse que *el tiempo en Tijuana no es lineal. El ordenamiento de sucesos no se da de forma cartesiana (eje x, eje y, eje z), no va hacia el florecimiento, o por lo menos no como se*

entiende en otras comunidades; no solo sucede en tres planos, sino que la conjunción y fusión de múltiples realidades culturales, de tantos órdenes y latitudes geográficas que aquí coinciden y conviven en un mismo lugar, es que surge una doble –o triple– sobreposición de planos geométricos, y de ello nace la poliangularidad del tiempo en Tijuana (Olga Margarita Dávila). La forzada convivencia entre esas y otras realidades corresponde a lo que, en el caso de América Latina, Jesús Martín-Barbero llamó una *heterogeneidad de temporalidades y dinámicas diferentes;* y Néstor García Canclini por su parte una *heterogeneidad multitemporal:* "las tradiciones todavía no se van, la modernidad no acaba de llegar y la posmodernidad ya se encuentra instalada entre nosotros". Una situación propia de sociedades con *tiempos mixtos* (Fernando Calderón) e inmersas en el nutricio caldo de lo múltiple y lo diverso. Pero que, para ser más precisos, corresponde a una realidad *heterogénea y contradictoria* (Antonio Cornejo Polar).

Vale recordar que la modernidad no es y no ha sido nunca uniforme (Perry Anderson); que ha sido en cambio *simultáneamente una y diversa* (Renato Ortiz); que en cada lugar se fue materializando de manera diferente: en "América Latina no hubo, ni hay, una modernidad, sino muchas. Y de entre ellas, varias fueron construidas desde abajo, desde las clases subalternas" (Carlos Guevara Meza). Modernidades múltiples entonces (Bolívar Echeverría), variadas y diversas, en tanto configuraciones históricas particulares. Sea que la consideremos, para el caso de América Latina, una *modernidad descentrada o desbordada* (Arjun Appadurai), una *modernidad heterónoma* (José Joaquín Brünner) o una *modernidad diferente* (William Rowe / Vivian Schelling). Incluso una suerte de *submodernidad deficitaria* (Raúl Bueno) o, como piensa Beatriz Sarlo para la sociedad argentina a partir de los años veinte y treinta, una *modernidad*

periférica. El resultado no ha sido otro que una *modernidad periférica de rasgos diferenciales* (Herman Herlinghaus / Mabel Moraña). En otras palabras, una *modernidad amoderna* (Ticio Escobar), propia de sociedades *modernas heterogéneas* (Mary Louise Pratt) o con *modernidades alternativas* (Dilip Gaonkar). América Latina, modernidad de modernidades, *produjo su propio tipo de modernidad* (Celeste Olalquiaga); interpretarla exige aceptarla como una *modernidad disonante* (Irlemar Chiampi). Aproximación desde la cual sería posible cuestionar la noción de una modernidad universal, única, pero que reconoce las distintas formas de ser modernos, de insertarse en el escenario de la contemporaneidad. Porque el ingreso a la modernidad no transitó nunca por un único carril, sino mediante modos diferenciados de ser e irse haciendo. En fin, como *un territorio de tiempos diversos y deseos (des)encontrados* (Sandra Lorenzano).

Escribió el narrador y ensayista mexicano Carlos Fuentes: "Sabemos que hemos sufrido de una modernidad excluyente, una modernidad huérfana en América Latina [sin]… *Mother* ni *Dad* y que estamos empeñados en conquistar una modernidad incluyente, con papá y con mamá, abarcadora de cuánto hemos sido". El humorismo histriónico del escritor erraba en creer que la modernidad era una, que existía un centro diseminador único y que, por consiguiente, todos deberían imitarla. Conviene, en realidad, pensar en los diversos modos de modernización, porque la modernidad o es universal o no es (Alain Touraine); y no sería una fuerza centralizada que se disemina sino parte significativa de una época histórica y con diferentes formas de expresión. Pensarla así, como una modernidad *específicamente heterogénea y difícilmente clasificable* (Herman Herlinghaus), abre la posibilidad de reflexionar la experiencia de una modernidad *heteróclita*,

heterónoma y heterogénea (Abril Trigo), y en las condiciones propias de la frontera norte, como una *modernidad otra.* Esto es, pensarla como una forma particular de modernidad y en sus mismas condiciones históricas. ¿Pero qué es o podría calificarse de una modernidad *otra* y periférica? Una rápida ojeada al paisaje fronterizo permite reconocer la expresión heterodoxa de la modernidad y sus naturales secuelas: digámoslo así: la modernidad a lo tijuanense, si por tal entendemos la adaptación a las circunstancias impuestas por la integración con Estados Unidos y, durante buen tiempo, la desidia de la capital mexicana. Tijuana es, y de sobrada manera, producto de la confrontación con la modernidad tardía (Ulrich Beck) norteamericana.

A un tiempo: Tijuana y el desencuentro entre la modernidad y la desmodernización social, o entre la modernidad material y la modernidad cultural; los contrastes entre los recursos de la alta tecnología y los barrios deteriorados; las tensiones entre lo nacional, lo local y lo global; el anacronismo de miles de pequeñas viviendas asentadas en terrenos apenas urbanizados; la vigencia de usos y costumbres premodernas o simplemente no-modernas; la multiplicación de los desarrollos llamados de interés social (crimen de lesa urbanidad) que amplían la difusa ciudad de las periferias; los rezagos siempre postergados para mejor ocasión y la no tan forzada americanización en los estilos de vida; el incremento exponencial de la irrefrenable informalidad laboral; la pluralidad de las expresiones culturales en contraste con la violencia social; las innumerables plazas comerciales (shopping center) frente al tianguis omnipresente de la informalización económica… un mundo, en fin, donde lo nacional y lo global, lo tradicional y lo moderno chocan, se confrontan y se entrelazan, pero sin llegar a diluirse.

* * *

Segunda conclusión. Pongámoslo de la siguiente manera. No hemos tenido una modernidad desfasada o solo disfuncional simplemente porque no ha habido una intención modernizadora sostenida ni de corto ni de mediano plazo, sino una modernidad discontinua, avanzando siempre a saltos, y por ello mismo parcial e insuficiente. Pero si hay un periodo de modernización claramente reconocible corresponde a la década de los ochenta en adelante, aunque ya con los rasgos de una incierta posmodernidad cultural y arquitectónica. La urbanización de la Zona Río emblematiza el periodo de entresiglos que dio paso a un nuevo equipamiento urbano, con sistemas de electrificación, cableado subterráneo, amplias y arboladas avenidas, grandes edificios administrativos y comerciales. Fuera de esa área el resto son pequeños espacios de una modernidad que no alcanza a desmentir la realidad de una modernidad sin modernización. Cabe asentarlo con una afirmación categórica: *Tijuana pasa de la premodernidad a la posmodernidad sin jamás haber sido moderna* (Luis Ernesto López Aspeitia). Aseveración que deberá matizarse por cuanto la des*mother*nidad ha sido / y por lo mismo / la desigual y contradictoria combinación de elementos premodernos, modernos y posmodernos. El carácter ambiguo de Tijuana deriva de ese hecho en particular. De manera que la des*mother*nidad no sería la total ausencia de la modernidad sino la exacerbación de las contradicciones de una modernidad desigual y combinada.

Producto de una modernidad urbana sectorializada, Tijuana vivirá avanzando a saltos. Estaría simultáneamente adentro y afuera de la modernidad (Néstor García Can-

clini). Es la negación sistemática de la ciudad planificada, aquella del plano fundacional y –digámoslo así– inspirada en los principios funcionales como normas de un desarrollo armónico; y, al mismo tiempo, inmersa en la experiencia de la modernidad contemporánea, con calles llenas de vida intensa y la efervescencia de las aglomeraciones urbanas. Una modernidad *otra*, por explosiva y delirante. Por lo que preguntarse si Tijuana es una ciudad

¿pre?

¿anti?

¿post?

¿moderna?

puede parecer una pregunta ociosa.

Y lo es.

Sin duda.

* * *

Tercera conclusión. Tijuana, una ciudad más des*mother*na que moderna. La paradoja no lo es tanto si aceptamos que vivimos en la modernidad de una sociedad periférica, con significativos niveles de desarrollo, pero asimismo con una notable pobreza, marcada por la desigualdad y la violencia, la marginación y la insalubridad. ¿Pero cuándo comenzó Tijuana a ser realmente moderna? Si es que aceptamos que existió cierta modernidad arquitectónica, pongamos por caso, seguramente no fue antes de los años ochenta del siglo anterior. Se construyeron varios edificios de relativa importancia, algunos de los cuales *todavía son modernistas, pero ya que no tienen esa vida. Se han incorporado a las pluralidades de la ciudad posmoderna* (René Peralta), casi todos ubicados en la Zona Centro. De 1950 a 1990, en efecto, Tijuana modifica el perfil de su fisonomía urbana. Sobre

todo en lo concerniente a una arquitectura de pretensiones más ambiciosas.

En su libro *From Aztec to Hightech. Architecture and Landscape Across the Mexico-United States Border* (1999), Lawrence A. Herzog señala de varias épocas lo más importante de una modernización limitada en cuanto a sus alcances. Así, para los años cuarenta y cincuenta, las mansiones estilo colonial californiano y *las esquinas de la Cacho* (residencias ubicadas en varias esquinas de esa colonia), la Casa Walícias, con la visible influencia de las escuelas de Frank Lloyd Wright y Le Corbousier (funcionalismo e internacionalismo); de los cincuenta y sesenta –agreguemos por nuestra cuenta– la Puerta México, el boulevard Díaz Ordaz, el edificio de la Preparatoria 2 de la UABC, los edificios de los bancos Banorte y Scotiabank de la calle Cuarta, algunas residencias de la colonia Juárez y varios edificios de la Zona Centro (además de los correspondientes al Seguro Social y el ISSSTE); de los setenta a los noventa, significativamente, la urbanización de las zonas aledañas al canal del río Tijuana, el nuevo Palacio Municipal, el centro estatal de gobierno y otros edificios del mismo periodo. Algunos quizá más posmodernos que modernos, con una arquitectura que *se caracteriza por el uso irónico y consciente de los estilos e imágenes históricos* (Paul L. Knox). Esto es, por una arquitectura cuyo doble o triple código intertextual delata la intención posmoderna. El complejo arquitectónico del Centro Cultural Tijuana sería el ejemplo de un nacionalismo urbano y "la evidencia del racionalismo corbuseriano y el funcionalismo de la Bauhaus, en especial de la obra e ideas del alemán L. Mies Van der Rohe" (Tito Alegría).

Con todo, corresponde a los años ochenta el impulso modernizador más significativo de su historia. El lecho del

río Tijuana, donde antiguamente se localizaban algunos campos de cultivo, varios *yonkes*, los muchos basureros más o menos clandestinos, dos o tres parques deportivos y no pocos asentamientos inhumanos (Cartolandia, Colonia Cepanal), fue luego canalizado y urbanizado; con el negativo impacto ambiental por la pérdida del ecosistema natural. Una modernización excluyente realizada conforme a la vieja consigna de *tabula rasa*. Primero expulsaron a quienes ahí habían vivido, y apenas un poco más tarde, se fue incrementando ventajosamente la renta urbana de los terrenos recuperados. Hoy es la parte mejor urbanizada, la de los servicios públicos más eficientes y donde ya comienza el crecimiento vertical de las grandes torres de oficinas, hoteles y condominios exclusivos (Torre Cosmopolitan, Torre Península, VIA Corporativo, New City Residencial…). La ciudad moderna en contraste con la ciudad de la parte central y los hacinamientos irregulares de la periferia, de los conjuntos habitacionales de interés social, del creciente deterioro ambiental y las calles como laberintos. También, visiblemente, la Ciudad Vertical (incluidas las Torres de Agua Caliente, los desarrollos residenciales de la Cacho, el edificio Adamant, Sayan Campestre…) a diferencia de la Ciudad Extendida y de Fronteras Difusas.

La medida trajo varios cambios importantes. Entre otros, una profunda transformación del paisaje urbano, la creación de una infraestructura urbana moderna y la apertura de nuevas vialidades para agilizar el tráfico vehicular. También el descentramiento, cuando el tradicional centro urbano perdió la antigua primacía para dar paso a una urbe masiva, con varios centros de gravitación y ya descentralizada. Fue también durante esta época cuando el modernismo arquitectónico de rasgos nacionalistas llegó de la mano de un programa de descentralización cultural (René

Peralta). ¿El propósito? Según esto, para 'mexicanizar' la frontera, pues no se buscaba tanto el reconocimiento de lo cultural fronterizo cuanto la reafirmación de una cultura y una identidad nacional definida desde la "región focal" (Catherine Heau-Lambert y Enrique Rajchenberg) del altiplano central. La arquitectura monumental del Centro Cultural Tijuana resultó el ejemplo más visible de tal propósito; pero las glorietas y los monumentos también tuvieron igual intención. En todo caso, la llamada Zona Río sigue siendo el emblema del tardío ingreso de Tijuana a la modernidad urbana; aunque su presencia se halle inscrita en la equívoca pretensión de 'nacionalizar' la cultura de la frontera. *Tijuana* (finalmente) *se ha hecho mexicana*, como lo resumiera Benjamín Bruce. Lo que aquí francamente dudamos, pensando en que no existe una única manera de ser mexicanos.

* * *

Cuarta conclusión. En Tijuana se yuxtaponen los cambios de la modernidad contemporánea y el prestigio de la tecnología con las secuelas del atraso social, debatiéndose entre la legítima aspiración a la modernidad y las dificultades para lograrla. Como se quiera ver, una modernidad inacabada, aunque entreverada con los avances de una ciudad cada vez más excluyente (Club Campestre, Residencial Agua Caliente, Residencial Puerta de Hierro), pero donde los excluidos de la modernización comparten muchas de las ventajas de vivir en ella. En primera, y última instancia, una ciudad instalada en las fronteras de la modernidad en su versión norteamericanizada. Y por partida doble: periférica tanto por localizarse en los límites de la modernidad contemporánea como por ubicarse en la periferia de la

periferia mexicana. Hecha a contrapelo de la modernidad "moderna", fue el resultado de una *modernidad a destiempo: tardía, fragmentaria, selectiva (*Carlos Monsiváis). O en la terminología de Luis H. Méndez y Berrueta, una *modernidad subordinada.*

La pregunta no es pues si Tijuana es moderna o no y en qué grado, sino acerca del estatuto de la modernidad existente; después de todo corresponde a una experiencia mundial, no a una elección particular. Preguntar entonces por la modernidad en las condiciones de una sociedad de frontera, con niveles significativos de modernismo (escolarización, secularización cultural), con experiencias importantes en cuanto a la presencia de la tecnología y los medios masivos de comunicación; pero con visibles deficiencias en lo social y lo económico (pobreza, desempleo, informalidad económica). Modernización marcada por la precariedad y por ello mismo singularizada. Mas no por ese solo hecho exótica, sino en lo que corresponde –para decirlo con José Joaquín Brünner– a una modernidad *periférica, subalterna, precaria en su base productiva, con rasgos de exclusión y enormes dificultades de integrar a la población, heterogénea culturalmente, atravesada por erupciones de violencia dentro de situaciones hegemónicas.*

Una modernidad tijuanizada, si pudiéramos consignarla con un certero y muy preciso tijuanismo. Pero a la que quizá podamos ilustrar recurriendo a la ecuación aplicada por Sergio González Rodríguez para describir a la ciudad de México; esa otra megalópolis (paradójica y espeluznante) que se construye y autodestruye bajo el caótico orden de sus propias inercias y el entrecruzamiento de diversas temporalidades: *premodernidad + modernidad + postmodernidad + ultramodernidad + transmodernidad + supermodernidad + remodernidad + desmodernidad. Todo esto junto* –concluye–

quiere decir contramodernidad. No obstante, las caras de semejante poliedro apenas ilustran el carácter heterogéneo de sociedades como la nuestra. Razón por la cual Jesús Martín-Barbero nos conmina a pensar la modernidad desde la heterogeneidad de temporalidades y dinámicas sociales que la pluralizan y, por lo tanto, facilitan la hibridación continua.

Así, y por lo que hace a Tijuana, una suerte de *modernidad local* (Steffan Igor Ayora Díaz / Gabriela Vargas Cetina). Pero a la que sería preferible denominar como des*mother*nidad porque, y en lo fundamental, la *contramodernidad* de Tijuana implica un proceso continuo de des*mother*nización. No la ausencia de modernidad sino la presencia de *procesos de modernización heterogéneos y discontinuos* (Francoise Pérus). Y más paradójica incluso por cuanto aúna en su interior las limitaciones y las ventajas, las oportunidades y los rezagos de una sociedad que, sin dejar de ser moderna, se trata de otra cosa distinta. La paradoja se entiende porque en Tijuana la modernización ni se impone ni fracasa de manera definitiva.

Entendida como una totalidad contradictoria, conflictiva y heterogénea, Tijuana queda mejor explicada como des*mother*nidad. ¿Pero qué es la des*mother*nidad? Dicho en grueso: la simultaneidad de lo no simultáneo, de tiempos diferenciados y divergentes, imbricados pero no disueltos. En lo específico: con varios tiempos en un mismo tiempo y lugar o una heterogeneidad multitemporal.

Posmodernidad sin modernidad

Después Tijuana se me volvió una ciudad obscenamente híbrida, fascinantemente híbrida, ahí todo estaba demasiado en la piel ya, como para confirmar la interculturalidad, desde el lenguaje cuando se empezaba una frase en castellano, se seguía en inglés y se acababa en castellano, hasta algo equivalente que ocurría en los comportamientos.

Néstor García Canclini
Cómo dejó de ser Tijuana laboratorio de la posmodernidad

Si usted quiere conocer
el laboratorio más vigoroso de la postmodernidad
Si desea recorrer línea a línea
las memorias de la autonombrada ciudad más visitada del mundo
Está a punto de entrar en una aventura llamada Tijuana.
¡Pásele, pásele!

Si usted quiere explorar la última esquina de la hispanidad
Si quiere saber del paso más norteño y más estrecho
de una esperanza legítima a los sueños de segunda mano.
¡Pásele, pásele!
Mario Martín-Flores

Desde que, en 1989, Néstor García Canclini proclamara, y a partir de él legión, que Tijuana era *junto a Nueva York, uno de los mayores laboratorios de la postmodernidad*, no han faltado los sociólogos, arquitectos, filósofos, comunicólogos, antropólogos y literatos de toda suerte y condición teórica dispuestos a confirmar que / en efecto / Tijuana encarna el tropo de la condición posmoderna, así sea de manera apresurada y no siempre de forma convincente.[1] Tal el caso del escritor chicano Richard Rodríguez para

1 Algunos años después cambiaría de opinión y a precisar que "Tijuana (era) más bien como un laboratorio de la desintegración social y política de México como consecuencia de una ingobernabilidad cultivada". "Como dejó de ser Tijuana laboratorio de la posmodernidad. Diálogo con Néstor García Canclini", en *Alteridades* (núm. 38, 2009) y *Voces híbridas. Reflexiones en torno a la obra de García Canclini* (2012).

quien Tijuana resultaba simplemente *un parque industrial en las afueras de Minneapolis. Tijuana es una colonia de Tokio. Tijuana es un mercado taiwanés.* Lo mismo para Guillermo Gómez-Peña, interesado en la desterritorialización de los fenómenos culturales que trajo consigo la globalización en años todavía recientes. En tal escenario, aseguraba el performancero chicano-defeño, Tijuana ilustra bien la "fronterización" (o "desterritorialización") que experimentara la cultura a finales del pasado siglo. Según esto *todas las grandes metrópolis se han fronterizado completamente. De hecho, ya no existen diferencias culturales visibles entre Manhattan, Montreal, Washington, Los Ángeles o la Ciudad de México. Todas se ven como el centro de Tijuana un sábado por la noche.* Y no difiere la opinión de Santiago Vaquera-Vázquez, quien vio en ella la entidad que podría explicar las contradicciones de la posmodernidad cultural y urbana. Por lo que no dudó en parafrasear la célebre frase de Walter Benjamin al decir que Tijuana era *the capital of the twentieth century.*

* * *

Se ha decretado entonces que vivimos en una ciudad posmoderna, sea ésta lo que sea; tanto por su situación marginal y fronteriza como por su condición heterogénea. Poseedora, y a pesar suyo, de una suerte de posmodernismo *avant la lettre.* Es decir, pluricultural, y, por ello, resueltamente híbrida. Inventándosele la imagen de una metrópoli a la que se ha querido representativa de los cambios sociales que hoy condicionan la vida contemporánea. Y así, por obra y escritura de quienes la elevaron al rango de entidad paradigmática, Tijuana devino en el prototipo de la condición posmoderna. Cabe por ello una elemental

y muy precisa pregunta: ¿qué de posmoderno puede tener una ciudad como ésta, deforme e inacabada? Conviene revisar primero las opiniones –un tanto áridas, me temo– de quienes han estudiado lo posmoderno y pudieran ayudar a comprenderlo. Según lo considera uno de los principales pensadores acerca de la posmodernidad, *lo que fascina a los posmodernismos es precisamente todo este paisaje "degradado", feísta, kitsch, de series televisivas y cultura de Reader's Digest, de la publicidad y los moteles (...) materiales que ya no se limitan a "citar" simplemente, como habrían hecho Joyce y Mahler, sino que incorporan a su propia esencia* (Fredric Jameson). Y es debido a ello por lo cual *el posmodernismo cultiva una concepción del tejido urbano necesariamente fragmentada, un 'palimpsesto' de formas del pasado superpuestas unas a otras, y un 'collage' de usos corrientes, muchos de los cuales pueden ser efímeros* (David Harvey); asimismo, porque *consiste en asumir la heterogeneidad social como valor e interrogarnos por la articulación como orden colectivo* (Alejandro Pisticelli).

Conforme a esas y otras apreciaciones el posmodernismo no sería *un estilo sino la copresencia tumultuosa de todos, el lugar donde los capítulos de la historia del arte y del folklore se cruzan* (Néstor García Canclini). Por lo que tampoco resulta extraño que el *pastiche* fuera la categoría (cultural y urbana) que mejor expresa la condición posmoderna (Fredric Jameson), o que se vea en el *collage* el *estilo posmoderno* por excelencia (David Lyon). A lo que *se añade el interés dirigido exclusivamente a lo decorativo, al abuso de las citas y a la tendencia al kitsch, que aparentemente unifica* al barroco y al posmodernismo (Horst Kurnitzky). El delirio posmoderno por lo ecléctico, señalan otros, se complementa con el énfasis puesto en lo artificial, lo fragmentado, lo indeterminado, lo disperso y aun lo plural; además de una revalorización de lo marginal y diferente. Incluso, como apunta

Celeste Olalquiaga, porque *el kistch es uno de los fenómenos constitutivos del posmodernismo. Sus características (canibalismo ecléctico, reciclaje gozoso de valores superficiales o alegóricos) son las mismas que distinguen la sensibilidad contemporánea de la creencia anterior en la autenticidad, la originalidad y la profundidad simbólica.* Palimpsesto, cita, *kitsch, collage* son algunos de los atributos que hoy, y con sobrada razón, podrían atribuírsele a Tijuana. Pero también los de mezcla, bricolaje, mestizaje, diversidad de estilos…, pues lo que mejor parece definirla –si cabe repetirlo– es precisamente su evidente heterogeneidad social, cultural y arquitectónica. Porque, en resumen, *lo que tiende a prevalecer en las sociedades posmodernas es la heterogeneidad* (Michel Maffesoli).

* * *

Hasta aquí el rodeo no ha tenido otro propósito que señalar los puntos en torno a los cuales es necesario orientar la mirada. Pues si a lo expuesto nos atenemos, no parece haber mayor inconveniente para que veamos en Tijuana una ciudad posmoderna. Aunque no está de más reconocer que lo posmoderno construido es tan escaso que, contados con detenimiento y uno a uno, los edificios claramente posmo- dernos apenas rebasan la docena. Una lista, provisional e insuficiente, incluye los más notorios, aunque seguramente existen otros tantos en los que podría advertirse un vago e incierto estilo posmodernista. Esto es, mediante *el uso irónico y consciente de los estilos e imágenes históricas, cierto énfasis sobre las propiedades escenográficas y decorativas* (Paul L. Knox). Sean por tanto algunos ejemplos tomados casi al azar: desde los artificiales edificios de utilería y de esa hiperrealidad posmoderna: Marko Disco, Baby Rock (ya desaparecido), Edificio Torremol (vaga e

incierta referencia art déco), Condominios Ventura (Ventura), Mex-Chino, edificio Rodeo (una pirámide escalonada); la paródica celebración del Edificio Wadiah (una columna griega invertida) o el modesto Brigoz Corporativo, cuyas caras laterales hacen pensar en la Torre Eiffel; también las ciudades en miniatura que son los despersonalizados centros comerciales Plaza Río, Macroplaza, Carrusel, Paseo Chapultepec (un auténtico shopping center cerrado a la calle), Plaza Monarca, Plaza Sendero...; los pseudo-coloniales Pueblo Amigo y Plaza Fiesta…; o el adefesio *kitsch* de Galerías Hipódromo…, entre otros espacios de nostálgico estilo y variado pastiche. Lo que no es decir mucho y sí demasiado poco para una entidad a la que se ha querido epítome de la posmodernidad. Existe en cambio la ciudad que aúna trabajosamente las carencias de una sociedad subdesarro- llada con las oportunidades de la cercanía fronteriza, de la tecnología de punta con calles insalubres, de la informa- lización económica y la precarización creciente.

Aunque desde otra perspectiva, Tijuana es poseedora también de una arquitectura *efímera y contingente* (en la tónica dibujada por Charles Baudelaire, y más recientemente, por Marshall Berman). Pues tal es lo que a juicio de Eloy Méndez Sáinz advertimos en las ciudades de la frontera, de este y del otro lado. Arguye el investigador social la existencia de ciudades incompletas, las que no habrían alcanzado todavía una modernidad plena. En abono a su tesis esgrime consideraciones que buscan esclarecer un panorama particular: desde el carácter provisional de la arquitectura fronteriza, definida tanto por la presunta transitoriedad de sus constructores como por la provisionalidad misma de las edificaciones; pasando por las muestras de una arquitectura hecha de simulacros y apariencias (*malls*, *shopping center*),

hasta el hecho de estar emplazada en espacios considerados como de mero tránsito migratorio.

Y la conclusión sería lógica, o así me lo ha parecido: si *la heterogeneidad es el rasgo fundamental de la posmodernidad* (Karl Kohut), Tijuana sería posmoderna debido al eclecticismo, a la mezcla y la pluralidad social más que a cualquier otra consideración; después de todo, como se ha señalado, el "*kitsh* domina el modo de vida en la posmodernidad". Y el *pastiche* tijuanense, configuración heteróclita de elementos dispares, es quizá el producto más visible. En consonancia con esa opinión, Eloy Méndez Sáinz ha señalado que las ciudades fronterizas conforman un escenario inacabado, *mixto, diversificado, plagado de yuxtaposiciones inesperadas y de emergencias irónicas, expresivas.* Lo mismo valdría al decir del analista para Nogales, San Luis Río Colorado, Agua Prieta, Matamoros, Ciudad Juárez o Tijuana; incluso para San Diego, Nogales (Arizona), El Paso y Laredo. En resumidas cuentas, un terreno fértil para las expresiones posmodernas, decididamente ecléctico, sobre todo por aquello de que *las premisas del movimiento postmoderno son oportunas al gelatinoso ambiente fronterizo.*

* * *

¿Si no existe tal cosa como una ciudad moderna cómo confirmar entonces la posmodernidad de Tijuana? Según lo apunta Giandomenico Amendola, la ciudad posmoderna es *informe y viva, desordenada e imprevisible.* Y si a lo señalado nos atenemos, Tijuana es de igual manera una ciudad informe, asimismo viva e igualmente desordenada. Pero en un nivel más allá de lo superficial lo que se advierte no es la posmodernidad como tal, sino la presencia de la des*mother*nidad. La noción de la posmodernidad resultaría in-

suficiente para dar cuenta de un escenario que apabulla por su propio desorden y contradicciones, con un considerable atraso en cuanto a su infraestructura material y con un notable cúmulo de carencias todavía pendientes.

Y, no obstante, el posmodernismo social está ahí como atmósfera cultural que, ciertamente, no podríamos fácilmente ocultar. Sin excluir por supuesto la abundancia de esos espacios de la sobremodernidad o no-lugares (centros y plazas comerciales), tan abundantes hoy en día. A menos que ignoremos que la posmodernidad es más una tendencia de fondo, una atmósfera y un horizonte cultural, que una realidad consolidada, como lo reconoce también Giandomenico Amendola en su libro *La ciudad posmoderna*: "en tendencia todo es postmoderno y todo puede, siempre en tendencia, ser considerado postmoderno". Antes Fredric Jameson había apuntado que la posmodernidad debe verse no *como un estilo, sino más bien como una pauta cultural: una concepción que permite la presencia y la coexistencia de una gama de rasgos muy diferentes e incluso subordinados entre sí* en un determinado momento histórico.

La posmodernidad resultaría reconocible, también, en la intención que anima la obra de varios artistas plásticos de la época. Como lo ha reconocido Paola Virginia Suárez Ávila en sus tesis de grado *Más allá de yonkes, fronteras, desechos, narcos y cuerpos femeninos: una aproximación antropológica a la producción artística de obras visuales en Tijuana,1997-2007*. Visible de igual manera en la narrativa de sus más importantes escritores. Ya sea en la carnavalización, la lectura irónica y la parodia (Luis Humberto Crosthwaite), en la narración de una ciudad de clase media y posmoderna (Rafa Saavedra) o en la desnarración (Heriberto Yépez).

* * *

Es por tal razón que sólo aceptando la idea de una atmósfera social contradictoriamente heterogénea que se puede aceptar la presunta posmodernidad de Tijuana; porque no es del todo ni moderna ni posmoderna. Y salvo mejores argumentos, tal vez debamos concluir reconociendo que más que una ciudad posmoderna *Tijuana es una ciudad que vive intensamente los embates de la posmodernidad* (Alberto Hernández). O, expuesto en los términos de un observador externo, aceptar finalmente que en Tijuana *se vive la tensión entre tradiciones que no se disuelven en una modernidad que no acaba de llegar y donde ciertos tintes de posmodernismo ya tiñen nuestra realidad cotidiana* (Jesús Aguilar Nery). De manera que Tijuana no sería *el proyecto caído de la posmodernidad* (Heriberto Yépez), sino el proyecto materializado de la des*mother*nidad, tal y como es posible en una sociedad como Tijuana.

Amor de ciudad grande[2]

Por otra parte, la flanería no es simplemente un modo de experimentar la ciudad. Es, más bien, un modo de representarla, de mirarla y de contar lo visto. En la flanería el sujeto urbano, privatizado, se aproxima a la ciudad con la mirada de quien ve un objeto en exhibición.

Julio Ramos
Desencuentros de la modernidad en América Latina

Una ciudad que no se comprende caminándola para mí es indescifrable: México, Los Ángeles.

Antonio Muñoz Molina

El primer poemario resuelta e inopinadamente moderno sobre Tijuana, *La ciudad que recorro* (1986) de Francisco Morales, confirma lo señalando; el otro sería "La última función del mago de los espejos" (1985) de Roberto Castillo Udiarte. Ambos en contraste con el poema "Tijuana a go go", éste otro de Rubén Vizcaíno Valencia y anterior a los citados (data de 1967); para Gabriel Trujillo Muñoz "el título más *kitsch* de la literatura bajacaliforniana". Un videoclip poético, *collage* vanguardista o calidoscopio citadino en el que la cinemática yuxtaposición de imágenes discontinuas reafirma el afán moralista del autor; pues vio en Tijuana un ámbito específicamente inmoral. La caótica enumeración y el vértigo de las impresiones presenta la trepidante imagen de una urbe bulliciosa, pero ajena al costumbrismo.

Ciudad: taxis amarillo
acarreamientos del neivi,
burdel en que la revolución mexicana

2 El título remite al poema de José Martí, incluido en su libro *Versos libres* (1913). Poema en el cual el poeta cubano registra el vértigo del cambio y la extrañeza que le produjo la ciudad moderna.

se vuelve una avenida,
calle de la prostitución
en la frontera con los Estados Unidos.

Tijuana: tip,
niño-cemento.
Marihuana vendida al menudeo.
Inyección anestésica
para no ir a Vietnam.
Cueva de los murciélagos:
jazz y marimba,
mariachi psicodélico,
tumba-letrina,
cabaret y droga,
maestro de ceremonias
bilingüe:
que habla dos idiomas:
el inglés del placer
y el español del hambre.

Pierna
vientre
ombligo y pezón;
liquor store.
Eso somos, Tijuana:
cadera febril,
aullido-guitarra,
cornada sexual
de la pornografía
cinematográfica,
acá,
de este lado de la alambrada de púas.

Modernos por la visión, por el propósito de captar el sentido y la actualidad del momento histórico, o quizá sin intentarlo porque ya era parte de la atmósfera de la época. En particular el poemario de Francisco Morales, que registra las vivencias del paseante anónimo en un escenario urbano en transformación y, en consecuencia, que modificaba también las prácticas citadinas, la percepción subjetiva, las relaciones con la ciudad y con su representación poética o narrativa. Cuestiones que deben leerse sobre el trasfondo de una "estructura de sentimiento" (Raymond Williams), de ambigüedad e incertidumbre debido a los cambios que estaban ocurriendo y que llevaron a reconocer a Tijuana como protagonista y como un enigma por descifrar. Aunque históricamente era una ciudad de paso, la modernización de los ochenta intensificó los sentimientos de inestabilidad.

Asistimos, pues, a la presencia de un nuevo tipo de sujeto social en un nuevo escenario urbano; a la problematización de Tijuana y, con mayor énfasis, a la catástrofe del significante como resultado de los cambios que la mudanza urbana iba introduciendo. Así, para Ruth Vargas Leyva, en su poemario *Retorno a la ciudad* (2016), "La ciudad es un cuerpo" al que se regresa y se recorre, pero en la que "ya nada está en su sitio, / ni siquiera la memoria" y estamos por ello "condenados a caminar" como en una cinta de Möbius. Es esencialmente otra ciudad, indescifrable, y que ya no comprendemos. En algún espejo, señala, se quedaron "olvidado(s) los signos, / las claves, / los destinos".

(( ))

Tijuana en el espejo. Carnavalesca parodia de las falsas apariencias y los convencionalismos sociales, de las miserias y los anhelos insatisfechos, en "La última función del mago

de los espejos" de Roberto Castillo Udiarte, Tijuana aparece vista al trasluz de sus personajes más conspicuos. Así no la mencione, descubre la fisonomía humana de la ciudad mediante una galería de varios retratos individuales. Y aunque tampoco aparece referido, el tema es en realidad el desenmascaramiento social; atisbar el rostro detrás de las máscaras. En una escala descendente, hombres y mujeres, profesionistas y pordioseros, jóvenes y ancianos son interpelados uno tras otro. El anónimo merolico de una imaginaria feria popular los confronta para develar así, *vis à vis*, el rostro no tan oculto. En un alegórico ejercicio de autorreconocimiento que no es del todo individual sino principalmente social, borra las jerarquías para dejar al descubierto el rostro quizá invisible de la ciudad. La mirada sociológica, el tono conversacional y el juego irónico hacen del poema una pasarela que mucho tiene de realismo grotesco, de relajo festivo. También de crítica de costumbres y valores sociales.

Presenta a cada personaje por separado, utilizando una misma composición sintáctica: si usted es o hace tal o cual cosa… "pásele, pásele"; es decir, 'Si P entonces Q'. Estructura que es también la estructura general del poema. La condición inicial establece los requisitos para identificarse y la repetición del estribillo al final de cada grupo de versos ("pásele, pásele"), especie de ritornelo, reitera la invitación para seguir adelante, aunque nunca se explica a dónde hay que pasar ni qué hay que hacer o qué esperar. El último grupo de versos reafirma la invitación y –finalmente– aclara a dónde hay que pasar o qué hacer.

> si usted lee lo que está aquí escrito
> y se pregunta a dónde voy
> qué trato de hacer o decir,

pásele, pásele,
dentro de unos instantes comenzará
la última función del mago de los espejos.

En realidad, la última función del mago de los espejos (¡fuera máscaras!) ya habría ocurrido: el desenmascaramiento de cada uno de los varios personajes interpelados. Fueron invitados a jugar el juego de los espejos / y los espejismos / pero solo para descubrir que la máscara es en realidad el verdadero rostro; o, en otros casos, que no son lo que aparentan ser. El performance poético-sociológico finaliza cuando pareciera estar comenzando. Oblicuamente, si se quiere, Tijuana queda dibujada a través de sus varios y visibles habitantes. El espejo en el cual podría descubrirse y reconocerse. Aunque tal vez ya no sea sino la imagen de aquello que fuimos extraviando.

(( ))

El poemario de Francisco Morales, *La ciudad que recorro*, es sobre todo una queja. La queja de un "yo" que resiente los cambios de la ciudad y la interroga mientras la transita. Si indicialmente desde el título se orienta el sentido de la lectura, el yo poético advierte el texto urbano como problema; y lo hace desde la experiencia de recorrer sus calles a partir de una nueva subjetividad social. La "errancia urbana, una de las peculiaridades más emblemática de la modernidad", al decir de Hugo J. Verani, constituye el eje del poema, y en consonancia con los cambios que estaban ocurriendo. La caminata poética configura además la emergencia de un nuevo personaje en la historia cultural de Tijuana: el paseante o *flàneur* modernista, síntoma de una realidad urbana diferente, de otra manera de experimentarla, de vi-

vir y de relacionarse con ella. No es ya el escenario por el cual el transeúnte común va y viene, pero sin interrogar cuánto va encontrando a su paso. Como sucediera en los desplazamientos del poeta Maximino Lozada (alter ego de Miguel Ángel Millán Peraza) en el "ensayo novelado" *A Tijuana!... Nosotras las gringas* (escrito en 1952 pero publicado en 1970 con el seudónimo de Max Lym); o en *Calle Revolución* (1964), novela de Rubén Vizcaíno Valencia, en cuyo recorrido la protagonista cree ver un mundo extraño pero al que valora en términos morales y por contraste con una provincia mexicana idealizada.

(( ))

La ciudad que recorro escenifica el recorrido por una ciudad en el trance de dejar de ser la urbe casi familiar por otra más despersonalizada. La voz poética la percibe en los términos y la mirada del *flàneur* benjaminiano (como lo viera Diana Palaversich), mientras que recurre a la *retórica del andar* (Julio Ramos) citadino para su registro y como el espacio de enunciación que se va articulando tras sus propios pasos (Michel de Certeau). Errancia por calles incomprensibles, pero que en el deambular errático, en la deriva sin rumbo fijo, encuentra una metrópoli desconocida.

La ciudad que recorro, la aprendida,
falsa sonrisa exhibe,
prisionera:
detrás del maquillaje
sus ojeras explican patetismos,
áridas ilusiones...
decadencia.

Los versos dan cuenta del incierto transitar por una ciudad "sin prez ni canto", de una "patética ciudad de lustrada imagen e impaciencias" interminables. Sin alma y sin rostro reconocibles. Si bien nada indica que sea Tijuana ni menciona lugares específicos porque la intención no estriba en describirla. Tampoco aparece la toponimia que sirva de anclaje referencial, ya que no pretende decir cómo es, sino qué es aquello que lo perturba. Registra el sentido de la experiencia, el cambio de sensibilidades, de las percepciones. Para decirlo pronto: el recorrido que lo lleva por una ciudad moderna y, en parte, posmoderna, la que ya iba surgiendo con la urbanización de la Zona Río y con la ampliación de la ciudad de extramuros. Solo que se le escabulle: "Pienso a veces, ciudad, que voy buscando / sin linterna tu ruta", "trato de armar tu voz", "desmancho identidades, cataduras que descubren tu máscara", "navegante febril, me desvelan tu esencia, tu apellido", etc. Duda sin embargo de sus esfuerzos. Al irse extendiendo por entre los cerros que la circundan, la ciudad se ha vuelto un espacio inabarcable: "Tu cola se dibuja en las montañas / Has crecido, ciudad, no te abrazamos", afirma. La "ciudad patética", "virgen", "de impaciencias", "embarazada y "estacionada" ha dejado de ser lo que fuera no hacía mucho tiempo. Se ha convertido en un lugar incomprensible. Es, pues, el fin de la "ciudad adolescente" a la que hiciera referencia Federico Campbell en sus relatos.

La retórica del paseo. Él mismo un paseante y un asiduo *hombre de Café*, de ese novedoso espacio de libertad y modernidad urbanas (Antoni Martí Monterde), en las varias notas de su diario *El día moridor* (1993) Francisco Morales confirma la relación con Tijuana desde su condición de escritor y caminante. Pero en un momento en el que tendía a convertirse en una realidad diferente. Vive la experiencia

del *espacio sin cualidades de la urbanización moderna* (Beatriz Sarlo), por eso las imágenes de desasosiego, de incertidumbre. Sentimientos que expresan las dificultades para asimilar la ciudad en vías de expansión. Y se sabe por ello desarmado, incapaz de atrapar una realidad escurridiza por ambigua y porque ahora le resulta ajena. La afirmación es categórica, y ni siquiera encuentra las palabras que alcancen para poder nombrarla: "Nos quedaron muy grandes, ciudad, / las condenadas, las malditas palabras, / esas bestias sin amo". Quizá también porque la ciudad moderna, desbordada por la fragmentación espacial y los sistemas de su representación, por el entrecruzamiento ininterrumpido de imágenes y sensaciones múltiples, ha tendido hacia la impersonalidad. Las palabras son incapaces para atrapar el sentido de lo nuevo, pero paradójicamente no dice "nos quedaron cortas" sino "grandes". ¿Grandes porque no alcanzan a decir una realidad disminuida, sin aparente sentido? ¿O por exceso de sentido?

Ha dejado ser lo que había sido y las palabras ya no pueden nombrarla, no coinciden con ella. Un problema de extrañamiento que es un problema de interpretación. La incapacidad de las palabras ("nos quedaron grandes las palabras") expresa la crisis de sentido. Búsqueda errática en un espacio más problemático todavía, con una trama *cultural conformada por diversos estilos de vivir, de modos de habitar, de estructuras del sentir y del narrar* (Jesús Martín-Barbero). Tijuana se había convertido en un texto urbano complejo, de intrincada y aritmética lectura. Ya no se comprende desde la homogeneidad, como una totalidad articulada y coherente, sino desde *la insubordinación de los signos* (Nelly Richard).

La *catástrofe del significante* (Julio Ramos). Por eso también la ciudad que el yo poético recorre simboliza los cambios

pero igualmente la crisis de su representación. La errancia, el callejeo, los extravíos o el nomadismo no alcanzan para abarcar una realidad que no se deja auscultar y que ahora resulta más confusa. La incapacidad expresa las dificultades para comprender una ciudad en proceso de una creciente transformación social y urbana. ¿Pero qué es aquello que se le escapa, que las palabras no alcanzan a capturar? No lo dice pero lo podemos inferir: lo que se le escapa es el espíritu de la ciudad moderna, con sus fragmentaciones y contradicciones. Por el tiempo en que aparece *La ciudad que recorro* Tijuana reciente los cambios que trajeron la urbanización de la Zona Río, el vertiginoso crecimiento demográfico y la expansión territorial. No es casual que el poeta lo escribiera en el mismo periodo durante el cual el impulso modernizador cambió buena parte de la fisonomía urbana, pero también los códigos para su interpretación. Había perdido el rostro por el crecimiento arbitrario, el anonimato y el aluvión inmigratorio. Con el crecimiento aparecieron los signos de una ciudad con una mayor carga de ambigüedad.

Las malditas palabras. Veinte años después, en la edición del libro *Tijuana tango* (que incluye *La ciudad que recorro / Ítaca, circa* 2004), la ciudad "aprendida" sigue siendo la "Ciudad de las mañanas tan inciertas, / sin mejorar la trama del vestido". El *flàneur* vuelve a repetir la errabunda caminata en busca de su significado, pero solo para a escuchar la misma "risa, / trastornada, sitiada de mentiras". Termina reconociendo que la realidad que intentaba comprender había cambiado para siempre. Solo las palabras no han variado:

> Nos quedaron muy grandes,
> las malditas;

las palabras, ciudad,
encadenadas.

(( ))

Si *La ciudad que recorro* revela la incapacidad para descifrar el sentido de la modernidad urbana, también reconoce la crisis de sentido y los cambios que transformaron a Tijuana, las crónicas-ficción incluidas en *La esquina del Johnny Tecate* (2004) de Roberto Castillo Udiarte textualizan la experiencia de habitar, transitar y apreciar el cuerpo de la ciudad. Esto es, la ciudad testimoniada como espacio público y escenificación de recorridos, pasando de la cartografía a la topología, del mapa (fijo, estable) al espacio caminado, es decir, coreografiado. Narraciones lúdicas que, en fin, reconfiguran la ciudad a la vez que unen el mosaico en que se ha convertido; una ciudad vista, caminada y vivenciada. Así, Tijuana será sobre todo el territorio actualizado, pero también el escaparate, la toponimia urbana, las aglomeraciones y la proliferación de los anuncios publicitarios. Su sentido surge de practicarla.

Si *deambular por las calles es un modo de construir relatos* (Jezreel Salazar), para Néstor García Canclini el paseo urbano resulta "una operación de consumo simbólico" mediante la cual el viajero reintegra los fragmentos de la metrópoli moderna y elabora con ello los imaginarios urbanos. Con ánimo cronicante Castillo Udiarte registra también la ciudad en su dimensión de espacio popular, espacio físico y espacio simbólico: reconfigura la ciudad de quienes la fatigan. Pues si la identidad es un relato que se construye, al relatar los recorridos de su personaje reconstruye el "orden de la ciudad" y sus variados ambientes. Narraciones en las cuales resuena la polifonía de una ciudad "convivi-

da en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles, palomares, catacumbas…" (Octavio Paz).

La ciudad de la gente: "aquella representada, percibida y vivida por sus habitantes" (Gilberto Giménez). La relación del Johnny Tecate-Roberto Castillo Udiarte con Tijuana es pues la de quien camina por sus calles y la va articulando tras sus propios pasos. Pequeños viajes en los que, nunca mejor dicho: ejerce los lugares por los cuales transita; o los fatiga (Jorge Luis Borges). Es por ello la ciudad reconstruida desde el trajín del día a día, del tráfago de la vida laboral y doméstica, la de quienes –actores urbanos– la sobrellevan de una y mil maneras en su diaria cotidianeidad. La que cada ciudadano vive desde su condición de usuario activo.

El *íncipit* de las crónicas comienza con frases que refieren recorridos, caminatas, desplazamientos… itinerarios que pertenecen a la vida pública de cualquier individuo. El Johnny Tecate viaja en transporte público, camina y va de un lugar a otro por diversos motivos: "va al aeropuerto", "va por las calles del Centro", "camina por el largo andador de Playas de Tijuana", "quiere cruzar a San Diego", "va sentado a un lado del chofer del taxi", "hace cola para entrar al cine", "va caminando por las calles del Centro de la ciudad", "entra a un restaurante de comida china"... Recorridos que no son, pues, los de la distracción y el ocio. No tampoco de la abstracta ciudad del anonimato, sino aquella cuyo sentido surge del ajetreo cotidiano, del trabajo y las relaciones personales de un usuario habitual de la ciudad que habita y lo habita. Microhistorias que hacen ver cómo es vivir Tijuana. No a vivir en ella, sino precisamente a eso: vivir Tijuana. Y el mapa de la ciudad que dibujan los recorridos, con nombre de calles y lugares que funcionan a manera de conectores de mimesis, y las idas y venidas por

distintos lugares, fijan la topografía citadina, cartografiando el mapa de vivencias y desplazamientos.

Hermeneutas urbanos. Como quiera que sea, diferentes poéticas o derivas urbanas de ver y experimentar los cambios de la ciudad. Uno desde el callejear solitario y anónimo, transeúnte confundido entre la multitud, buscando el sentido de una ciudad que ha dejado de ser lo que había sido; mientras que el otro la usa y la percibe en los términos de la experiencia de un viajero cotidiano y por razones varias, sean de trabajo o para visitar a los amigos. No desde el parsimonioso paseo del *flàneur* sino a partir del *citámbulo* o del *urbícola* que la recorre. En ambos casos los protagonistas recorren las calles y la ciudad es el enigma que multiplica las preguntas.

Como hermeneutas urbanos, los escritores (poetas, narradores, ensayistas) afanosamente persiguen la lectura de sus calles, espacios saturados de significación que exhiben públicamente sus señas de identidad. Pero al mismo tiempo la configuran imaginándola. En las muy citables páginas de su monumental *Elogio de la calle: una geografía literaria de la ciudad de México* (1850-1992) Vicente Quirarte lo precisa: "El urbanista y el poeta son lectores profesionales de la ciudad, y particularmente de la forma espacial denominada calle. La ciudad es el misterio por descifrar; la calle, su metonimia". Aunque la ciudad real y la ciudad escrita no coinciden ni se sobreponen porque *corresponden a diferentes sistemas de representación*, la ciudad escrita será *siempre simbolización y desplazamiento, imagen, metonimia* (Beatriz Sarlo). Aceptemos, pues, que las megalópolis ya no resultan fácilmente imaginables como totalidades orgánicas, con un solo centro y que, por consiguiente, "la comunidad, la identidad y la subjetividad han tenido que ser repensadas o recreadas" a partir de los múltiples "fragmentos y (las) rui-

nas" (Jean Franco) que hoy las integran. Si Tijuana tuvo algún sentido se perdió para siempre y el sentimiento de unidad desapareció al irse expandiéndo. Ahora solo la podemos pensar como una "comunidad imaginada" (Benedict Anderson), entre otros medios, por la poesía y la crónica.

Mexicanos de la frontera

Vine a Tijuana porque me dijeron que acá podría encontrar mi identidad. Fue mi madre quien me lo dijo. Y yo le prometí que acá vendría. Le apreté las manos para hacerle saber que lo haría, mientras ella me pedía una y otra vez que pusiera de vuelta el caset de "Los Tucanes". No dejes de ir a Tijuana –me recomendó–, allí te van a dar lo que el pinche estado en que naciste te ha negado. No les vas a pedir nada. Exígeles lo que te corresponde como mexicano, cóbraselos doble y en dólares de ser posible.

—Pero ¿dónde está Tijuana? —le pregunté a mi madre antes de que muriera.

—Allí, lueguito, nomás cruzas la mitad de la República mexicana y la vas a encontrar. Es el principio o el confín de México, depende con qué ojos la veas. Hay quienes dicen que es allí donde se está formando la Tercera Nación.

No pensé cumplir mi promesa. Hasta que comencé a llenarme de ilusiones por las cosas que me contaban: de trabajar en una maquiladora o de judicial, tener mi propio carrito y comprar mi ropa en los swap meet. Más adelante, pensaba yo, hasta podría cruzar legalmente la frontera.

El breve relato se debe a la autoría de Guillermo Sánchez Arreola. Si lo he traído a cuenta de las presentes notas es porque ahí se localiza, a más de la visible parodia del texto rulfiano, el tema acerca del cual habría que reflexionar con detenimiento y / ciertamente / con algo más que el afán inquisitivo del investigador acucioso: la Tijuanidad de Tijuana y los tijuanenses. Con otras palabras, el problema de identificar a los nacidos o avecindados o radicados o en vía de por mientras que serían todos o casi todos los tijuanenses. Además de preguntarnos por la identidad de una sociedad que se ha querido epitome de la diversidad y la tolerancia, de la hibridez y la multiculturalidad. Cuestiones

que todavía hoy acaparan el interés de quienes se sienten atraídos por el ser social de Tijuana.

El tema no es novedoso. Fue parte de una inquietud generacional, la que en su momento buscó dar cuenta de una realidad social todavía entonces en ciernes, además del deseo de autorreconocimiento y / antes que otra cosa / del generalizado temor frente al desarraigo y la temida desnacionalización cultural. La *vieja guardia de los intelectuales tijuanenses la describía como una ciudad sin identidad, pero lo que estaban tratando de decir es que no tenía una identidad mexicana, pero pues ¿cómo le vas a sacar peras al olmo? Todos los días se está gestando una identidad fronteriza, que es algo totalmente nuevo y que se viene desarrollando sólo en ciudades con estas características, que quizá en México no sean tantas, pero en el mundo cada vez es un fenómeno mayor* (Luis Humberto Crosthwaite). Preocupaciones que deberán leerse sobre el trasfondo de una sociedad que crecía por la persistente oleada de los recién llegados, con las muy previsibles consecuencias en la demanda de servicios, empleo, vivienda, etc.

Al parecer el neologismo (Tijuanidad) se debió a la autoría de Rubén Vizcaíno Valencia, acuñado apenas durante la década de los años sesenta, y si no a él, a la pluma de alguien cercano a su entorno. Nunca pretendió fundamentarlo con la solidez que se hubiera requerido, pero sí buscó resaltar las diferencias entre los mexicanos de esta parte del país y aquellos otros del altiplano central. La *identidad humana de los bajacalifornianos* –escribió convencido de sus conclusiones y no menos de sus muchas obsesiones– *se formula de modo distinto a la del mexicano y del latinoamericano común*; cuestionando así la idea de una única forma de ser mexicano. A partir de esa premisa su intención fue indagar aquello que sería lo propio del tijuanense prome-

dio. Y la singularidad –si es que existe tal sujeto– creyó encontrarla en la manera de afrontar la vida en la frontera. Pues nunca aceptó ver en Tijuana el simple valladar de la abstracta identidad nacional, ni la utópica trinchera de una cultura amenazada ni / menos aún/ el mero bastión para mantener a raya las influencias extranjerizantes, sino –apenas– el contradictorio espacio social dentro del cual podría gestarse otra manera de ser mexicano. Vio en el bajacaliforniano, y por extensión en el tijuanense, a un mexicano otro, diferente; pero los percibió imbuidos de la cultura norteamericana. Escribió entonces: *Los bajacalifornianos, sépanlo o no, están transculturados.* Y *la mexicanidad transculturada* era en su opinión lo que explicaría la presencia de un mexicano más utilitario, más pragmático y / pensaba / mucho más informado.

Definido así, el tijuanense le parecía un tipo de individuo (y los términos son suyos) *operante, moderno, bicultural, transcultural, ágil y eficiente; no contemplativo* sino *dinámico; consumista como el que más*; y por desgracia también *desconocedor absoluto del pasado regional.* Un personaje poseedor de una *identidad múltiple y confusa*, porque en su visión se trataba de *un hombre del presente y dueño más del futuro que del pasado*; pues no obstante su indeclinable fervor por Tijuana, debió reconocer que el tijuanense aún estaba por hacerse. Por eso su fe estuvo puesta, antes que en el pasado o en el presente, en la imagen que ya entonces se anunciaba, es decir, en el proyecto de lo que sería o podría ser. *La californidad* –el otro neologismo de la época– *está en marcha. Nos encontraremos en el futuro*, se atrevió a vaticinar con el tono visionario de los profetas que creen conocer el destino de los pueblos. Y no se equivocaba.

A la inquietud por el ser del tijuanense habrían de sumarse otras voces, y entre las más conspicuas las de Patri-

cio Bayardo Gómez y David Piñera Ramírez. Si para el primero el fronterizo equivalía a un problema en sí mismo (*¡Qué problema resulta para muchos dar razón de su "origen fronterizo"!*), en sus ensayos publicados durante los años setenta -"Teoría del fronterizo" y "El lenguaje en la frontera"- concluía: *Ser fronterizo significa nacer o avecindarse en la frontera. En cualquiera de los dos casos, un prospecto de salvación o fracaso económico.* La suerte estaba echada. En cuanto a Tijuana dirá que *Cada ciudad tiene sus retos. Tijuana uno permanente: acreditar su identidad y publicitar sus logros.* En cambio, para el segundo no había duda: *existe una serie de matices de lo mexicano, en las costas, en el Istmo, en el Sureste, en el Norte, y dentro de esa amplia gama, los fronterizos somos uno de esos matices: somos mexicanos de la frontera.* La nación mexicana atisbada a la manera de un mosaico de múltiples expresiones culturales, y, entre otras, las de ese mexicano de la frontera que sería el tijuanense. Una idea contraria a la imagen de una identidad mexicana esencial y monolítica, autocontenida y / por consiguiente / homogénea. Eso por principio de cuentas.

***

Conviene recordar que a los hombres como a los pueblos en trance de crecimiento –*vgr. El laberinto de la soledad*- su ser se les manifiesta como interrogación: *¿qué somos y cómo realizamos eso que somos?* (Octavio Paz). Recordar que Tijuana, quizá una sociedad todavía en tránsito, vuelve la mirada para preguntarse por la Tijuanidad de los tijuanenses, por aquello que los hace ser lo que son y no otra cosa. Y lo hace con insistencia que raya en la obsesión, en el temor por la ambigüedad y la anomia. No obstante, y puestos a esclarecer el tema son varias las preguntas por responder. Espe-

cíficamente: ¿qué es ser tijuanense en una ciudad donde la mayoría de sus habitantes no nacieron en ella y los demás todavía son jóvenes?, ¿qué podría significar lo tijuanense en una sociedad tan diversificada?, ¿la frontera propicia una manera particular de ser o, por el contrario, su presencia resulta un elemento de interés más bien limitado?, ¿cuál el peso –todavía no mayoritario– de una población joven, nacida en años recientes?, ¿existe ahora mismo un sentimiento de arraigo, de pertenencia? Y más: ¿es posible reconocer una cierta identidad homogénea, suficiente para uniformar a individuos de distinta procedencia? Así, cabría preguntarse –y nos preguntamos– por la presencia de una identidad forjada en una situación de frontera, en función de la diversidad, la complejidad y la convergencia de distintas expresiones culturales. Las diferencias existen, pero es innegable que lo mexicano fronterizo integra elementos que lo hacen cuando menos diferente al mexicano del altiplano central.

Tijuana, aduce John Tomlinson, es un lugar donde la identidad se forja de un "modo complejo a partir de una experiencia 'local' dominada por sus relaciones con *otros lugares;* el resto de México, Estados Unidos de América, el mundo; es una 'localidad deslocalizada'". Es cierto lo señalado por cuanto debemos reconocer la pluralidad de varias y variopintas Tijuanidades: T1, T2, T3…, o sea, las distintas maneras de ser y asumirse como tales. Por lo que no habría una única Tijuanidad, sino una entidad plural y diversa, como plural y diverso fue su origen. Y tal vez lo que permita caracterizarla sea la presencia de una *sociedad homogéneamente heterogénea* (Adrián Gorelik). Esto es, uniformada en sus mismas diferencias culturales. Incluso porque Tijuana se parece sobre todo a la antigua ciudad oriental descrita por Max Weber, es decir, a un agregado heterogéneo de

individuos que desde el punto de vista cultural carecían de una identidad colectiva común. Porque no hay todavía un "nosotros los tijuanenses" inclusivo, y es probable que no exista nunca; sino una entidad heterogénea, multicultural, en la que interactúan, entran en juego y se confrontan los más diversos matices que la integran. Es factible que el aluvión inmigratorio no se haya sedimentado lo suficiente, pues se vive en una suerte de *diglosia cultural* (Martín Lienhard) de múltiples y variadas manifestaciones. Sin omitir una realidad social transfronteriza.

***

Pero si el multiculturalismo, como doctrina y aun como *política democrática apela al respeto y valoración de la diferencia y la reivindicación de las identidades primarias o locales* (Eduardo Nivón Bolán), la multiculturalidad tijuanense no ha sido del todo democrática ni tolerante sino conflictiva. Porque se ha reconocido que Tijuana *sufre del mismo racismo, clasismo y sexismo que afecta a toda la sociedad mexicana* por igual (Diana Palaversich). Quizá por eso resulta preferible emplear no los conocidos términos de mestizaje e hibridación cultural, sino el de heterogeneidad contradictoria para cuestionar la mezcla armónica de las culturas. Desde esta consideración el mestizaje (el otro nombre del *melting pot* fronterizo) sería en realidad la impostura que apenas consigue ocultar el racismo cotidiano. Como lo recuerda el poeta Roberto Castillo Udiarte: "Para los tijuanenses la otredad no es simplemente ir al otro lado". Pero las manifestaciones del antichicanismo o del antichilanguismo (Héctor "Gato" Félix: *¡Haga patria, mate un chilango!*; *¡Chilangos, go home!)* son, p.e., expresiones que reflejan la actitud hacia quienes van llegando de fuera. Las varias

otredades posibles, las internas y sus fronteras, también están de este lado.

La animosidad en contra de *pachucos*, *pochos*, *cholos*, *bikers*, *lowriders*, *chilangos*, *marías*, *oaxaquitas*, *rodinos*…, otredades interiores, son o fueron actitudes arraigadas entre un amplio sector social, vistos como extraños e indeseables; el espejo en cual no todos quisieran verse reflejados. Escribió Rafa Saavedra: *En la frontera al mexicano-americano-pocho o chicano- no se le ve bien: es un naco que se cree mejor. Tiene cara de indio, pero no habla español...* Las fronteras interétnicas refuerzan también las fronteras culturales y dan vida a distintos prejuicios. Como lo explica el etnólogo Pablo Vila, la frontera mexicana no es homogénea, y no existe una sino varias identidades a la vez, debido a que *las identidades fronterizas están mediadas por las diferentes identidades regionales, étnicas, nacionales, de clase, de género, etarias y /o religiosas.*

El otro es diverso, y no solo aparece al otro lado de la frontera. Es el vecino, el compañero de trabajo, el amigo o el desconocido que camina a nuestro lado. Compartir una misma cultura no implica / necesariamente / compartir una misma identificación; una y otra no son intercambiables. Razones por las que resulta factible referirse mejor a las múltiples identidades de los tijuanenses, así como a las diferentes clases de tijuanidades. O a una suerte de identidad transversal, creada *en condiciones de movilidad, complejidad y pluralidad, se tratará propiamente de una identidad en tránsito y de una identidad como tránsito, transitiva, transida, atravesada, transversal* (Diego Bermejo).

No podríamos imaginar a un tijuanense único sino plural, reconociendo una realidad multivalente, de identidades diversas y heterogéneas; ya que no existe un tijuanense genérico, sino la presencia de los distintos tijuanenses que la misma ciudad ha propiciado. El gentilicio 'tijuanense' no

es más que una fórmula convencional. Y quizá nada explica mejor la identidad del tijuanense promedio como la heterogeneidad cultural y étnica; ahora además con la presencia de un nutrido contingente de mixtecos enfrentados a la construcción de una identidad territorializada (Francoise Lestage). De existir algo así como la "identidad tijuanense" en ella se sintetizarían las necesidades de adaptación y supervivencia, de la recreación y el acomodo de quienes han ido arribando. Y no resultaría difícil demostrar que la frontera es un espacio en el cual se gesta, condensa y disputa la id/entidad de manera permanente. Debido a lo cual quizá debemos pensar en una pluralidad de identidades simultáneas (Krystof Kulawik), en continuo devenir e intercambio. Identidades, para algunos, transfronterizas o en vías de articulación: "lo *tijuanense* es una realidad social que en gran medida todavía se encuentra en construcción y en la cual muchas diferencias simplemente se aceptan en los hechos" (Redi Gomis).

***

El tijuanense es / todavía hoy / un individuo procedente de aquí y de allá, y puede que nunca exista algo así como la Tijuanidad; porque es innegable que Tijuana no es una esencia ni una pura ficción, sino historia concreta, realidad empírica. Por lo que en materia de identidad y cultura será menester considerar un modo particular de asumir la cotidiana existencia. La identidad no es tampoco un ser ni una sustancia intemporal, sino un irse haciendo, un "devenir" como un "ser" siendo (Stuart Hall); no existe como algo ya dado. No está en el pasado sino en el porvenir, y el futuro, ya lo sabemos, resulta impredecible. Tal vez porque todavía no somos sino que estamos entresiendo. De ahí que

no debieramos preguntarnos *quiénes somos y quiénes son los otros*, *sino cómo somos siendo* (Liliana Ramírez); la identidad es tanto un ser como un irse haciendo. Incluso, porque, elusiva y cambiante, la *identidad parece ser todo menos identidad* (Katya Mandoki); se nos escabulle apenas la vamos pensando.

***

Hasta aquí, y para acortar camino, no he intentado sino describir la índole contradictoria de una realidad que no podría postular / no con facilidad / *una identidad coherente y uniforme*, *complaciente y desproblematizada* (Antonio Cornejo Polar), sino en el reconocimiento de una *pluralidad multivalente* y, por lo mismo, de un sujeto social heterogéneo. Por lo que a partir del periodo de los ochenta en adelante, varios narradores fueron negociando o gestionando el reconocimiento de "una cultura e identidad conscientemente fronterizas", con cierto grado de hibridación, como lo ha señalado José Salvador Ruiz. Dicha cultura contrasta con la visión centralista de la cultura mexicana, ya que está "en clara oposición a una visión de la nación homogénea privilegiada por el Centro nacional".

Welcom tu Tijuana[3]

Mi menda es chicano, he pedaleado por los estaites bute de añales. Soy solano, no tengo cueva, ni waifa, pero me laican las gavachas, las huisas y las tintas. Mi cantón está en Tijuana, que es mi terre, allá están mi rucaila, mis carnales y los batos de la raza. Mi vetarro, naranjas, porque se lo llevó la sidra. Era medio malero le laicaban tu moch las cebadas bien elodias y la grifa, siempre estaba wachado por la chota o enjaulado en el tariz. Se pasondeó allí gudtaim porque medio apañó a un bolillo pá'tumbarle su jando.

Hernán Solís Garza
Los mexicanos del norte (1971)

La China: su esposa, su guaifa, su jaina, su esquina.
Su morra, su nicho, su queso, su allá voy, su de aquí soy, su torta, su estribo, su tierna melcocha, su media naranja, su castigo, su misión en la tierra, su rancho, su ajúa, su acá, su bien terrenal, su gestión, su obra, su casa grande, su cobija eléctrica, su cachora al sol, su requinto tristón, su rolita oldi, su mejilla sudada, su cementerio, su beibi, su primera dama, su necesidad, su urgencia, su carestía, su ya no, su otra vez, su no jodas, su pensión, su fin, su cárcel, su no sé qué.

La China: su esposa, su guaifa, su jaina, su esquina.

Luis Humberto Crosthwaite
El gran Preténder (1992)

En el viejo fordcito, el Pancho y el Johnny cruzan por las avenidas de Tijuana. Mientras el Johnny le cuenta historias de la ciudad, el Panchito va leyendo anuncios, letreros y espectaculares: Tequila, the best drink from México; Restaurant Men Chi Lou; Reconstruimos clotches y frenos; Fish tacos a dólar; Componemos bóilers; El swap meet; Licorería Last exit; El Memo upholstery; No parkin'; Reconstruimos carburadores y full injection; Tenemos todo para su party; Mofles La Pedorrera; Yonke El Seven; Comida china Lon Guan; Se arreglan powers y sinfines.

3 El título remite a la crónica-ficción de Roberto Castillo Udiarte "Welcom tu Tijuana", incluida en *La esquina del Johnny Tecate* (Sonora, Oasis Ediciones, 2004).

Al llegar a la Revu dan vuelta en la "esquina rosada" y enfilan rumbo a Playas. El Johnny ahora le cuenta las historias de los congales. El Panchito sigue leyendo: Se vende medicina contra el ántrax; Arreglamos lunas; Six de Tecates en especial; Car Wash La Sirenita; Rentamos tobar para carros y camiones; Los Martes 2x1 en tequila sunrise; Hacemos tun ups; Comida japonesa Sushi Kito; Preparamos bufēts para sus babys showers; Venga a la venta especial de sueras y t-shirts; Solicitamos personal de ambos sexos; Los jueves ladys night; Ensenada scenic road, etcétera.

Roberto Castillo Udiarte
La esquina del Johnny Tecate (2004)

Tres épocas y tres ejemplos: valiosos e inmejorables. Por sí mismos ilustran cuán notable resulta la diversidad lingüística en una sociedad tan heterogénea; en buena medida polifónica y, por consiguiente, heteroglósica. Si el primero corresponde a la trascripción del habla de un pachuco cualesquiera; y el segundo a la recreación explosiva del caló juvenil creado por los grupos de cholos; el tercero, traído a propósito de la proliferación de voces y discursos urbanizados, a la ficcionalización narrativa de los anuncios comerciales. Ejemplos de cómo un sector de la población se expresaba en el pasado todavía reciente, de la celebración carnavalesca del habla coloquial o acerca de lo que la ciudad dice y nos comunica a cada paso. La fiesta de los signos, el escenario del lenguaje. Tijuana habla y es hablada. Es sus hablas y es las jergas que la expresan.

¿Qué prueban los ejemplos tomados no precisamente al azar? Entre otras, varias conclusiones a la vez: a nivel discursivo, la heteroglosia o multiplicidad de discursos sociales, o sea: la alternancia de distintas hablas, voces y registros presentes en el lenguaje cotidiano fronterizo; y a nivel lingüístico, la profusión casi exponencial de anglicismos, la no menos jubilosa invención de neologismos y el uso del caló fronterizo como elementos de identificación juvenil (el

habla de la tribu), además de la interferencia lingüística. En resumidas cuentas: una entidad polifónica (¿pero qué ciudad contemporánea no lo es en el fondo?); y esto por varias vías y circunstancias. Como bien lo prueba el habla de sus muchos y diversos habitantes; pero también debido al intenso dialogismo que ella misma auspicia en avenidas, edificaciones, anuncios publicitarios, carteles y fachadas por igual. Porque la ciudad nos interpela desde su propia condición de entidad inmersa en el continuo flujo de los discursos que articulan su presencia. La *ciudad, es un cosmos lingüístico*, según la entendía Walter Benjamin.

No obstante lo dicho, es preciso desmentir la opinión que ve en la frontera mexicana una zona de indefensión lingüística, donde el español habría sido barrido por el inglés o, desde otra perspectiva, donde el spanglish lo es todo o casi todo. Porque se ha considerado que esa es la evidencia de una frontera híbrida y multicultural (Néstor García Canclini). Para demostrarlo sus partidarios aducen la presencia de innumerables anglicismos, la yuxtaposición de ambos idiomas en anuncios publicitarios, el continuo intercambio comercial e informativo, y, sin mayores pruebas, el progresivo desplazamiento del español. Según esto, la cercanía geográfica amplía las posibilidades de la conta- minación lingüística, y la incorporación de vocablos extranjeros se multiplica en relación inversa a la frecuencia de los intercambios cotidianos. Hechos que sólo podrían explicarse debido a la presencia de una sociedad que ya habría perdido la batalla en defensa de su propia lengua (la fallida cuanto inútil Comisión Pro Defensa del Idioma, por ejemplo). Como si los idiomas, argüimos, fueran cotos cerrados, sin posibilidades de renovación e intercambio; incapaces incluso de asumir su propia defensa.

Opiniones así omiten la actitud de los hablantes concretos, quienes, entre otras decisiones, pueden asumir el uso de anglicismos sin menoscabo de un fuerte sentimiento de lealtad hacia su propia lengua y cultura. En su temprana investigación de 1958 sobre Tijuana así lo percibía ya Rodolfo Stavenhagen: "Debajo de la capa de aparente desnacionalización existe una fuerte reacción nacionalista, que se traduce en una actitud de que los tijuanenses son realmente más mexicanos que los demás, porque precisamente su nacionalidad se ve amenazada y sus esfuerzos por conservarla son mayores que la de aquellos cuya mexicanidad jamás se ha encontrado en entredicho". Fenómeno éste estrechamente relacionado con una valoración positiva de la identidad cultural mexicana, y con todo aquello que constituye el repertorio de valores y actitudes interiorizados. En Tijuana el uso de anglicismos, nunca en la cantidad que a menudo se piensa, no está reñido con el sentido de pertenencia a un determinado grupo social, pues incluso a un *mayor uso de anglicismos, mayor etnicidad, es decir, una conclusión contraria al estereotipo de la desnacionalización de los fronterizos que utilizan "pochismos"* (Jorge A. Bustamante). La reafirmación étnica, o de la identidad cultural si se quiere, sigue pasando por cierta lealtad lingüística, por la adhesión a los valores y los símbolos nacionales. Así la americanización en materia cultural sea tan avasallante.

Considerado el problema en los términos señalados se trata empero de una visión muy pobre de lo que en realidad sucede. Un estereotipo / y precisamente por serlo / que apenas soporta el mínimo cuestionamiento. La presencia de los anglicismos, por señalar un dato duro, no es mayor ni menor que en otras distintas regiones del país, sean o no fronterizas; forman parte de la comunicación global que el prestigio de la tecnología, el impulso debido a la

fuerza económica norteamericana, las industrias culturales y aparición de las TIC's (Tecnologías de la Información y la Comunicación) finalmente terminaron imponiendo. No es necesario vivir en la frontera para escucharlos pues están en todas partes. La norteamericanización de la vida social, la globalización y la hegemonía tecnológica los convirtieron en moneda corriente, al punto de hacer de ellos parte de la identificación juvenil. Y se entiende bien por qué. El inglés es por ahora la *lingua franca* de las comunicaciones internacionales, lo mismo en el comercio que en la tecnología y en la academia.

De ahí que el presunto bilingüismo inglés-español corresponda en realidad a un fenómeno específico y más bien transitorio (Margarita Hidalgo). Algo distinto a la idea que supone que todos los fronterizos son bilingües, que se comunicarían indistintamente en ambos idiomas. Como si bastara la cercanía geográfica para que se produjera una situación así. Lo cierto es que el uso del inglés se haya circunscrito a determinados espacios (sean éstos turísticos o comerciales, por ejemplo) y en condiciones casi siempre específicas; un inglés de circunstancias, como se podrá entender. Salvo en pequeños grupos, si bien crecientes, sólo unas cuantas personas recurren al inglés en las comunicaciones familiares o cotidianas. Pues tal como se ha señalado en Tijuana *la práctica del inglés está directamente relacionada con el desempeño del trabajo* (Lourdes Gavaldón) o entre los jóvenes; mientras que en el seno familiar su uso es casi nulo o poco frecuente. Se da así lo que los lingüistas identifican como un bilingüismo con diglosia, circunscrito a determinados ámbitos y circunstancias. Pese a los varios años de práctica la escuela mexicana no ha sabido enseñarlo, tampoco los medios lo han hecho con la eficacia que podría esperarse. Tenemos así un inglés más bien instrumental,

pragmático si se quiere, sujeto a las condiciones del entorno, del mercado y los medios de comunicación. Sin ignorar que esta situación estaría cambiando y que seguramente habrá cambiado en los siguientes años.

¿Precisamos advertir que Tijuana sigue empleando el español mexicano, la lengua nacional de facto, el idioma que mayoritariamente identifica a los hablantes del país; pero matizado, fronterizo, dialectal, incluso "disidente" (Ricardo Elizondo Elizondo)? Es, en todo caso, una variedad regional del español mexicano, con las comprensibles huellas del encuentro entre dos sistemas lingüísticos diferentes. Un español también mediático, marcado por la presencia de asimilaciones y sucesivas adaptaciones. Sin embargo, la influencia del inglés no ha sido ni tan radical ni tan definitiva como para suponer la eliminación progresiva del español. Las denuncias de una americanización en el lenguaje son afirmaciones que requieren, cuando menos, matizarse. Lo que importa no es el grado mayor o menor de las influencias detectables, sino la existencia de una *diglosia activa*, con normas *lingüísticas de prestigio social desigual* (Martín Lienhard) que interactúan, se rechazan, se dejan entremezclar, y, finalmente, se contaminan sin que ello signifique su aniquilación.

Pese a lo cual aún cabría preguntarnos por las particularidades que distinguen al idioma español de esta parte del país. El permanente contacto no puede y no deja de producir interferencias en las estructuras, superficiales o profundas, de ambos sistemas lingüísticos. Tampoco la historia y el aislamiento en que estuvo el norte del país. En el nivel léxico, los préstamos, el calco semántico y la resemantización de términos; en el nivel morfosintáctico, los cambios en las estructuras sintácticas; y en el nivel fonológico, las muy perceptibles modificaciones en la pronunciación

del español hablado. En fin, fenómenos perfectamente comprensibles en una zona de contacto lingüístico, en este caso, donde abundan las voces y los sociolectos de muy diverso origen. Un primer intento de aproximación consistiría en recordar que el español tijuanense –para identificarlo de alguna manera–, se inscribe dentro de la variante dialectal del español mexicano conocido como *bajacaliforniano septentrional* (Juan M. Lope Blanch).

Para José G. Moreno de Alba, por ejemplo, en la fonética del español del norte del país *no es perceptible influencia inglesa alguna*. También, que la interferencia lingüística efectiva sólo se da en situaciones de bilingüismo; por lo que conviene saber *cuál es el número real de bilingües y qué uso dan, en su caso al inglés y al español.* Considera que la fuente principal de anglicismos en el español del México fronterizo no ha sido el intercambio comercial y turístico (cosa que nosotros francamente ponemos en duda), sino debido al *flujo y reflujo de trabajadores mexicanos tanto documentados como ilegales.* Por lo que *tal vez sería más propio hablar de influencia chicana que de influencia inglesa en el español del norte del país.* La hipótesis es sugerente y tiene la ventaja de considerar las influencias lo mismo que la presencia de los hablantes concretos. Con todo, no podríamos afirmar (y Moreno de Alba no lo hace) que el *español chicano* se corresponde con el español cotidiano de Tijuana. Aunque se pudieran reconocer similitudes y aun parentescos, no son asimilables. Entre otras razones –si se acepta la hipótesis de Juan Bruce-Novoa, quien supone en el chicano no un fenómeno de diglosia sino de triglosia–, porque el lenguaje de los chicanos es fundamentalmente *una combinación, una síntesis de los dos en un tercero. Así, no son bilingües sino interlingües. Los códigos no están separados sino intrínsecamente fundidos* en un código híbrido. Lo que, en sentido estricto, no sucede en

el lado mexicano de la frontera. La norteamericanización lingüística, nunca ciertamente unilateral ni pasiva, no ha significado sino la adaptación, parcial y desigual, de elementos de la lengua inglesa.

Y a la posibilidad del *spanglish* en Tijuana el escritor Rafa Saavedra le contrapuso la noción de lo que él y otros llamaron luego *espanglish*. Y añadía con tono que quiso ser enfático: Nuestro *espanglish* -en clara oposición a una visión de la nación homogénea privilegiada por el Centro nacional" *o itañol, euskaglish, frenchagliñol, purtoñol- son* (sic) *aportación de la glocalyouth; no tiene nada que ver con lo pocho, o.k.?* Mientras que Federico Campbell dirá luego que la presencia del inglés en Tijuana *no es como el spánglish, el cambiar una palabra por otra; se trata más bien de la intrusión de frases coloquiales o dichos o latiguillos que literalmente en inglés pasan, porque siempre estuvieron en él, al idioma tijuanense (...) las frases en inglés están allí desde que el niño oye, en las primeras horas. Luego entonces ¿cómo asumirlas como algo foráneo?* Eso: ¿cómo ver como ajeno lo que ha sido cotidiano, cosa de todos los días?

Desde otra perspectiva, y en apretada síntesis, diremos que el "español tijuanense" es sobre todo el resultado de la tensión lingüística entre lo local y lo global. O de lo que Aurelio Meza refiere como la *presión translingüística del inglés sobre el español de México.* Un ejemplo de la reterritorialización idiomática, y de la *lingua franca* que trajo consigo la globalización mediática, pues a *diario, una palabra –software o videoclip– se incorpora al diccionario internacional, sin alternativa posible. Y sin embargo, al cabo de un siglo de americanización, el español, de México, empobrecido y enriquecido, mantiene su ritmo vital* (Carlos Monsiváis). Sin ignorar el *neoespañol* o español aproximado, que aquí como en otras latitudes conforma "una nueva lengua que se aleja

de la precisión, estira artificialmente palabras y locuciones, aporta neologismos innecesarios o construye absurdos semánticos" (Álex Grijelmo).

Por lo que importa comprender la manera como los fronterizos han venido procesando las influencias del entorno y las integran en una síntesis no necesariamente dialéctica. La experiencia nos demuestra que no hay tal cosa como una ciudad bilingüe (con igual o idéntico dominio de dos lenguas), que no habla *spanglish*, y que la alternancia o cambio de códigos lingüísticos (*code-switching*) no constituye una práctica extendida como algunos suponen. En buena medida debido a que en Tijuana *la mayoría de los mexicanos tiende a rechazar el cambio de código* (Jitka Crhová) y, en lo básico, porque se atiene al uso del español como medio de comunicación cotidiana. Los hablantes fronterizos son monolingües en español, que sigue siendo la lengua nacional de facto, la lengua que se reconoce y se acepta como medio de comunicación social e identidad.

Una metrópoli cultural

No por nada es la ciudad en la que las manifestaciones artísticas y culturales de la frontera son más arriesgadas, imaginativas y vivas, como si el Pacífico fuera una invitación a la libertad.

Pedro Serrano

Como cualquier entidad urbana Tijuana es también un producto cultural, productora de cultura y con cierto capital simbólico. En lo primero, porque toda ciudad es en sí misma una obra de arte, la obra humana por definición. Y vale por ello recordar lo asentado por la esclarecida pluma de Claude Lévi-Strauss cuando afirma que *no sólo de manera metafórica tenemos el derecho de comparar una ciudad con una sinfonía o con un poema: son objetos de la misma naturaleza. Quizás todavía más precisa, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artificio. Es, a la vez, objeto de naturaleza y sujeto de cultura; individual y grupal; vivida y soñada: la cosa humana por excelencia.* Y no resulta menos atinada la opinión de Henri Lefebvre, para quien *la ciudad es una obra en el sentido de una obra de arte. El espacio no está únicamente organizado e instituido, sino que también está modelado, configurado por tal o cual grupo de acuerdo con sus exigencias, su ética y su estética, es decir, su ideología… la ciudad se sitúa en el encuentro, en la confluencia entre naturaleza y artificio.* O la de María Zambrano, que nos recuerda que *pocas cosas hay en la humana historia que tengan más carácter de creación que la ciudad.* Pero situados en la tarea de ponderar el valor de Tijuana diremos que es una obra de arte contrahecha, que… lo hemos asentado páginas antes; repetirlo ahora será ya innecesario. En lo segundo, porque corresponde a

una entidad cuya dinámica social ha propiciado un importante movimiento cultural y artístico, como habremos de confirmarlo. Lo tercero es consecuencia de lo anterior.

Ciudad cultural y de cultura, en efecto. Sobresale junto con otras ciudades de similar o parecida importancia. Sea para el caso un valioso como significativo ejemplo, pues según lo apuntaron no hace mucho los editores de la revista *Newsweek* Tijuana representa –al lado de Austin, Kabul, Ciudad del Cabo y Gateshead– uno de los puntos nodales de la cultura y el arte contemporáneos (Scott Johnson). Verdad o no, y no disponemos de motivos para ponerlo entredicho, un dato resalta entre otros: son ciudades localizadas en la periferia internacional, poseedoras de una vida social intensa; pero que no están fuera del engranaje del comercio ni del turismo globalizados; y no carecen de conexiones con los circuitos transnacionales de la información y las comunicaciones. Son entidades que no permanecen al margen de la modernidad-mundo, que no discurren –y no podrían no hacerlo– alejadas de la globalización económica ni viven por fuera de la mundialización social. Tijuana ha sido además considerada la metáfora de un laboratorio cultural; pero es la des*mother*nidad como experiencia social y urbana el trasfondo que hay que tener en consideración.

* * *

Es dable preguntarse por aquello que hiciera de un apartado lugar de frontera una periferia culturalmente importante, más como productora que sólo receptora. Una primera aclaración se hace por ello necesaria; formulada de la siguiente manera: complejo y sutil *mecanismo semiótico generador de cultura, la ciudad puede cumplir su función sólo si en ella se mezclan un sinfín de textos y códigos het*erogé*neos,*

pertenecientes a diferentes lenguas y niveles. Precisamente el poliglotismo semiótico de cualquier ciudad la convierte en campo de diferentes colisiones semióticas, imposibles en otras circunstancias. Así precisamente lo explica Iuri M. Lotman para los casos en los cuales una determinada ciudad, uniendo libremente códigos y textos diferentes, realizando innúmeras hibridaciones, recodificaciones y traducciones semióticas, deviene en un poderoso mecanismo generador de nueva información. Por lo que el problema está a la consideración. También, como es lógico suponerlo, el abanico de preguntas encaminadas a esclarecer qué motivos, qué circunstancias, qué experiencias, o todo a la vez, llevó a decir que *Tijuana es un foco cultural* (Rachel Teagle); pero creadora y no sólo repetidora de obras y valores, como lo hemos dicho. Primera hipótesis: su condición excéntrica, de frontera, facilitó el tránsito hacia una periferia cultural importante. Segunda hipótesis: la conformación de un campo cultural y artístico más o menos articulado, más o menos autónomo, afianzó dicha posibilidad. Tercera hipótesis: la consecuente creación de una infraestructura cultural y educativa garantizó el despliegue de las actividades culturales y artísticas. Sin lo cual resultaría difícil explicar el capital simbólico que la distingue.

Demos una mirada que considere las fricciones entre una modernidad cultural efervescente y una modernización material insuficiente, al tiempo que reconocemos la impronta cultural de un lugar así. Para lo cual será menester valorar lo que el tiempo fue pacientemente articulando y que algunos llaman el espíritu o alma de una ciudad. Ver en ella, como José Luis Romero lo proponía, una forma de vida y mucho más que una presencia física, traza urbana y relaciones de producción y mercado, esto es: una personalidad única e irrepetible. Puesto que también Tijuana,

me valgo de sus palabras, ha vivido *creando un estilo de vida propio e intransferible* (…), *aunque sus rasgos fundamentales son específicamente urbanos, y desarrolla cierto tipo de mentalidad, que es también, específicamente urbana. Nada de esto está quieto, sino en movimiento, como una forma de vida histórica.* Estilo, mentalidad y manifestaciones de vida que remiten a una entidad ni totalmente convencional ni suficientemente estratificada o sedimentada y, no obstante, inmersa en el desorden productivo. Considerada en la noción de los antropólogos Robert Redfield y Milton Singer, Tijuana sería una ciudad *heterogenética*: creadora de "formas originales de pensamiento, cuya autoridad va más allá de las viejas culturas y civilizaciones, o está en conflicto con ellas". Un lugar de tensiones entre diversas tradiciones por cuanto –añaden– es "un centro herético, heterodoxo y de disentimientos, de interrupción y destrucción de las antiguas tradiciones, de desarraigo y anomia".

* * *

Desarraigo y anomia, en efecto, hicieron posible una sociedad sin demasiadas restricciones, menos ligada a la tradición, culturalmente más fluida y abierta, y por eso mismo más desinhibida en cuestión de gustos, creaciones y creencias. Escuchemos a Núria Vilanova quien dijo de Tijuana, y las cursivas son mías: "Voy a detenerme particularmente en la idea del anonimato versus memoria social y tradición, como *un determinante clave en la dinámica de creación literaria y artística* en zonas urbanas pobladas *básicamente por migrantes*". Sigue diciendo Vilanova que el fenómeno inmigratorio –con su previsible carga de desarraigo, ausencia de tradiciones, desjerarquización social–, fue dando forma en Tijuana a *una sociedad más libre, más*

innovadora, menos temerosa y resistente al cambio y más desprestigiada, en la que el peso convencional de la tradición es aligerada por la ausencia de memoria colectiva y compartida. El anonimato social es, entonces, un aspecto clave para explicar el carácter innovador y desafiante que caracteriza la propuesta artística de la región.

Ésos / y otros / elementos más –*ausencia de memoria territorializada: anonimato: mentalidad laboriosa y falta de tradición cultural, en el sentido elitista del término: la distancia, tanto real como simbólica, entre frontera norte y centro y la proximidad con los Estados Unidos*– , facilitaron a la postre una sociedad proclive a una singular
e innovadora
explosión cultural
y artística.

* * *

Definida por Néstor García Canclini como *la pérdida de la relación 'natural' de la cultura con los territorios geográficos y sociales*, la desterritorialización cultural explicaría esa situación de libertad creativa, de falta de condicionamientos rígidos, pero asimismo la relativa desvinculación con el repertorio de los referentes nacionales o extranjeros. Nunca ciertamente de manera total ni, por lo que yo intuyo, absoluta. Por su parte, al referirse a Tijuana John Tomlinson considera que la desterritorialización es una categoría clave para interpretar la experiencia cultural de la modernidad global, y añade: "Es interesante el hecho de que la identidad de la ciudad sea resultado precisamente de la intensa desterritorialización". Pues si algo, la deslugarización (Anthony Giddens) flexibiliza comportamien-

tos, revalora costumbres, revitaliza o actualiza antiguas tradiciones. A la par que facilita la aparición de un campo fértil para crear nuevas formas de pertenencia, de reterritorialización y creación. Porque así no se considere o no se comprenda la desterritorialización trajo emparejada la consecuente multiterritorialización (Rogério Haesbaert) de quienes sucesivamente fueron arribando a Tijuana. Basten para el caso apuntar dos sencillos ejemplos: a) la celebración ahora masiva del día de muertos, con altares que unos cuantos años antes resultaban esporádicos; b) el nacimiento instalado a un lado del árbol de navidad o el árbol mismo adornado con figuras de la tradición católica; Nortec, citemos otro dato, es música electrónica de mezcla, con elementos electrónicos e informáticos, que alterna o entrevera la música norteña y de banda con la música norteamericana en varios de sus géneros y estilos. Las "escenas sin territorio" (Néstor García Canclini) o las "culturas sin territorio" (Roger Bartra) son pues relativas.

* * *

Todavía hoy ciudad de inmigrantes –por eso la anomia, el desarraigo, la heterogeneidad–, lo apuntado nos lleva a lo mencionado por Raymond Williams. Consideraba el pensador inglés que la deriva inmigratoria fue un elemento importante en los procesos de modernización, que jugó un papel significativo en la transformación de las pequeñas ciudades en metrópolis. Liberados de las condicionantes de sus respectivas culturas, o rompiendo con ellas, los escritores, artistas y pensadores encontraron fuera una sociedad más abierta, compleja pero flexible, para su trabajo de creación. También el uruguayo Abril Trigo ha creído reconocer en la inmigración un factor importante en los procesos de mod-

ernización. Pero si el primero veía a los portadores de los valores de la vanguardia artística, el segundo lo hizo considerando la inmigración como el "caldo de cultivo de la productividad modernista". Diferencias aparte, ambos vieron en los migrantes agentes del desa- rrollo cultural.

Quizá nunca acabemos de valorar cuánto debemos al impacto inmigratorio, pero en Tijuana la inmigración fue uno de los principales *acicate* (s) *para el desarrollo de un espíritu moderno. El inmigrante al no estar atado al suelo al que llega, se dice, "apuesta por ser un activista, un amante del futuro, en donde tiene puesta su mirada"* (Jean Franco). Sin duda.

* * *

Vuelvo así a la pregunta de si habremos de considerar a Tijuana como una ciudad cultural y, en su defecto, si cumple con el papel de una metrópoli productora. Es verdad que la cultura de Tijuana es cultura de aluvión, integrada con innumerables fragmentos de naturaleza y origen social diverso, pero el humus cultural e histórico, que en otros lugares requirió tiempo de maduración y asentamiento, en Tijuana el cambio ocurrió en un proceso de corta e intensa duración. Una hibrida mezcolanza todavía hoy en estado de ebullición, formando un espeso caldo de cultivo no totalmente sedimentado ni en reposo, sino en la violenta cocción de sus varios ingredientes, sean ellos los que fueren. La pobreza de la metáfora sólo pretende advertir el potencial activo de un caldero cultural signado por la efervescencia inmigratoria; no persigue repetir la antigua metáfora del crisol cultural (*melting pot*, *salad pot*), ni actualizar el amasijo culinario contenido en ella. Importa dibujar el perfil de un espacio periférico, y en todo lo que signifique en términos culturales.

El tema no es reciente y tiene, sin embargo, mar de trasfondo. Según Richard Morse, quien había subrayado la importancia de las periferias, éstas han sido con frecuencia escenarios privilegiados en cuanto a la producción cultural; crisoles de los cambios producidos en la era moderna, cuando –precisa–, la periferia se convirtió en centro de acomodación y resistencia. Literalmente una arena de producción cultural que *asigna a las culturas marginales, desplazadas, no centrales, una función básicamente renovadora, revolucionaria.* Con otra terminología, también Marshall Bergman reconoció la importancia de esas zonas de una rica fertilidad cultural. Porque las periferias pueden ser arenas productivas y tienen un notable carácter innovador, por lo cual es preciso considerar las posibilidades creativas como una clave para explicar la cultura de ciudades como Tijuana, que en nuestro caso resultó la periferia de la periferia o una frontera de la frontera.

* * *

Si desde Gilles Deleuze y Félix Guattari (*Kafka. Por una literatura menor*) a Beatriz Sarlo (*Una modernidad periférica*) y Pascale Casanova (*La república mundial de las letras*), digamos por decir nombres, encontramos opiniones que resaltan la importancia de los márgenes en la producción cultural y literaria, es con Jorge Luis Borges –un marginal en el centro, al decir de Beatriz Sarlo– que podría argüirse la validez productiva de las periferias, cuando en su conferencia de 1942 "El escritor argentino y la tradición", asentaba la libertad que tienen los escritores latinoamericanos para hacerse de la tradición cultural occidental, proclamando al mismo tiempo la libertad creativa de las regiones marginadas. Apunta ahí que "podemos manejar todos los temas

europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas". En un gesto francamente retador señalaba entonces que la cultura occidental es también la tradición de cualquier escritor latinoamericano. Operación que ya habían ocurrido antes con el modernismo poético, entre los años de 1884 a 1910, y que volvería a presentarse con la narrativa transculturada de los cincuenta y sesenta.

Como resulta obvio, no es tanto una cuestión de derechos como de las posibilidades que tiene un escritor de superar las condiciones de marginalidad y aislamiento, entrando y saliendo libremente de una cultura. Lo cual, según lo explica J. Ramiro Podetti en sus comentarios sobre el visionario argentino, el escritor latinoamericano bien puede apropiarse de la tradición occidental de "un modo que sólo él tiene disponible"; y que, agrega, "en cierto sentido puede ser el modo más pleno y acabado de hacerlo". Por lo que cabe preguntar por qué un escritor en y desde un lugar no central tendría a su disposición un modo diferente de hacerse de la tradición universal. En principio, aclara, porque la lejanía *implica un desarraigo relativo de las particularidades* –geográficas y étnicas– de esa civilización. Lo que, a su vez, supone una *mayor libertad frente a los imperativos particularizantes* de las múltiples variantes en que se ha expresado y se expresa dicha civilización. Y, tercero, una *mayor facilidad de acceso* a lo más *general* de esa tradición. La lejanía respecto de los principales centros culturales puede y juega a favor de la libertad de apropiación, transformación y producción cultural y artística.

Y como revolucionaria e irreverente, regresando a Jorge Luis Borges, podría entenderse también la cultura de la frontera; esa complejísima / singular / y muy paradójica periferia nacional e internacional. Pues según lo ha con-

siderado a su vez el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos, es justo ahí, en las fronteras, en donde es posible encontrarse con un "selectivo uso de la tradición, jerarquías débiles, estratificación móvil, diferentes políticas y diferentes derechos en conflicto o complementarios, capacidad de innovar, fluidez de relaciones, mezcla de extraños e íntimos, una mezcla entre inventar un lugar y heredar un lugar". Para decirlo en breve: libertad de creación e innovación.

Tal cual.

* * *

Una cultura, pues, que trasciende la pura y llana hibridación fronteriza: *de apropiaciones y expropiaciones, de condicionamientos y negociaciones* (Abril Trigo); pero, asimismo, y expresado en los términos de Ángel Rama, de selecciones y confrontaciones. Precisamente Oliver Debroise llamó a la cultura tijuanense una *cultura de apropiación.* En Tijuana, escribió el narrador y crítico de artes plásticas, se exacerba lo mexicano a la vez que se absorbe, se imita, se exagera y aun se parodia lo anglosajón. Tal vez porque la *actitud prevaleciente no es el rechazo ante lo extranjero, sino la interacción creativa* (Néstor García Canclini) y, siguiendo a Haroldo de Campos, podríamos referirla como una *apropiación transgresiva* o de *transcreación.* En una actitud que mucho tiene de canibalismo, real y simbólico, y que iría dando forma a una cultura incluyente; pues casi todo lo devora y lo asimila al tiempo que lo transforma y lo hace parecer otra cosa distinta. Nada finalmente parece ser lo que fue porque, a fin de cuentas, converge en una forma diferente.

Incluye lo mismo el repertorio de las manifestaciones de una cultura popular y de masas, que a las expresiones

artísticas y a la multiculturalidad fronteriza. Porque se vive no en una única sino en varias culturas a la vez, desde aquella de los recién llegados de cualquier punto, distante o cercano, la de los grupos de indígenas recién asentados, aquella otra de los antiguos residentes, sin omitir a los jóvenes nacidos en Tijuana o a los trabajadores transfronterizos. La plasticidad abarca a las distintas manifestaciones culturales que han ido apareciendo y, con ello, a las producciones artísticas en general. Y así, producto de la mixturación social, del aluvión inmigratorio y la diversidad multicultural, Tijuana devino con el tiempo en un importante escenario de relaciones y manifestaciones interculturales; las que desbordaron el borde y trascendieron incluso los condicionamientos nacionales de ambos lados de la frontera.

* * *

Así entendido el fenómeno cultural fronterizo nos aproxima a la idea de las regiones como *sitios de producción cultural* (Claudio Lomnitz-Adler) y nos hace recordar la conocida propuesta de Renato Rosaldo según la cual las fronteras no debieran *considerarse como zonas transicionales de análisis vacío, sino como sitios de producción cultural creativa que requiere de investigación.* Por lo que no habría que ver únicamente espacios de tránsito ni solo de mediación entre culturas diferentes, sino de verdaderos escenarios de producción cultural y artística. En términos más precisos, reconocer ahí espacios especialmente fértiles. Las condiciones de marginalidad y desterritorialización potencializaron la productividad de la frontera, y bien podemos asentarlo recurriendo a un indiscutible y paradójico oxímoron: Tijuana es ahora un periférico centro cultural, por cuanto finalmente

devino en una significativa e importante arena cultural. Como frontera y periferia a la vez, se sustrae del centro, se descentraliza al tiempo que crea su propia centralidad. Pareciera empeñada en irse desmarcando de las nociones de cultura e identidad nacionales para articular otras diferentes formas de identificación cultural e identitaria.

Y no solo porque en la frontera el centro es culturalmente más débil, sino debido al potencial altamente creativo que han ido asumiendo las fronteras. Aunque se insista en afirmar que las diferencias han desaparecido, y que "Ahora todo México se parece a Tijuana" (Federico Campbell) o que "Para bien y para mal, todo México es Tijuana y todo México se ha vuelto un país frontera, de Tijuana a Tapachula, de Matamoros a Acapulco" (Néstor García Canclini). Para concluir con Carlos Monsiváis, quien consideraba el cambio de la siguiente manera: "Nuevo lugar común: en México, la frontera con Estados Unidos se encuentra por doquier, y en materia de cultura y economía todos los mexicanos somos fronterizos". Como sea, creadora de nuevas y estimulantes formas culturales, Tijuana es todavía una ciudad emergente, y, según lo he creído, en proceso de ebullición.

Tijuana, en su condición de frontera, se asienta como locación inspiracional, como musa, como estudio y lugar que provee temas, materiales y estilos pero, sobre todo, como espacio geográfico y simbólico que permite articular las múltiples condiciones en las que se crea (Norma Iglesias). Pero no sería únicamente el *locus*, fermento o escenario lo que pudiera explicarnos la producción cultural y artística de Tijuana, o de cualquier otra ciudad. Es preciso comprender el surgimiento del movimiento cultural tijuanense, con todo lo que representa en cuanto a la consolidación de una infraestructura cultural y educativa. Pues la vitalidad de la vida cultu-

ral se explica por un notable desarrollo del campo cultural (producción, promoción, difusión, consumo de bienes y servicios culturales), la creación de formas simbólicas y la presencia de una comunidad intelectual y artística bastante activa. Al estudiar el desarrollo histórico de las políticas culturales implementadas en Tijuana, Cuauhtémoc Ochoa Tinoco explica que fue durante el periodo de 1980 al 2005 cuando ocurrió la consolidación del campo cultural tijuanense. Como consecuencia no sólo de la institucionalización de las políticas culturales, la creación y modernización de varias instituciones, sino debido a la presencia de los grupos de artistas e intelectuales locales, quienes hicieron posible un campo cultural que a partir de entonces resultará visible por su dinamismo.

* * *

Algo queda en claro: además de lo señalado, a Tijuana la apuntalan el crecimiento de una oferta cultural diversificada, aunado a la profesionalización de escritores y artistas, a la presencia de un público creciente, el fortalecimiento de la infraestructura cultural, y, de modo significativo, a la ampliación de la cobertura educativa, con universidades públicas y privadas en número importante; junto con la creación de varios programas y organismos que propiciaron el tránsito de la bohemia a las instituciones, de la improvisación a la especialización. Sobre todo, a partir de la década de los años ochenta en adelante, y sin lo cual resultaría imposible la existencia del campo cultural.

Durante los últimos años varios trabajos de investigación apuntan en esa precisa dirección: *Do It Yourself Art. Estudio de la producción artística y las redes sociales de cuatro grupos de artistas de Tijuana* (Claudia Verónica Sandoval López),

Les professions culturalle a Tijuana: la creation artistique autravaildans un laboratoire de la globalización (Aude Ghespiere), *Más allá de yonkes, fronteras, desechos, narcos y cuerpos femeninos: una aproximación antropológica a la producción artística de obras visuales en Tijuana* (1997-2007) (Paola Virginia Suárez Ávila) y *Políticas culturales en la frontera norte: el caso de la ciudad de Tijuana, Baja California, 1980-2000* (Cuauhtémoc Ochoa Tinoco). También los catálogos *Strange New World. Art and Design from Tijuana. Extraño nuevo mundo. Arte y diseño desde Tijuana* (2006), *Obra negra. Una aproximación a la construcción de la cultura visual de Tijuana* (2011) y *Los setenta. Un periodo trascendente de la plástica en Tijuana* (2018) (Roberto Rosique).

* * *

Y allí es, concluye Carlos Monsiváis, *donde intervienen los artistas, extrayendo la identidad de Tijuana del porvenir, tan necesario que debe ocurrir. Y el porvenir de la ciudad, su más allá inevitable, tiene que ver centralmente con el arte y la cultura.* De manera que sólo queda apuntar que *la meta (de los artistas) es, simplemente, transformar la extrañeza de Tijuana en arte* (Josh Tyrangiel). Pero transformar también y productivamente, podríamos añadirlo, el anonimato, el desarraigo, su condición de entidad periférica, la fronteridad…

Tijuanizar a Tijuana

En la actividad sémica, la frontera no constituye un simple límite por traspasar ni un obstáculo que superar, sino más bien el espacio intermedio de una traducción necesaria y, por ende, el elemento semiótico dinámico por excelencia.

Jan Edvin Christian Gustafsson
"La insoportable ambigüedad de la frontera"

Esta urbe es una especie de espejo de dos caras donde se proyectan las fantasías tanto del norte como del sur, es un territorio especular donde se pone en juego el eso residual de lo reprimido y que en mucho ha definido la construcción social, histórica y cultural de Tijuana.

José Luis Barrios

¿Cómo se construye(n) la(s) imagen(es) de una ciudad cualquiera? De múltiples y variadas formas, sin duda. Esto es: con palabras, recuerdos, innumerables experiencias, diversos mitos, toda clase de estereotipos y saberes, *metáforas de visibilidad* (Alain Mons), utopías individuales o colectivas, mapas cognitivos, imaginarios urbanos, recorridos y discursos, películas y canciones… y poco a poco. La moldean, la controlan, la configuran; hasta que finalmente consolidan una imagen que pocos podrían contradecir. Pero en el proceso termina imponiéndose a la ciudad que sirviera de motivo y sin la cual no podría llegar a comprenderse. Dentro del imaginario social avanza entonces una conjunción de realidades: lo anticipa o lo vuelve comprensible, pues vive alimentándose de la *enorme cantidad de inscripciones que la*(s) *cubren y la preceden* (Michel Butor). De ahí, en parte, la razón por la cual las ciudades turísticas son reconocibles aun antes de haberlas visitado. Aquello que el turista espera ver, ya lo conoce y encuentra en ella lo que desea encon-

trar. Evocar una ciudad es convocar sus imaginarios. Aunque obvio conviene recordarlo. Las ciudades también existen en el entramado de los discursos que terminó creando su representación. Imágenes que las mistifican o las deturparan, las representaciones tejen su sentido porque la *ciudad y sus representaciones se producen mutuamente* (Adrián Gorelik), y *entre otras cosas*, (porque) *toda ciudad es una proyección de los imaginarios sobre el espacio* (Bronislaw Baczko). La imagen evocada de mil y una maneras es el resultado de un proceso de creación simbólica; y la *ciudad alimenta imaginarios en los ciudadanos y en seres ajenos, relacionando realidades y fantasías, toma de conciencia de historia, sociedad, identidad y modos expresivos* (Luz Mary Giraldo). Razón por la cual suelen ser mucho más creíbles cuanto mayor resulta su capacidad de seducción y asombro. Ciudades producto de incontables relatos. Si bien, como en nuestro caso, *la ciudad real presiona sobre la ficción por su fuerza simbólica y su potencial de experiencia*(s). (Beatriz Sarlo).

• *La tijuanización de Tijuana*, por ejemplo. De una parte el sintagma alude al proceso que llevó a la construcción material de Tijuana y, de la otra, a su representación. Dos procesos en paralelo pero complementarios. Ambos presuponen la articulación de una Tijuana tijuanizada. O la ciudad que fue el resultado de un proceso de imaginación e imposición discursiva ya bastante asimilado. Y podríamos llamar tijuanismo a esa forma de construcción imaginaria, siguiendo con ello el notable trabajo de Edward W. Said en su explicación del orientalismo europeo. La trama pacientemente tejida con una notable variedad de imágenes, estereotipos y relatos al gusto, ha sido además pródiga en mitos. Pero cualquiera que sea la fórmula escogida el repaso debe explicar el creciente interés por tijuanizar a Tijuana, hacer de ella aquello que se quiso que fuera. Lo que lleva a

pensar, como se ha afirmado, en una suerte de simulacro: pues *no somos una ciudad: somos lo que se dice sobre una ciudad* (Heriberto Yépez). En realidad, Tijuana es también las construcciones simbólicas de / desde / sobre Tijuana.

La tijuanización de Tijuana resume, entre otros, el proceso de asignarle una identidad inconfundible (*v.gr.*: la leyenda negra); a ver en ella el rostro deteriorado y pobre de la ciudad contemporánea (*v.gr.*: el *kitsch* tijuanense); a considerarla el tropo de la condición posmoderna (*v.gr.*: la hibridación cultural); a pensarla en los términos de un singular estilo cultural y arquitectónico (*v.gr.*: el posmodernismo fronterizo) o, incluso, a imaginarla desprendida de los vínculos nacionales para conformar una posible tercera nación (*v.gr.*: el país-frontera o el tercer país, que para el caso es lo mismo). Con esas y otras representaciones socioculturales (sociogramas) se articuló el entramado de las proyecciones imaginarias sobre Tijuana. Un nutrido haz de tropos que todavía hoy pugnan por mantener el monopolio de su nominación.

• *The Sin City* o cuál es la percepción dominante de Tijuana. El primer sociograma (Claude Duchet) alude a la llamada 'leyenda negra' de Tijuana, a la ciudad del vicio y la inmoralidad. Un espacio lúdico-hedonístico (*Border Babylon*) vigente durante los años veinte y treinta, y todavía después, durante los cuarenta y cincuenta. Con el tiempo la historia se convirtió en relato legendario, la leyenda devino en mito y el mito dio paso al símbolo cuando finalmente hubo de trascender la realidad que le diera origen, reforzado más tarde por la violencia y la inseguridad social. Un símbolo abierto a la proliferación de nuevas e imprevistas interpretaciones.

Gestada y promovida desde California –por Hollywood, los gánsters, los periódicos, los turistas norteamericanos–,

la imagen tiene su propia historia. Y su genealogía permite reconocer los prejuicios de una sociedad moralista (e hipócrita). Porque en lo básico la leyenda negra corresponde a una proyección de la *mirada imperial* (Mary Louise Pratt), exotópica y disciplinaria; la que hiciera de Tijuana la víctima propiciatoria para conjurar los fantasmas de la histeria puritana. Encubre la violencia de la representación simbólica y fijó su percepción social, pues *todo poder es toponímico e instaura su orden de lugares al nombrar*(los) (Michael de Certeau). La llamada Meca del vicio, la Babilonia, la Sodoma, la bestia negra, *the hellish mexican town* (Hernán de la Roca, seudónimo de Fernando del Corral Gaussad), el *night club* de la frontera (Tim Girven)… devino a la postre en la némesis de San Diego y Los Ángeles. Y aunque se han ido multiplicando los relatos que desmitifican la imagen pública de Tijuana y la frontera (Edgar Cota-Torres), *la adscripción identitaria negativa de Tijuana* (Luis Ongay) sigue todavía vigente.

• *Hybrid Happening* o la tijuanización de la americanización. Aplicado a la cultura el tropo expresa la presencia de *diversas mezclas interculturales* [...] *entre lo tradicional y lo moderno, lo popular y culto, lo subalterno y lo hegemónico* (Néstor García Canclini). Pero el optimismo celebratorio de la hibridación hizo ver en Tijuana un lugar exótico, ejemplo de las fusiones interculturales. Si en un primer momento "Tijuana se me volvió una ciudad obscenamente híbrida, fascinantemente híbrida", el tiempo llevaría luego a Néstor García Canclini, su principal promotor, a reconocer que "Tijuana no es, como escribí en *Culturas híbridas*, un laboratorio de la posmodernidad sino quizá un laboratorio de la desintegración social y política de México como consecuencia de una ingobernabilidad cultivada". A su vez y en otro contexto escribió Bolívar Echeverría: "Si existe

entonces una peculiaridad de la cultura latinoamericana, ella se debe, en mi opinión, formalmente, a la estrategia del mestizaje".

Para sus partidarios el mestizaje o la hibridación es un proceso en apariencia sencillo: la mezcla o fusión de la cultura X con la cultura Y. Esto es, pasar de la fórmula *cultura / cultura* a la fórmula *cultura + cultura* (Ulf Hannerz), pero que en realidad no resuelve mucho. Es preciso reconocer que no es una suma aritmética de 'esto más aquello igual a esto otro' (X + Y = Z), sino algo más parecido a la ecuación *cultura* ± *cultura* o X± Y = Z (cultura X más menos cultura Y igual a cultura Z). Con otras palabras, un proceso transculturador de pérdidas y ganancias, en el cual la selección opera tanto sobre la cultura ajena como sobre la propia (Ángel Rama). Pues no existe una hibridación inexorable, sino receptores que actúan siempre de manera selectiva. La cultura fronteriza no es sólo el hibridismo, la fusión intercultural, sino la coexistencia y fricción de varias culturas y sus referentes. Incluso porque este *lugar específico de hibridación y lucha, vigilancia y transgresión*, como apunta James Clifford, no sería más híbrido que otros. También porque la noción de hibridismo cultural, y su hegeliana síntesis, exuda un aire de mezcla feliz, ocultando el carácter conflictivo y desigual de las relaciones interculturales. De ahí que *convertir la hibridez latinoamericana en la exitosa fórmula de un collage de fragmentos donde se yuxtaponen lo premoderno, lo moderno y lo posmoderno, para completar así la imagen de heterogeneidad transcultural que estimula la diversidad del consumo*, advierte Nelly Richard, *borraría la dimensión de conflicto y pugna que oponen ciertas identidades o memorias histórico-sociales a la síntesis falsamente integradora de la globalización capitalista.* Pugna, choque, confrontación, son factores dejados de lado, los que en su "teoría del conflicto"

(Mabel Moraña), Antonio Cornejo Polar consideró fundamentales para comprender una heterogeneidad contradictoria. Y Tijuana lo es. Todo en un singular precipitado que no es solo de agregación ni de una armónica conjunción, sino de una conflictiva y tensa relación entre culturas. Lo mismo ocurren asimilaciones que deculturaciones, refuncionalizaciones que reterritorializaciones.

Aunque, desde otra perspectiva, la frontera *no se define por sus fusiones sino por sus fisiones. No por sus hibridaciones sino por sus des-encuentros. El fenómeno central de esta frontera amurallada es la asimetría, la desigualdad, la resistencia, no la hibridación* (Heriberto Yépez). En realidad se va de un extremo a otro, cambiando un término por otro: de la fusión a las fricciones, de la amalgama a los conflictos, pero sin acabar de reconocer la heterogeneidad ni las tensiones culturales que en ella subsisten. Es una frontera intercultural, de transducciones, resultado de ese movimiento de la mexicanización de la americanización, y que al decir de Carlos Monsiváis corresponde al proceso mediante el cual se *toma lo que se considera indispensable y lo que impone la moda, y de inmediato los procesos de la asimilación intervienen. Así se produce lo que, sin reservas, podría llamarse "la mexicanización de la americanización", algo muy distinto al acto de "desnacionalización". Se es muy nacionalista pero de dos países simultáneamente, de manera desigual y combinada.* Tijuana tijuaniza la modernidad norteamericana, y lo hace modificando sus efectos, en un sentido que no es de total oposición ni de mera aceptación, pues no ha sido ni unilateral ni mecánica.

• *La insoportable ambigüedad de las fronteras* o la frontera filtro. La frase, de Jan Edvin Christian Gustafsson, recuerda el título de la novela *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera. Ambigüedad que no es aquella para quienes los espacios transnacionales ya habrían borrado la frontera

común entre México y Estados Unidos, pero reconoce en la frontera un mecanismo traductor, y en ese sentido una semiofrontera –concepto derivado de la *semiosfera* cultural de Iuri M. Lotman– o un espacio de constante traducción de signos y significados. Prueba que el intercambio no es una transposición directa y ni siquiera unilateral, pues *no hay tal cosa como la americanización a secas* (Carlos Monsiváis), sino un proceso de ida y vuelta, de transformación y cambios. Como lo ilustrara el "Caballo de Troya", la emblemática escultura de Marcos Ramírez ("Erre") que estuvo instalada en las inmediaciones de la garita internacional: un caballo de madera con dos cabezas, una mirando hacia México y la otra hacia Estados Unidos. Su presencia escenificaba el intercambio multidireccional.

Visto así, el intercambio no sería solo una cuestión de hibridaciones o una fusión de elementos. Explicar la interacción cultural fronteriza en su vasta y rica complejidad, supone reconocer sobre todo los procesos de selección, adaptación y traducción. Ni solo mezcla, fricción e hibridación, sino principalmente transducción y adaptación. En el entendido de que la frontera semiótica *es un mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiosfera y a la inversa* (Iuri M. Lotman). La acción mediadora de la frontera al actuar como filtro opera en realidad como un verdadero dispositivo que traduce y procesa los componentes de una cultura. Es preciso, sin embargo, relativizar la importancia de la frontera como muro de contención para considerar la dinámica entre ambos lados, pues del histórico "lugar vacío" y la trinchera cultural hemos arribado a un territorio social extendido a ambos lados.

Si la frontera México-Estados Unidos recuerda una fisura abierta, o la herida que no acaba de cicatrizar, la brecha

no sólo no se disipa sino que se amplía para dar paso a la creación de un espacio distinto a sus respectivas naciones. En parte debido a que las fronteras rehúyen el centro, *se desmarcan del país al que pertenecen* (Juan Villoro) y escapan para erigir su propia centralidad. No ya la "tierra de nadie" ni el vacío protector de antaño (José Vasconcelos), sino una amplia zona como resultado de lo que sería una *frontera puntiforme* (Paolo Cuttitta). Por contraste con las fronteras rígidas, la frontera desbordada pone de relieve una compleja trama de vínculos, flujos y redes que sobrepasan la frontera política y configuran así un espacio social transfronterizo. El continuum sociocultural trasciende los límites nacionales, pues *sólo en atención a la hipótesis de trabajo es posible escindir la frontera y hablar de un lado mexicano y un lado norteamericano* (Carlos Monsiváis).

Es lo que con matices y enfoques diferenciados se ha dado en llamar *Mexamerica* (Lester Langley D.), *Amermexico* (Gerardo Cornejo Murrieta), *ecotono* (Sergio Gómez Montero), *borderland* (Robert L. Álvarez), *interdependent borderlands* (Oscar J. Martínez), *Borderland* (Gloria Anzaldúa), *país-frontera* (José Manuel Valenzuela Arce), *tercera nación* (Antonio Navalón), *república de enmedio* (Luis Humberto Crosthwaite), *biborderland* (Manuel de Jesús Hernández-G.), *et al.* Una *zona de contacto* (Mary Louise Pratt) o de interacciones que se superponen y entretejen en una intrincada telaraña de relaciones; las que trascienden los límites nacionales para crear nuevas territorialidades. El desborde transfronterizo devino en *frontería* (Hugo Achugar).

También la crítica literaria ha creído reconocer en la obra narrativa de Luis Humberto Crosthwaite la conciencia de un nuevo espacio: *Su subconsciente le dice que se está formando, a lo largo de estos casi siete mil kilómetros, un nuevo país* (L. Howard Quackenbusch). Es esa la opinión de vari-

os pe- riodistas para quienes *la frontera no es simplemente estadou- nidense de un lado y mexicana del otro. Es un tercer país con su propia identidad. Acata sus propias leyes y genera sus propios transgresores* (Tom Miller). Pero quizá lo más significativo es que en unos cuantos años en la frontera mexicana *ocu- rrió una inversión, y de ser una zona estigmatizada y margi- nada ahora es el modelo* (Eduardo Barrera Herrera) nacional a seguir. Pasó de ser el espacio de la temida norteamericanización a ser un *espacio de identidad* (Manuel Cevallos) posible. Y así, de la región que fuera símbolo de la desnacionalización, hemos pasado a la ciudad concebida como modelo de pluralidad y tolerancia culturales.

• *PostTijuana* o la desfrontrización de la frontera. Fue Lawrence A. Herzog quien en la década de los ochenta propuso la idea de una "metrópolis transfronteriza", referida a las ciudades fronterizas de ambos lados. Aunque el concepto no pasó de describir las relaciones entre ciudades aledañas con una fuerte interacción, en años más recientes Michael Dear y Gustavo Leclerc consignaron la condición post-fronteriza para identificar lo que, a su vez, denominarían como la región *BajaAlta California*. O sea, una megaciudad a horcajadas sobre la línea internacional y de proporciones colosales: Tijuana, Tecate, Rosarito, Ensenada, San Diego, Los Ángeles, Santa Barbara, el Inland Empire, Palm Spring, *et al.* Consideraron una ciudad-región con más menos "20 millones de habitantes... bisectada por una frontera internacional... una sola aglomeración integrada... de los Ángeles hasta Ensenada, pasando por San Diego y Tijuana, 350 kilómetros" (Héctor Lucero). En resumen, una metrópoli transnacional o transfronteriza. Por supuesto, lo que importa no es el tamaño ni la cantidad de habitantes, aunque hay algo de eso.

Contraviniendo tales opiniones, Tito Alegría ha puntualizado que la adyacencia geográfica entre ciudades inmediatas no implica necesariamente la integración en una metrópolis transfronteriza (*juntos pero no revueltos*). Adyacentes sí, explica, pero dadas las diferencias y las asimetrías que presentan, *no hay unidad estructural, no hay convergencia, no hay destino urbano común. La "metrópoli transfronteriza" sólo existirá cuando disminuyan las diferencias estructurales entre ambos países.* El debilitamiento de las fronteras como consecuencia de los flujos comerciales entre ciudades intercomunicadas no lleva a obliterar las desigualdades entre ambos lados, haciendo aparecer una igualdad que no existe. Por el contrario, hay que subrayar las diferencias (Hugo Achugar) para comprender lo que sucede entre ambos lados de la frontera común.

• *¿Nuestra ciudad dividida?* Tijuana y San Diego no integran una metrópoli transfronteriza, por más que el trasiego sea notoriamente intenso. Ciudades adyacentes o contiguas, pero en sí diferentes y muy desiguales en casi todo. Pero como quiera que se considere su integración difícilmente podrían demostrarse con afirmaciones como la siguiente, y no es ningún ejemplo aislado:

> *Tijuana y San Diego son una sola ciudad que, como Berlín, se dividió por accidentes y designios del destino.*
>
> *Tijuana y San Diego son la misma ciudad, la ciudad i, el punto que une al primer y tercer mundos. La frontera se impone como un vórtex dimensional tragándose a los viajeros sin papeles.*
>
> *Tijuana es la ciudad del pasado, subdesarrollada, prototipo del punk rock y el desmadre, la ciudad anárquica. Y San Diego es la ciudad afortunada, con un poco de estilo, con la tecnología para el rave (fiesta con música electrónica).*

Juntas forman la i, nuestra ciudad dividida (*Metro-Pop*, Fran Ilich).

La tijuanización de Tijuana no es pues la imagen de cómo se percibe a sí misma, sino la imagen de cómo la ven y la valoran los demás. Imágenes que a menudo hablan más de sus promotores. Es el efecto de la "sobrecarga semántica", del exceso de sentido que comporta Tijuana (Frauke Gewecke) y que hiciera de ella una realidad excepcional, ejemplo paradigmático de ambigüedades y paradojas. Toda vez que *Tijuana, más que una ciudad, se ha convertido en un concepto. En todo el mundo, esta palabra evoca imágenes diversas* (Luis Humberto Crosthwaite) y, desde luego, contrastantes.

El otro nombre de Tijuana

Una ciudad que todavía hoy navega en una disyuntiva: civilización o barbarie.

Carlos Fabián Sarabia
Las muchachas sólo querían divertirse

¿Colocada en la encrucijada, entre un extremo y otro? Tal vez; pero a condición de reconocer, con José Joaquín Brünner, que *la modernidad ha dejado de ser una elección* (para convertirse en) *un hecho de la época, contradictoriamente asumido.* La que hoy viene de la mano del capitalismo globalizado, con todo lo que significa para sociedades en el duro trance entre la premodernidad y la posmodernidad. Por eso mismo literal, y no tan imaginariamente, des*mother*na. No antimoderna, sino des*mother*na, lo que siempre será algo distinto. La antimodernidad expresa el rechazo a la vida moderna, mientras que el neologismo (que coloquial y simultáneamente se refiere a desmadre, des*mother* y desmodernidad) reconoce incluso una forma particular de ser posmodernos. Más que un ingenioso juego lingüístico es –quiere ser– la categoría o la metáfora –extendida, proliferante– que mejor exprese la condición social que hiciera de Tijuana el territorio de la desidia, del relajo y de la desmodernización, pero primordialmente de la des*mother*nidad. También el escenario de una febril, creativa e intensa dinámica social. El fenómeno apenas enunciado presenta por ello diferentes aspectos pero complementarios. Ya se verá de qué singular manera.

* * *

Desmothernidad es término de uso todavía reciente. Lo acuñó el antropólogo mexicano Roger Bartra a mediados de los ochenta; inicialmente en inglés: *dismothernism*. Y admite cuando menos tres diferentes interpretaciones: primero, como reconocimiento del desorden social, de la falta de planificación, del relajo, de…, en fin, del desmadre mexicano; y, segunda posibilidad, como resistencia imaginativa frente a los cambios debidos a la modernización y como una crítica irónica a la misma posmodernidad. La que él prefiere llamar desmodernidad. En ambos casos la intención es, según creo, convincente: subrayar que en México más que en la modernidad vivimos en su cuestionamiento; que es como decir en la intrincada como indisoluble combinación entre desmodernidad, posmodernidad y desmadre. Lauro Zavala considera que la desmodernidad representa tercera posibilidad, *una estrategia sui generis de deconstrucción de la modernidad, desde un lugar de resistencia frente a los procesos de modernización neoliberal.* Tres lecturas que si no se contradicen sí se complementan en lo que hace a la conceptualización de una modernidad puesta entre paréntesis. Pongamos ejemplos.

Uno. Claudio Lomnitz-Adler dirá que los mexicanos vivimos en una suerte de *modernidad indiana*, que es decir en una modernidad limitada, con momentos y situaciones claramente modernas, pero entreverados con otros que no lo son tanto. La misma nación / argumenta / actúa como una suerte de mediador ideológico en cuanto a la aplicación parcial y selectiva de la modernidad, combinando para ello políticas híbridas que modernizan y desmodernizan a la vez. De manera que vivimos entre los estragos del franco desmadre y la aspiración a una modernidad que no se acaba de materializar. En realidad, en una nueva fase de la desmodernidad mexicana, reconocible durante los últimos

cuarenta o cincuenta años. Para demostrarlo recuerda que entre los años setenta y ochenta el término "naco" (aféresis de totonaco) aludía al indio o al campesino presuntamente inculto y patán, pero que cambió de sentido y pasó a designar al naco urbano. En su conducta creyó reconocer una estética típica urbanizada: el *kitsch*, pero que ya no aparece limitado a una clase o sector social en particular. De suerte que *el kitsch del naco incorpora aspiraciones al progreso y a la cultura material de lo moderno de manera imperfecta y parcial.* Denota por ello, hibridez, bricolaje, mal gusto, y una evidente falta de autenticidad en todo cuanto hace a la vida moderna. El *kitsch* del naco urbano, verbigracia, sería nuestra contradictoria e incompleta modernidad mexicana.

Otro. Debemos a Sergio Zermeño una persistente denuncia en cuanto al efecto disolvente de la desmodernización y sus secuelas; la describe como una tendencia contraria o contrapuesta a la modernidad misma. La modernización buscada con el Tratado de Libre Comercio / precisa / actuó en realidad como un poderosísimo disolvente en contra de la incipiente modernidad mexicana; por lo que *estamos viviendo, crecientemente, en escenarios en donde han sido completamente debilitados las fuerzas, clases y actores de la modernidad.* Entre otras consecuencias, propició la destrucción de los principales actores de la sociedad civil. El brutal impacto desmodernizador de una economía abierta trajo consigo la regresión, la descomposición, y, con todo ello, la desarticulación del tejido social existente. México no ingresó al primer mundo, pero el proceso de "modernización" –entendido como progreso lineal, como apertura siempre creciente– dio paso al desmantelamiento e involución del aparato productivo, a la desarticulación de las redes sociales. Como quiera que se considere, los efectos fueron desastrosos: *regresión demográfica, urbanización salvaje, pau-*

perización ecológica. La desmodernidad resultó el desmadre auspiciado, la desarticulación y el desmantelamiento de las fuerzas de la sociedad mexicana.

Igual o idéntico interés encontramos en otros pensadores para explicar el sentido de esa manera de ser modernos o, mejor, des*mother*nos. Guillermo Gómez-Peña recurre al término *desmadredad* pero es menos apropiado y poco productivo en su capacidad explicativa; y Jean Franco al de *de-modernidad*, que se ajusta más a la idea de un proceso social de des*mother*nización aunque también resulta insuficiente. La des*mother*nidad resume tanto la ingente pérdida de elementos como la selección, el redescubrimiento y aun las diversas estrategias de resistencia, creatividad e innovación cultural. Es obvio que en este punto estoy pensando en Ángel Rama y su concepto de transculturación. Categoría con la cual el crítico uruguayo, retomándola del antropólogo cubano Fernando Ortiz, explicaba los resultados de la interacción creativa entre lo moderno europeo y la narrativa tradicional latinoamericana. No sin serias críticas, hoy hace parte del arsenal latinoamericano para subrayar la energía transformadora, las respuestas a los discursos hegemónicos y a los efectos del impulso modernizador reconocible en zonas de una fuerte interacción cultural. Ciertamente útil pero ya insuficiente, dada la creciente y fluida relación intercultural y que la globalización está volviendo obsoleto de modo acelerado (Mabel Moraña).

* * *

Un necesario paréntesis. "¿Qué ocurría en aquellas áreas fuera de Occidente donde (…) no se produjo la modernización?", se pregunta y responde en seguida Marshall Berman en su clásico libro *Todo lo sólido se desvanece en el*

aire: "Es evidente que los significados de la modernidad tendrían que ser allí más complejos, escurridizos y paradójicos". A esa modernidad, del siglo XIX y referida al caso de San Petersburgo, la llamó "el modernismo del subdesarrollo", haciendo hincapié en que ser modernos en tales lugares era vivir una vida plagada de paradojas y contradicciones. Por lo que vale subrayar el adverbio y los correspondientes adjetivos para resaltar aquello que la des*mother*nidad de Tijuana también intensifica, pero de manera mucho más notable todavía; es decir, con significados mucho *más complejos, escurridizos y paradójicos*. Y tanto más dramáticos cuanto mayor resulta el contraste con San Diego o Los Ángeles, ciudades en las cuales la homogeneidad es más visible.

* * *

Como quiera que sea, y no será difícil demostrarlo, si la idea de la modernización aparece asociada con las nociones de progreso material, planeación y desarrollo progresivo, la desmodernidad es, en cambio, el fruto de una sociedad que pareciera auspiciar los rezagos. Pero esto es una mínima parte de lo que en realidad sucede. En sentido estricto alude a los cambios derivados de la modernidad misma; aquella que en los países periféricos exhibe las huellas de lo insuficiente e inacabado, aunque también lo diferente, novedoso e innovador. Por lo que debiéramos pensar la modernidad en las circunstancias mismas que propusiera Mary Louise Pratt, esto es, teniendo presente los procesos puestos en marcha por la acción difusionista de la modernidad y no solo desde las categorías relativas al atraso, el desfase o lo premoderno. En particular para dar cuenta de una modernidad *otra*, propia de formaciones sociales heterogéneas, las que siguieron un proceso de moder-

nización si no alterno, sí diferente. Para algunos una suerte de contramodernidad.

Conviene recordar que si lo antimoderno representa el rechazo a las tendencias modernizadoras, su tácita negación, la contramodernidad, en las reflexiones de José Guillermo Nugent (*El laberinto de la choledad*) significa *la asimilación de la cultura material moderna pero dotada de una interpretación social, directamente contrapuesta más que indiferente.* En otras palabras, que *la recepción del discurso moderno,* y no únicamente en Perú, significó una *arcaización cultural prácticamente ilimitada.* Podemos decir que fue la implantación de la modernidad la que fomentó las distintas formas de regresión social, con efectos contrarios a la misma idea de irse modernizando. De manera que más allá de la exclusión del proceso modernizador, la contramodernidad sería el resultado de la forma cómo la experiencia moderna fue asumida y cómo, por consiguiente, la sociedad habría resentido sus efectos. Tal es también el sentido de lo expresado por Roberto Schwarz en su bien conocido ensayo "Ideas fuera de lugar", donde el pensador brasileño señala que la incorporación de elementos foráneos produjo no precisamente la modernización, sino la presencia de prácticas contrarias o contrapuestas: los liberales que en el siglo diecinueve pregonaban la democracia seguían siendo también esclavistas. La modernidad habría devenido en una fuerza que reforzaba o que mantenía antiguas prácticas sociales.

Dos ejemplos más permiten apuntalar lo escrito. El primero es general, y tiene que ver con una modernidad sin modernización; reconocible en un orden social con varios y notables contrastes, modernos unos y otros que no lo son tanto, pero que hicieron de Tijuana un espacio marcado por la irregularidad y el caos. El segundo es más preciso

todavía y, según creo, ilustra bien los efectos regresivos de una modernización que, *sensu stricto*, no ha sido tal, quiero decir, moderna. Las maquiladoras pueden ser (y son) empresas con tecnología intermedia, capital extranjero e instaladas en edificaciones consideradas provisionales, pero su presencia no ha propiciado la modernización declarada sino la precariedad laboral. La tecnología empleada, p.e., ni es mexicana ni abona mucho a la industrialización de la región; y en materia de derechos laborales, representan un notable retroceso social al mantener en la indefensión a los trabajadores, pues son apenas los portadores de una rica mano de obra barata, dócil y desechable. En todas *persisten condiciones de trabajo precarias, los salarios apenas permiten satisfacer las necesidades mínimas para sobrevivir, la relación laboral es muy inestable y las trabajadoras cuentan con pocas garantías legales para mejorar sus condiciones laborales* (Marlene Solís).

* * *

En Tijuana / conviene repetirlo / la modernidad ni se consolida ni se rechaza; pervive equidistante lo mismo de la tradición que de la modernización moderna. Avanza acomodándose penosamente a las circunstancias, pero sin acabar de asentarse. Razón por la cual no podría comprenderse partiendo de las categorías convencionales de asimilación y subdesarrollo o tan siquiera de un simple retraso. Tentativamente es posible identificarla recurriendo a la noción de Marshall Berman como "el modernismo del subdesarrollo", pero es preferible recurrir a un tropo mucho más gráfico para poder describirla: des*mother*nidad. ¿Pero qué es o podría entenderse como la des*mother*nidad social y urbana de Tijuana? El término alude a una moderni-

dad salvaje, desarticulada, en buena medida contramoderna y, por lo que ya se advierte, hecha a contrapelo, con una modernización de bajo perfil en lo tocante al desarrollo; restringida por lo que hace a los cambios introducidos en la vida contemporánea. Promotora de la precarización, del desorden generalizado, del deterioro ambiental... Aunque definida así no se explica sino en mínima parte.

Particularizando diremos que es más el producto mixto de una tendencia hacia la desurbanización continua, al deterioro de la obra pública apenas al día siguiente de su inauguración (Crucero 5 y 10, Sistema Integral de Transporte de Tijuana, Nodo 20 de noviembre) o de las múltiples adecuaciones que terminaran cambiando el rostro y el sentido de las casas de interés social recién estrenadas. Ejemplos del relajo que contradice la idea misma del progreso racional. O sea, una modernidad relajienta, contradictoria, en la cual priva el reforzamiento de antiguas prácticas antimodernas. Y por lo mismo, una modernidad entreverada con la anarquía, la informalidad, la aglomeración y el derroche. Se halla en todas partes e impregna la vida cotidiana en sus diversas manifestaciones sociales. Visible en la ausencia de una cultura de previsión social, en el sobrado desorden o en las inercias que impiden una regulación urbana estricta y facilitan en cambio el crecimiento errático. Una (des)modernidad otra, periférica, porque en ella cohabitan heterogénea y conflictivamente elementos de lo moderno, lo premoderno y aun de lo posmoderno. Tijuana no se moderniza, pues tiende / incontenible / hacia esa suerte de paradójica modernidad sin modernización.

Resultado también de la tensa relación entre modernidad y modernización, y que podría explicarse –es la tesis de Roger Bartra– porque existe asimismo un exceso de modernidad, pero flotando precariamente sobre un mar de premoderni-

dades, miserias y rezagos. Aunque hablar de un exceso de modernidad siempre resultará relativo, lo cierto es que en Tijuana el desajuste entre modernidad cultural y modernización social, enfatiza sobre todo la participación segmentada en los procesos de modernización y posmo- dernidad. Des*mother*na entonces porque representa una modernidad que sin ser totalmente premoderna tampoco resulta moderna.

Pero si *la frontera crea ciudades como Tijuana, Ciudad Juárez, Nogales y Brownsville* (Carlos G. Vélez–Ibáñez) será finalmente la des*mother*nización la que hiciera de Tijuana la realidad que hoy creemos conocer. Las muestras se prodigan en demasía:

- modernidad desprolija por cuanto contradice los requisitos básicos de orden, claridad, seguridad y limpieza que la ciudad moderna conlleva. Atraviesa todos los pliegues del entorno urbano y hace de ella la ostentosa irregularidad de un enloquecido paisaje de calles sin disciplina, hostiles a la perspectiva y la simetría, de eclécticas casas sin estilo y una bizarra belleza;
- contrahechura o "muestrario de estilos abyectos" (Gonzalo Celorio) que acrecientan, por simple metástasis, la monstruosidad del conglomerado citadino;
- degradación sistemática en la calidad de la vida colectiva y la significativa disminución de los espacios públicos (plazas, parques);
- uso depredador del suelo para fines estrictamente privados que reduce las posibilidades de la vida comunitaria e incrementa el aislamiento social;
- desestimulación del transporte colectivo en beneficio del uso privado del automóvil, con las previsibles consecuencias en saturación de avenidas y la contaminación ambiental;

- insalubridad incontenible en calles con equipamiento urbano insuficiente, sin alcantarillado ni banquetas adecuadas;
- urbanización depredatoria y etnocida (grave) por cuanto restringe las áreas verdes, limita considerablemente los espacios públicos y reduce los equipamientos deportivos;
- comedero público festonado de incontables puestos callejeros de comida y sin consideración alguna por las mínimas normas de salubridad e higiene;
- informalidad económica como oferta mercantil disponible entre banquetas, paradas de autobuses y cruces vehiculares;
- transporte público ineficiente, excesivamente contaminante y muy costoso;
- paisaje erizado de antenas parabólicas y cables de televisión con decenas de canales a disposición de los suscriptores del servicio, pero en viviendas que no siempre disponen de los servicios urbanos elementales ni las construcciones cuentan con los mejores materiales;
- mezcla desigual y combinada de la pobreza económica, la desidia gubernamental y las tecnologías más modernas;
- ciudad estrangulada por la falta de vías de circulación y un parque vehicular en continuo aumento;
- violencia por razones relacionadas con el tráfico de drogas que desde hace varios lustros se enseñorea y llevó a decir que en *Tijuana también hay monarquía y la Reina se llama Violencia* (Cristina Rivera Garza);
- apatía ciudadana reflejada en la escasa participación en los procesos de elección pública y de gobierno, en la escasa militancia de los partidos políticos y en la membresía de los sindicatos;

- "escaso interés por las cosas comunes, las de interés público que requieren del sentido de ciudadanía que conecta con el sentido cívico y la cultura de la legalidad" (Vicente Sánchez);
- desintegración social auspiciada por la inseguridad creciente y la incapacidad de las autoridades de todos los niveles de gobierno;
- Etcétera.

En resumen, *el caos, el no-estilo* (Sebastián Salazar Bondy), el feroz desorden. La ciudad que simultáneamente se va haciendo y rehaciendo con salvaje prisa. Según creo, la des*mother*nidad sería la forma más visible de su expresión material, hasta el punto que se pudiera decir que el relajo corresponde al otro nombre de Tijuana. Podríamos decir, también, que es consustancial a ella debido a lo que históricamente ha sido para Tijuana el desorden, el desbarajuste y las disonancias de toda clase. Aunque, como es obvio, tiene raíces que vienen de tiempo atrás, desde antes de la posmodernidad y la globalización económica. Anterior incluso al neoliberalismo depredador que exacerbó las contradicciones y acabó dibujando su perfil más ostensible. Para decirlo pronto: Tijuana encarna la cruel paradoja de una ciudad enredada en el perene desmadre y las aspiraciones de una modernidad que no se ha dado a cabalidad. Se trata de una ciudad desmadrada, maltrecha o disforme y, antes que otra cosa, desurbanizada en buena parte.

* * *

Planteada así la des*mother*nidad parecería más cercana a la *involución urbana* (Mark Davies) o a la pauperización cre-

ciente. Pero es asimismo vitalidad social que –lo hemos reiterado– implica creatividad, efervescencia cultural y artística. Como sucede en el relajo social –el otro nombre de la entropía, la descomposición o la disfuncionalidad–, la des*mother*nidad libera fuerzas que dan libre curso a la improvisación creativa. Porque el relajo expresa, pero también redime a Tijuana. Por ejemplo: Si la calle es el símbolo de la modernidad urbana, las calles de Tijuana rebosan dinamismo, intensidad frenética, inusitado vértigo, multiples sorpresas. Parafraseando la conocida tesis de Jane Jakobs podríamos afirmar que bajo el desorden de sus calles bulle un (des)orden maravillosamente rico, exuberante y explosivo a la vez. Surge de la confusión y los muchos excesos de una ciudad intensa y rebosante de vida (y dramáticamente también de muerte). Pero no es del todo un sinónimo más del caos o del desorden incontrolado ni lo contrario de la organización, sino el resultado de las distintas modernidades en pugna. Así, lejos de las jerarquías o los esquemas del buen gusto y la uniformidad de las ciudades genéricas, Tijuana instaura un orden alterno, mucho menos rígido y más heterodoxo.

Pensada de esta manera la des*mother*nidad no sería únicamente desorganización o solo relajo, por cuanto a su manera engloba una serie de circunstancias culturales y materiales que, en principio, desmienten las nociones tradicionales de orden y progreso; reafirma la vitalidad de sus calles abigarradas y de sensaciones intensas. Es por ello algarabía, revoltura, desparpajo, pero sobre todo irreverencia, síntomas de una irrefrenable creatividad cultural y urbana. Con otras palabras: el caos en ebullición, el reciclaje productivo, el vigoroso marasmo, el feroz y exuberante bullicio, la acumulación caótica de lo dispar, la diglosia cultural... Todo lo contrario de las ciudades homogéneas. Recordan-

do a Carlos Monsiváis, diríamos que son los "poderes vivificantes" y creativos de la des*mother*nidad en juego. Y habría que convenir en que, viva y vibrante, la des*mother*nidad tiene entonces su lado positivo, diríamos que hasta resulta carnavalesca de tan expresiva. La abigarrada vitalidad de Tijuana es lo que mejor parece describirla.

Quizá porque volvió simultáneo lo sucesivo y tiene en efecto mucho de un caos herético, Tijuana resultó finalmente el tropo del desorden; pero también y por las mismas razones de la improvisación. Y puesto que en la des*mother*nidad todo se vale, pues todo se asimila en esa suerte de inconfundible *caos lúdico posmoderno* que advirtiera Eloy Méndez Sáinz al estudiar la arquitectura de Tijuana, la des*mother*nidad suple las carencias y compensa con creces la falta de oportunidades. Una reacción defensiva frente a los embates de una modernización agresiva. Así, el carácter abigarrado y contradictorio de Tijuana lleva incluso a pensar en la posibilidad de un ethos barroco, pero resultado del desencuentro entre lo moderno y lo premoderno. En una suerte de modernidad neobarroca y de fusiones conflictivas.

* * *

Llegados finalmente a este punto de errabundas apreciaciones, quizá debamos concluir afirmando que la *modernidad realmente existente* de Tijuana es precisamente la des*mother*nidad. Por lo que no tiene demasiado sentido pensarla como una modernidad parcial o fallida. Latamente entendida remite al desmadre, pero significativamente siempre será mucho más que la pura desorganización. La des*mother*nidad tijuanense no es solo desmodernización ni solo sinónimo de involución. Corresponde a la densa tra-

ma de *simultaneidades contradictorias que coexisten tensamente* (Mabel Moraña) en su interior. Así, en una definición puramente operativa, entiendo por des*mother*nidad la mixturación de modernidades que sin diluirse conforman la simultaneidad de lo no simultáneo. Esto es, una realidad cultural y urbana caracterizada por el entreveramiento de diversas temporalidades y no precisamente sintetizables ni sedimentadas.

Puntualicemos. Si en poco menos de un siglo en el orden de lo simbólico Tijuana pasó de ser como Babilonia a ser simplemente Babel y, en fechas más recientes, en el terreno del desarrollo material Tijuana transitó del sueño de un orden moderno –aquél del plano fundacional como planificación ordenada y un dispositivo para conjurar la incertidumbre– a la premodernidad y al caos posmoderno. Devino así en el tropo de la des*mother*nidad. En apretada síntesis, la compleja articulación de premodernidad ± modernidad ± modernización ± desmodernización ± contramodernidad igual a des*mother*nidad. Conmixtión no del todo sincrética ni dialéctica sino un delirante aleph urbano que todo lo contiene en la paradójica simultaneidad de tiempos históricos diferenciados pero sin acabar de anularse. Una ciudad, pues, perturbada por las tensiones que la atraviesan.

Tal es, creo, lo que explica la singularidad extrema de
esta nuestra ciudad
mía en mí.

Desembocadura

Escójase al gusto, y a modo de falso epílogo, uno o varios de los epígrafes que mejor se acomoden a su apreciación de Tijuana:

- *Pocas ciudades han sido tan denostadas y mal entendidas como la Tijuana de ayer, hoy y siempre. No importa, we have super powers* (Rafa Saavedra).

- *Tijuana es una ciudad donde todo lo real se anula por el exceso de exhibición, todo está allí, a la mano, a cualquier precio y a cualquier hora* (Guillermo Fadanelli).

- *Tijuana resultó el territorio liberado de las presiones morales, la inmodesta utopía del desenfreno de quienes se desplazaban en una red de lujo, complacencia y estupefacción ante su propia riqueza y su culto de las emociones* (Carlos Monsiváis).

- *Tijuana merece de nuestra parte una meditación seria* (Salvador Azuela).

- *A su manera, Tijuana es una exitosa ciudad fronteriza, favorita del álgebra geoeconómica y el excedente californiano* (Leobardo Sarabia Quiroz).

- *Tijuana es la ciudad más violenta, revoltosa, sucia, escandalosa y vulgar; la más deshonesta, depravada, rapaz y vil de toda la frontera* (Ovid Demaris).

- *Tijuana se reinventa desde su valor primario* (Armando García Orso).

- *Tijuana, la dolorosa, la cruel, la inhumana, pero también la que se vive todos los días* (Sergio Gómez Montero).

- *Tijuana is the happiest place of the earth* (Krusty The clown, The Simpson).

- *Tijuana, funciona como una lupa que amplifica las tendencias y los conflictos sociales, económicos y ambientales, pero que también amplifica las prácticas de resistencia cultural así como el... potencial creativo y de cambio* (Norma Iglesias).

•

ÍNDICE

Desde / sobre Tijuana	9
Composición de lugar	17
La ciudad de los signos	29
Tijuana Yonke	39
Estación Tijuana	49
La ciudad impredecible	59
Una modernidad otra	69
Posmodernidad sin modernidad	83
Amor de ciudad grande	91
Mexicanos de la frontera	105
Welcom tu Tijuana	115
Una metrópoli cultural	125
Tijuanizar a Tijuana	139
El otro nombre de Tijuana	151
Desembocadura	165

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

Tijuana no es ni premoderna ni posmoderna, ni antigua ni moderna, ni cosmopolita ni provinciana. En ella coexisten de manera simultánea y paradójica la modernidad y la premodernidad, la posmodernidad y la contramodernidad. También de manera concurrente el orden y el desorden, la planificación y el caos, la organización y las irregularidades.

Pone en escena la estética de la resistencia cultural y, simultáneamente, exacerba las ventajas que permiten su condición de frontera. Y así, instalada no precisamente entre la civilización y la barbarie, sino entre el orden y el desorden, la utopía y la distopía, la opulencia y la miseria, Tijuana encarna las paradojas de una modernidad *otra*. No la unidad en la diversidad, y sí en cambio una heterogeneidad contradictoria. Aunque siempre habrá de contradecir cualquier aproximación tentativa. Por consiguiente, la simultaneidad de tiempos históricamente no simultáneos.

De ahí la tensión constante, la ambigüedad, la vitalidad creativa y la extrañeza que suscita, difícil de resumir en una única imagen.

Todo lo cual puede sintetizarse en una palabra: des*mother*nidad.

Humberto Félix Berumen (1956). Coordinador de la Biblioteca de El Colegio de la Frontera Norte y profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UABC. Ha publicado los libros *Tijuana de papel* (2019), *De contrabando y mojado. La frontera imaginada (México-Estados Unidos)* (2017), *Fronteras reales / fronteras escritas* (2016), *Señas y contraseñas. La modernización narrativa en Baja California* (2011), *Nuestra ciudad mía. Modelo para armar y desarmar* (2008), *La frontera en el centro. Ensayos sobre literatura* (2004), *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito* (2003) y *Texturas. Ensayos y artículos sobre literatura de Baja California* (2001). Además de las antologías *Fronteras adentro. Cuento de Baja California (1996-2010)* (2012) y *El cuento contemporáneo en Baja California* (1996).

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California